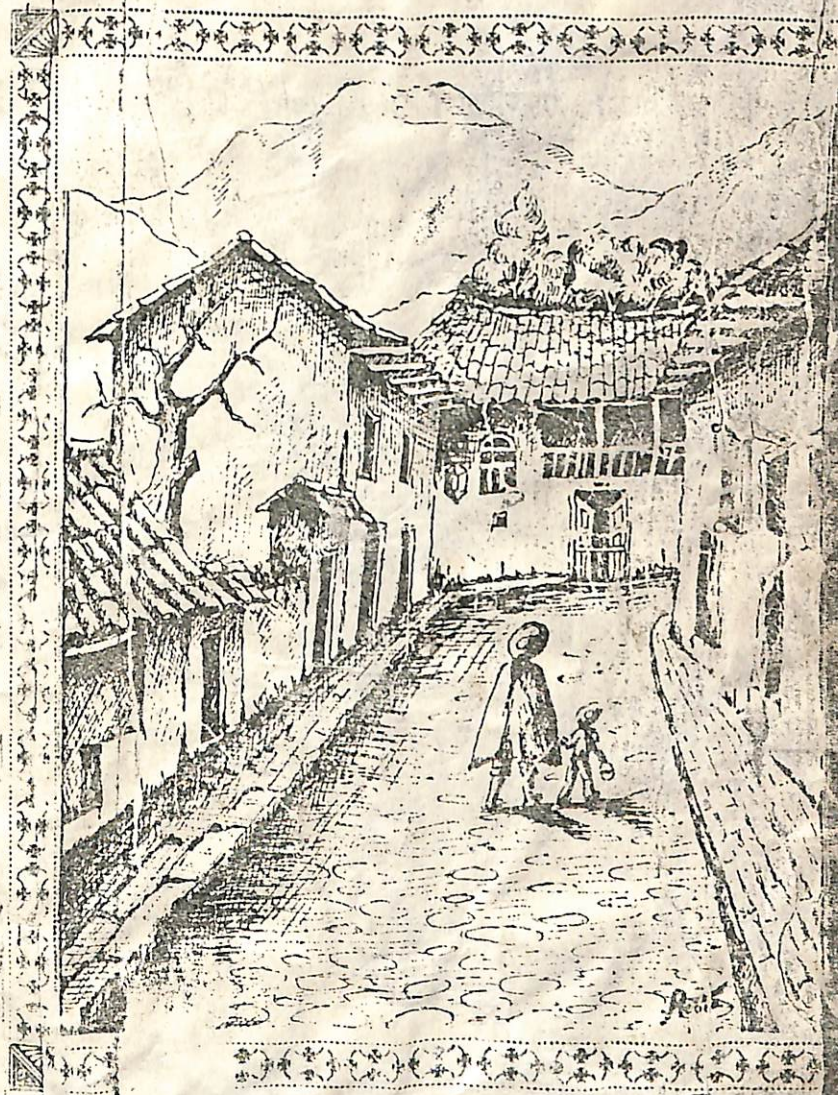


TRADICIONES IMBABUREÑAS

Artíz de la Vega

TRADICIONES IMBABURA

TRADICIONES IMBABUREÑAS



Prof.

162.30

is Alfonso Martínez de la Vega y U.

TRADICIONES IBARREÑAS

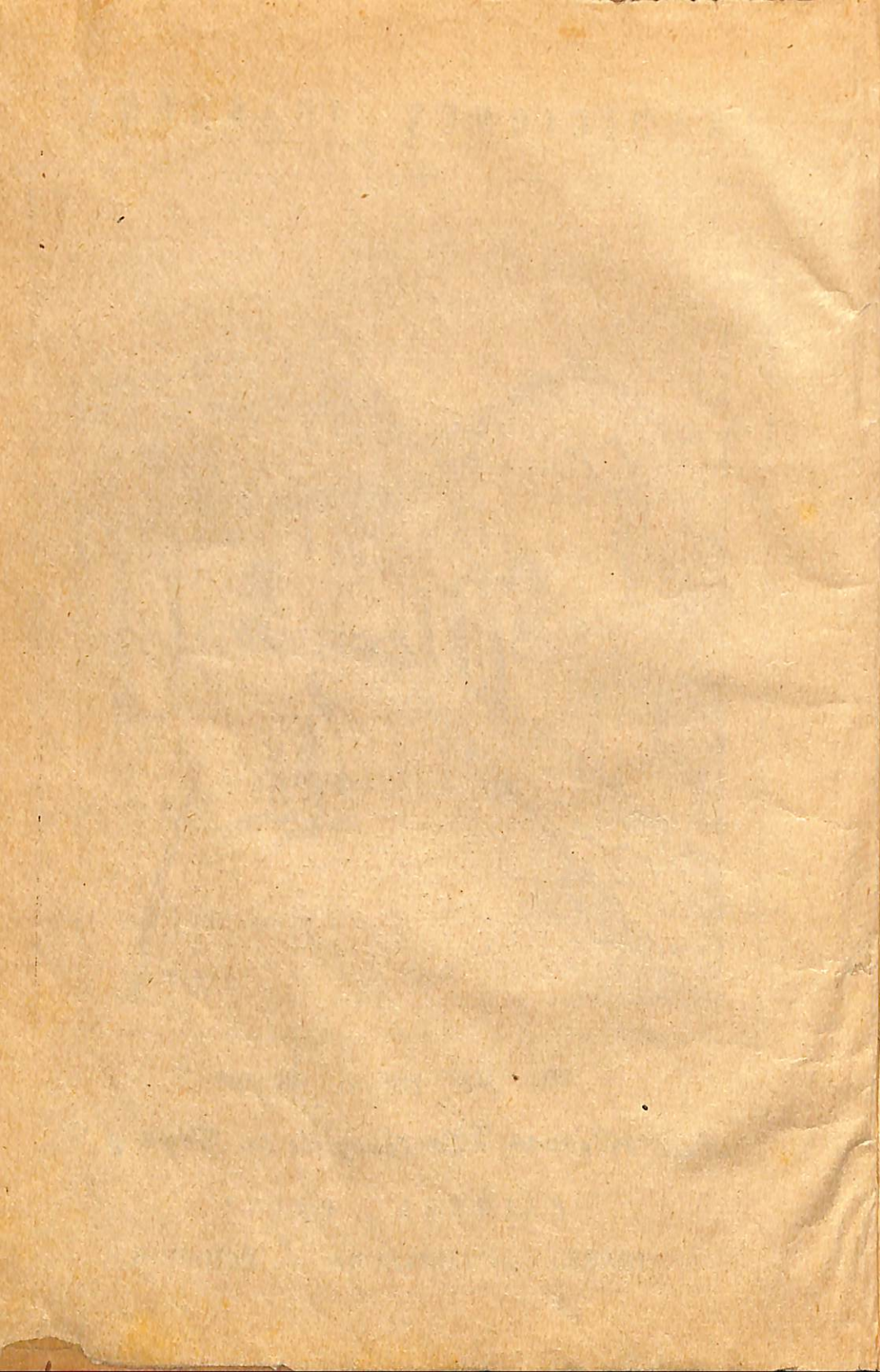


RECOPILADAS POR EL PROFESOR

Luis Alfonso Martínez de la Vega y V.

PRIMERA PARTE

IBARRA — IMBABURA — ECUADOR



DEDICATORIA

A los señores Profesores

800.0307

Jubilados de Imbabura.-

Era el año de 1951.—

Cuando nuestro espíritu de educadores estaba en la plenitud de energías, de esperanzas y de esfuerzos máximos por llegar a la meta de nuestro Grande Ideal, cual es el de formar conciencias y educar los corazones de nuestra Niñez Imbabureña.—

Era cuando el sol radiante de nuestro horizonte de Educadores brindaba calor y fecundidad a nuestro campo de acción para germinar, a lo grande, las semillas que esperaríamos en las almas de nuestros educandos; cuando también abríamos honda brecha en las turbonadas de las neblinas de incomprensión, ingratitud y tiranía del medio para penetrar nuestra figura, aureolada de luz de mística profesional, portando el Lábaro Bendito de nuestra Gran Misión y a las notas del Himno del Alfabeto en nuestras escuelas urbanas o rurales. Allí fue cuando también llegué hasta vosotros, queridos compañeros, con mi primera obra teatral, "HORIZONTES DE TEATRO ESCOLAR", para prestaros ese grano de arena a vuestra enseñanza mediante la dramatización en las diversas Areas de Cultura y cuando la fatiga amenazaría aminorar vuestro esfuerzo en la Magna Misión, porque espinas, abrojos y zarzales cuajaban en nuestro sendero.—

Hoy, cuando ya hemos dicho con el Gran Maestro de Galilea, en el supremo instante del Gólgota: "Consumtaum est"; toda está hecho, todo está cumplido; cuando ese sol radiante de otros días, ya cae para el Ocaso, cuando quizás os arrinconais en alguna fría vereda de vuestra cansada vida; cuando mirais a vuestro rededor sombras, tristeza, desengaños e ingratitud también; cuando el medio hosco de jubilación vuelve apática la existencia; en fin cuando los achaques físicos o morales intenten doblegar vuestra personalidad de roble; o cuando el hielo de la noche de la desintegración ya lo sintais a vuestros pies, nuevamente, con mano cariñosa, con fraternal abrazo, llevo hasta vuestro lado para poner en vuestras manos, este modesto obsequio, "LEYENDAS Y TRADICIONES DE IBARRA Y LA PROVINCIA", para también haceros reir ahora, no como antes en un Teatro Infantil, sino en el tibio sillón donde descansais de vuestra heroica y fructífera labor.

Cumplo con mi máximo anhelo de brindaros una flor de alegría, como si hiciera con los niños, al referiros cuentos de aparecidas, de viudas, de descabezados, etc. etc fruto recogido en el anchuroso campo de la investigación, a través de muchos años de inquietud -

Recibid, compañeros jubilados, este modesto trabajo En éste no hallaréis la frase elocuente, el oropel de una fingida literatura.

No. Hablo como se habla en seno familiar: con sinceridad, aprecio y franqueza.-

EL AUTOR

Ibarra, 15 de Enero de 1.978.

PRESENTACION

Las ciudades antiguas y de abolengo, los caserones centenarios, los hombres notables tienen historia, y junto con eso, como un lustre y timbre de estirpe hidalga, se enriquecen con tradiciones y leyendas.

La historia se establece con la comprobación de testigos y documentos, con la precisión de fechas y citas y la rigurosidad de los hechos. Ibarra y sus cantones han dado lugar a numerosas monografías, y se seguirá escribiendo sobre sus cosas y sus hombres.

La leyenda, en cambio, es otro género de narración de lo pasado; es a manera de historia novelada, mediante la interpretación y valorización de los sucesos y de sus autores, que por su antigüedad y por la riqueza de su esencia despiertan las facultades creativas de un artista de la palabra de la imaginación y del mito, que maneja figuras fantásticas, que encuentra en imágenes misteriosas y simplificadas, expresiones felices de la realidad.

De la antigua Grecia y de sus legendarias hazañas de la fundación de Roma, de las aventuras de la primitiva humanidad, más que historia lo que conocemos son sus bellas e inmortales leyendas. Y lo mismo podemos decir acerca de los primitivos pobladores de las tierras imbabureñas y quiteñas.

Es difícil encontrar y señalar al autor de la leyendas porque ellos prefieren identificarse con su pueblo y firmarse como la voz de la muchedumbre.

Igualmente imposible resulta encontrar a los compositores de canciones folklóricas, o de refranes y romances que han hecho fortuna.

Y hé aquí que también Imbabura tiene sus tradiciones que han pasado de boca en boca; sus leyendas que en tertulias y veladas cuentan los narradores dotados del don dramático de dar vida y personalidad a sus héroes, frescura y veracidad al diálogo, que se va estereotipando en un lenguaje popular y característico de épocas y regiones.

La leyenda es un complemento y comentario de la historia, es un adorno a su poesía; así como la caricatura, la caricatura artística, es a manera de perfeccionamiento del retrato. Pero no debe confundirse la una con la otra; porque la caricatura, igual que la leyenda, son parciales, son incompletas, pueden ser exorbitantes y surrealistas.

Lo perfecto es que un pueblo tenga historia y tenga leyenda; las conserve, las cultive, las fomente; pero distinga entre las dos; y las use discretamente advirtiendo al tiempo y a la ocasión.

Es interesante comprobar que nuestros personajes históricos los héroes de la conquista o de la independencia, los hombres sobresalientes como jefes militares, políticos, reli-

giosos, los mismos bandidos célebres han sido gratificados con la leyenda y el mito. Así ha ocurrido con Atahualpa, Eloy Alfaro, García Moreno, a quien se le presenta aquí amenazando con severidades inconsideradas aun a las autoridades de una provincia. Místicos son aun los personajes actuales de quienes se ocupa la caricatura dibujada o escrita. El siglo actual sigue fingiendo apoteosis como los siglos remotos. Pero repita, que la madurez exige distinguir entre los dos géneros narrativos.

Sería bueno que tuviéramos más arte de leyenda y de canciones que ilustraran y colorearan nuestros hechos históricos; más pintura anecdótica que inmortalizara nuestra vida; más coplas que recogieran girones de lo que han sido las aventuras de nuestras ciudades en sus luchas, triunfos, calamidades y alegrías; en sus numerosas revoluciones y estragos de la naturaleza.

De ahí que sea meritorio el reunir las, imprimirlas y salvarlas del olvido a todas las que existen, aunque su mérito sea desigual.

Por esto ha hecho una obra digna de encomio el profesor Don LUIS ALFONSO MARTINEZ VILLALBA al recopilar las TRADICIONES IBARREÑAS donde encontrará más de un lector la narración de hechos que asombraron su curiosidad y le infundieron reverente temor en sus ya lejanos años de la primera niñez, escuchados a la luz amable de velas y candiles, a "LOS ANTIGUOS", a los sobrevivientes de la Ibarra, del Otavalo, del Atuntaqui y del Cotacachi que fueron borrados por el terrible cataclismo de hace un siglo. Todo lo maravilloso y aterrador pudo

haber sido posible antes de "EL TERREMOTO".

Aquí están, en el lenguaje popular y pintoresco, a veces extravagante, de esa gente remota, los cuentos "tan verídicos" recogidos en Leyendas y Dramatizaciones debidas al Profesor Martínez.

Si para todos los lectores será grata su lectura; ¡con qué nostalgia recordarán a los amigos y parientes ya idos, que las contaban, quienes en la infancia las escucharon en ciudades y villas, en casas y costumbres y panoramas que también se esfumaron en la penumbra de la leyenda!

Dr. Jorge Villalba F., S.J.

Quito, 26 de diciembre de 1.977.

PROLOGO

El señor don Luis Alfonso Martínez Villalba, luego de una meritoria jornada de más de treinta años como educador en varias escuelas y lugares de la Provincia de Imbabura, ha emprendido en la grata tarea de recoger todas sus experiencias, la tradición popular que andaba desperdigada, para darnos ahora un hermoso libro titulado "TRADICIONES IMBABUREÑAS", incursionando así en uno de los géneros poco cultivados entre nosotros, aun que tan importante en el conocimiento del pasado de estos pueblos.

Desde los tiempos más antiguos, el hombre se ha preocupado de contar a sus semejantes, sus sueños, sus esperanzas, sus visiones y contradicciones; la que oyó a sus mayores y lo que pudo recoger al paso, en el devenir existencial de la comunidad, en el cotidiano bregar por la supervivencia.

En América encontramos varios y notables narradores de leyendas, a la cabeza de los cuales está Ricardo Palma con sus "Tradiciones Peruanas"; Ricardo Chávez Alfaro, Sergio Ramírez, Hugo Lindo, Alvaro Menen, Santiago Castellano, Rogelio Sinan, Augusto Monterroso y Alfonso Chase con sus "Narraciones Centroamericanas"; pero sobre todo el gran escritor Miguel Angel Asturias que en brillante y depurado estilo escribió sus "Leyendas de Guatemala". Tampoco olvidaremos a ese noble y endemoniado bohemio que se llamó Edgar Allan Poe, poeta y autor de "Narraciones Extraordinarias". Entre nosotros hay dos

cumbres en la lista de los escritores de leyendas: Modesto Chávez Franco, autor de "Crónicas de Guayaquil antiguo" y Cristobal de Gangotena y Jijón que escribió su primoroso libro "Al Margen de la Historia" que son un conjunto de tradiciones del Quito colonial. Quien no ha leído u oído ese espeluznante episodio del "Cucurucho de San Agustín", la Virgen de la Empanada", "Sacrilegio", "Piedra con palo", "Quien quiere celeste que le cueste" o "Una cosa es con violín", escritos en estilo sencillo, claro, inteligible, de manera de estremecer y deleitar a la vez al lector.

Un libro igual a los anotados ha logrado realizar el Profesor Martínez El centro de operaciones es la ciudad de Ibarra, la bella Capital de la provincia de los Lagos, donde ha recogido dieciseis tradiciones; siguen otras de Pimampiro, Cotacachi, Quiroga, San Pablo, Atuntaqui, Caranqui, Urcuquí, Mira y por fin, en una segunda parte, la Historia del Hospital Civil " San Vicente de Paúl".

En su paciente labor de investigador, describe varias tradiciones, olvidadas las más y conservadas en el recuerdo de unos pocos anticuarios que han ido trasmitiendo de boca a oído a sus parientes o amigos. Son tradiciones perdidas y sacadas del polvo del olvido gracias a este maestro que al fin ha logrado plasmar en libro, en obra perdurable que es el que nos ofrece ahora y cuyos títulos son: "Pilanquí maduró un crimen". "Barrio de San Juan Calle", "Vergonzante del Pretel", "El Fantasma, del Cementerio", "El zambo Miguel Caicedo", "La Caja Ronca", etc.

Por lo que se ve, es un libro interesante e instructivo, cuya lectura hará un gran beneficio en las escuelas y colegios. Los temas estudiados por un maestro de gran experiencia,

son una garantía y seguro estoy que esta sana lectura contribuirá para despertar el interés por el conocimiento del pasado ibarreño.

Un pueblo sin tradición, sin un pasado místico no puede ni debe subsistir; la grandeza de Grecia, de Roma, de otros pueblos de la antigüedad arranca de la leyenda, de este que "ni es verdad, ni es mentira y todo es de acuerdo al color del cristal con que se mira" como lo diría el poeta.

Estas tradiciones, escritas es estilo sencillo, claro y ameno, sin las rimbombancias preciosistas de los escritores de coturno, se pasea en cada una de sus páginas. A lo dicho hay que añadir el esfuerzo que significa recopilar, escribir y ordenar datos, nombres y aún fechas, hasta lograr completar la tradición; no pocos de estos pasajes son obra exclusiva del autor, quien ha puesto de su parte su gran imaginación, para lograr su plenitud narrativa, lo que no va en desmedro de la unidad, para dar a la obra ese sabor de tierra, de aparente autenticidad, de emparentamiento del pasado con el presente.

Es valiosa por tanto, la contribución del Profesor Martínez a las letras imbabureñas, la publicación de este libro, en el que flota el recuerdo del pasado, el aire de antaño, el intimismo de la sociedad doméstica confundido con la niebla de la noche y el sugerente amanecer de sus gentes sencillas, buenas y de indiscutible prosapia castellana. En cada tradición campea el donjuanismo, o el terror del aparecido, cuando no las almas de los difuntos en penas. No falta la presencia de los espíritus malignos, ni el duende tan difundido en todas las colonias que mantuvo España en el Nuevo Mundo.

No es historia porque no se basa en documentos, pero es el eco que dará sabor a un pasado que se resume en estas tradiciones; es acerbo cultural del pueblo imbabureño que hay que conservarlo amorosamente, porque es el criollismo en marcha, el sentido terrígeno y autóctono del cuento.

Imbabura, a través de estas "Tradiciones" vibra con sus problemas vitales, geográficos y humanos en el curso de toda la selección estudiada.

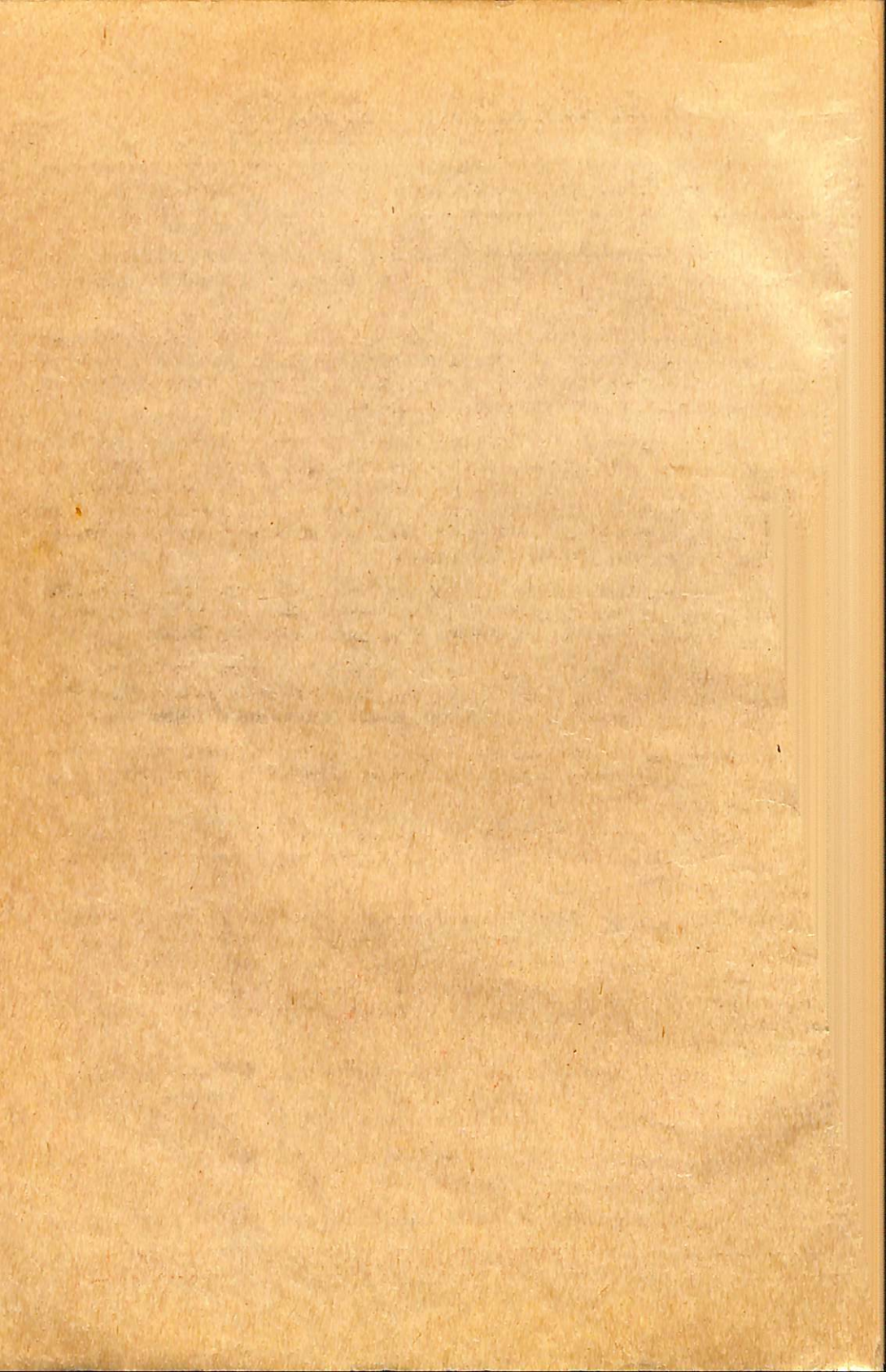
Todo lo que hemos leído es una pintura llena de color, de deleite, abierta a los lectores para el entretenimiento de sus horas de soledad, de tristeza, de enajenamiento mental. Toda su obra es un atardecer en las anaranjadas nubes de nuestro hermoso cielo, aunque apartado de las conturas violentas que son el trasluz del paisaje imbabureño.

Ibarra, 10 de Febrero de 1.978.

DR. RODRIGO VILLEGAS D.



Parque Principal de Ibarra a fines del Siglo XIX



TRADICIONES IBARREÑAS

Pilangüí maduró un Crimen

¿ Quien no conoce está histórica y tradicional hacienda, que situada al Occidente constituía el terminal de la ciudad de Ibarra, hace poco tiempo?.-

Relicario de recuerdos y cuna de una de las más notables familias del siglo pasado, tan apreciada por la ciudadanía ibarreña por sus actos de filantropía encaminada a extender la mano generosa a cuantos acudían a sus padres en demanda de socorro.-

Esta hacienda, de la que aún se conserva en pie el edificio señorial y sus memorables como antiguas palmeras que imprimen un aspecto colonial, cuantos años alimentó a las familias ibarreñas con la espumante leche ordeñada desde la aurora de cada día en sus establos, cuyo recuerdo está fresco aún en la mente de las personas que han entrado a los años maduros.-

Los extensos pastizales de esta hacienda hoy son ciudadelas modernas donde lucen edificios de acuerdo a las últimas exigencias arquitectónicas, con anchas calles y reciente alcantarillado.-

Aquí en uno de los dormitorios a la calle, cuya ventana aún da paso a los rayos de sol mañanero, pernoctó una noche triste don Gerónimo Larrabeitia para planificar su único y fatal crimen.-

Oigamos la historia de este hecho que don Gerónimo contó alguna vez a su nieto, cuando se sintió próximo a la muerte, prostrado de dolor en su lecho.

Por el año 1895 apareció en Ibarra un "gringo", de aspecto que causaba curiosidad a las gentes y más que todo a los muchachos de la calle.-

Este gringo singular acostumbraba dar sus largas caminadas por las calles y por los lejanos despoblados, acompañado de su perro y un fusil de caza y recogiendo piedras de distintos colores y ramas en las quebradas y playas de los ríos, especialmente por las orillas de nuestro río Tahuando, al que lo había recorrido tantas veces, de punta a cabo.-

Los domingos acostumbraba recorrer, con su mochila perro y fusil, todos los parajes y ensilladas de Azaya, de donde regresaba con el caer de la tarde, cuando la noche llegaba.-

Nadie sabía la nacionalidad de este raro personaje. Se creía que era un huaquero o un buscador de minas.

Cuando de alejarse de la ciudad trataba, salía montado en su caballo.-

Alto buen mozo, de pelo rubio y ojos azules, este gringo llegó a cautivar el corazón de doña Dolores de Larrabeitia, única hija, y de unos treinta años de edad y de una hermosura digna de romper los cascos de este andariego extranjero, decimos hija única de don Gerónimo.-

Este señor tenía su hacienda por los valles, de donde traía los frutos para su casa, a la que tornaba cada ocho días, los sábados, para pasar los domingos al cuidado de su adorada solterona.-

La casa de don Gerónimo estaba al extremo oriente de la calle Pedro Moncayo. Era de aspecto conventual y espaciosa, con dos patios empedrados, cuyos jardines y huerto interior caía hacia las vegas del Tahuando.-

De repente la paz y tranquilidad del corazón del maduro rico enhacendado fue turbado por el huracán de los celos y una duda matadora.

Un día, mientras por la mañanita se encaminaba a oír la santa misa en la iglesia de San Francisco, recibió el chisme que le diera una vieja beata, de aquellas madrugadoras a la misa "de cuatro" de la mañana y al mismo templo.-

"Señor, le dice, en prueba del cariño que guardo para su difunta esposa, a quien tuve mucha estimación le haré saber lo siguiente: "El gringo, ese raro gringo que ha aparecido aquí, sin saber de donde, está enamorado de su hija, la Doloritas. Yo le he visto con estos ojos que se han de hacer tierra, salirse por las tapias, por detrás de su casa, cuando Ud. no está aquí.-

Lo he visto digo, a las cuatro de la mañana cuando voy a la iglesia por mis devociones, a pedir por todos los pecadores y por la Doloritas a que le libre de las garras de este bandido.

"Esto le cuento para que tenga mucho cuidado con la soltera; pero eso si, no vaya a decir mi nombre porque el gringo será capaz de matarme; y yo que ando sola con mi rosario a la mano.

Pierda Ud. cuidado, le dice don Gerónimo, sin darle al parecer la importancia del caso, pero si, enardecido hasta no más.-

Don Gerónimo debía regresar ese mismo día a su hacienda, con esta terrible noticia. Entonces tomó otra resolución:

Ya bien entrada la noche, montó a caballo, salió de su casa como de costumbre y sin darle a sospechar nada a su hija, de quien se despidió con un beso en la frente.-

Luego llegó a esta hacienda Pílanquí. Fue recibido por don Teodoro, su buen amigo y pariente. Le pidió posada para pernoctar aquella noche allí, pretextó madrugar a los valles o quizás a Quito, para no despertar a su hija con el ruido de los caballos.-

¡ Qué tanto le había pedido su primo Gerónimo! Don Teodoro muy solícito, ordenó a la servidumbre que le alistaran la me-

rienda, la buena cama y la fresca alfalfa para los caballos.-

Pasaron hasta las nueve de la noche los dos parientes, entretenidos en amenas conversaciones, de agricultura, en la sala olienta a madreselvas y a la luz de un bronceado candil.-

Intencionalmente don Gerónimo iba desmayando en su charla y bostezando a cada minuto como indicando su deseo de ir a dormir.-

Se despidieron los dos buenos enhacendados. Don Gerónimo entró a su dormitorio; y, a su caballerango le ordenó acostarse y no molestarle durante la noche con venir a verle, sino cuando él le llamara por la madrugada para partir a Quito

Pero, en aquel cuarto no estuvo don Gerónimo sino hasta pasadas las diez de la noche.-

A esas horas, por entre el silencio de la noche y por entre as oscuras calles de Ibarra, se encaminó a su casa.-

Entró en puntillas por el zaguán y se colocó en un punto seguro, revolver en mano -

A eso de la media noche observó que su hija salió del dormitorio y se encamino al desván.-

En ese mismo momento se descolgaba de la tapia el gringo de nuestro cuento..... en momentos de infraganti, encontró a su hija en brazos de este singular trasnochero. De un solo bofetón con la mano izquierda don Gerónimo arrancó a su hija de los brazos del extraño amante -

De tres tiros de su revolver le dejó pataleando en el suelo. Luego, sin hacer caso de los llantos y súplicas de su hija, la arrojó lejos.-

Ⓐ la señorita la arrastró a su dormitorio y la dejó tras de llave.-

Luego sepultó el cadáver en un hueco de la huerta, habido por la extracción de un viejo tronco de nogal, en otros días. Le tapó echando tierra y más tierra.-

Este crimen quedó en el silencio.-

La hija cayó presa de locura y sin remedio.-

Pero eso si, nació el fruto de estas entrevistas amorosas nocturnas.-



TRADICION DE LA CRUZ VERDE

Barrio de San Juan Calle

Como hemos dicho, al estudiar el nombre de San Juan Calle, esta vía era la única entrada Sur de la ciudad De Ibarra y que la ponía en comunicación con los pueblos de Caranqui, La Esperanza, Angochagua, etc.-

En los primeros tiempos de la vida de la ciudad, el extremo Sur de San Juan Calle era conocido con el nombre de Barrio de San Roque, donde existía una cruz, la que era objeto de adoración de todos los moradores de este sector y aún por toda la ciudadanía ibarreña, la que acudía en grandes grupos en los días de festividad de la Santa Insignia del Cristianismo.

Frente a la capilla era la plazoleta barrial.-

Esta plazoleta estaba precisamente en la esquina donde hoy se halla "La Cruz Verde", donde era la casa del señor Lima, ya difunto, así como desaparecida la casa por demolición para dar continuidad a la Carrera Atahualpa a unirse con la Avenida de "El Retorno".-

De paso diremos que con el andar de los tiempos se le denominó a esta calle con el nombre de "Calle de San Juan", o el actual San Juan Calle, por que por aquí hacían su entrada los grandes grupos indígenas que acudían con su santo San Juan a darle las misas en la Catedral, en el mes de Junio de cada año, por su festividad tradicional. Estas festividades de San Juan eran tan ruidosas; pues que los indios de toda la región Sur, entraban con grandes aparatos y lanzando a los cuatro vientos sus juegos piroécnicos.-

Dicho esto, continuamos con nuestra tradición.

En ese entonces no existía la Calle nueva, hoy la Avenida Esmeraldas, tan sólo la calle que conducía al barrio "El Alpagate".

Al sur de la Plazoleta, en la que quedaba la capilla de San Roque, como dejamos ya dicho, según un callejón que conducía a los terrenos vecinos, callejón que existe aún. Entre estos terrenos se hallaba la propiedad y vivienda de la Familia Morán. Esta familia estaba formada por dos viejitas: Marcela y la otra, Luz Morán.-

Estas dos hermanitas tan buenas tenían la costumbre de acudir todas las tardes, a rezar, el Santo Rosario en la capilla de San Roque, de donde regresaban ya con la oscuridad de la noche.-

Entre estas andanzas rezanderas de las dos viejecitas empezó a sucederles cosas muy raras y miedosas, pues se dio en asomárselas fantasmas que les impedían el paso a su casa. Tanto fue el miedo que les cogía que acudían en demanda de auxilio y compañía

a los vecinos de la plazoleta para poder llegar a su habitación. Los vecinos acompañantes jamás vieron aparecido ni fantasma alguno que les llamara la atención.-

Como su devoción al Santo Rosario nunca les pudo impedir a que concurrieran, a las cinco de todas las tardes a la capilla de San Roque, tomaron como resolución de defensa contra los fantasmas, la colocación de una cruz de madera, en una de las paredes del callejón, en el preciso lugar donde se les aparecían los seres de ultratumba. Todas las noches alumbraban esta cruz con velas de sebo; y desde entonces no volvieron a ver nuestras viejecitas más aparecidos por gracia y poder de esta Crucécita Verde.

Estas dos buenas mujeres, en agradecimiento a su Santa Cruz, fundaron la fiesta de "La Cruz", que la celebraban cada tres de Mayo, cuando acudían todos los pobladores de San Juan Calle y muchos vecinos de la Villa. Estas festividades llegaron a cobrar tanta resonancia que fue fama en toda la ciudad y provincia.-

Pasados los años y quizás en el terremoto del año de 1868, desapareció la capilla de San Juan Calle. Para mantener la devoción los moradores del barrio, mandaron a trabajar una cruz de piedra para reemplazar a la Cruz Verde de las viejecitas Morán, quienes también habían desaparecido del escenario de esta devoción, a igual que su cruz que había envejecido tanto.-

Para esta fabricación contrataron al indígena Manuel Carlosama, famoso canterón de aquellos tiempos.-

Manuel Carlosama trabajó la cruz en una sola pieza; primeramente en toco en las canteras de Cutzintzi. Desde esa larga distancia la transportaron, en solemne minga, esta tosca cruz, en una fuerte parihuela hecha con maderos de la misma montaña y la depositaron en la plazoleta que ya la tenemos dicho muchas veces. Manuel Carlosama se llevó algunos días puliendo esta obra, hasta dejarla admirablemente tallada que fue admirada de propios y ajenos.-

Entonces, esta nueva cruz medía 1,60 m. de alto.-

Luego fue colocado sobre un pedestal del mismo material, en la esquina del callejón.-

En este pedestal fue que Mariano Cadena hizo asustar a su rival, Roberto Manosalvas, asomándole como fantasma, como ya lo veremos al hablar de la tradición de San Juan Calle.-

Cuando vino el partido liberal, como la soldadesca fue tan inmoral, corrompida y sin ninguna respeto para las cosas de Dios, esta Cruz fue profanada por un capitán de apellido Aristizabal, quien vino como Gobernador de esta provincia.-

Pues, es el caso que este liberalote vivía muy chocado al saber como se veneraba a esta Santa Insignia del Cristianismo. Hasta que un día, en que se hallaba muy borracho, como siempre

acostumbrada, subió a caballo, a este lugar, acompañado de un fuerte piquete de soldados.

Se colocó frente a la Cruz y después de lanzar a los habitantes los más groseros epítetos, subió al pedestal y con un brutal empujón mandó al suelo la Cruz, la que al caer se hizo tres pedazos.

En la locura y furia y Aristizabal, pisoteándola, exclamó: "¡He, carajoi, ¿qué me ha hecho esta Cruz?..

Los pobladores llenos de espanto nada pudieron hacer contra esta horrible ofensa. Días después recogieron los pedazos y los guardaron en el interior del actual cementerio. Cuando se fabricó la capilla de este cementerio, se la compuso la Cruz y se la colocó sobre la fachada de la mencionada capilla, donde existe hasta hoy.

Para no perder esta devoción a la Cruz Verde, los vecinos volvieron a colocar una crucecita verde de madera.

Recomendamos no olvidar esta tradición y el nombre del artista Manuel Carlosama, por haber sido el mismo que también hizo el Obelisco de la Plaza de Santo Domingo, o Boyacá, compuesto tan sólo de 4 piezas, de piedra traída de la misma cantera de Cutzintzi.



Vergonzante del Pretil

Hacia fines del siglo pasado, y quien sabe desde cuando más antes, era mucha fama en el vulgo de nuestra ciudad, las muchas cosas que venía sucediéndose, uno tras otro, con la consabida alarma y curiosidad para todos los creyentes, de los muchos aparecidos de los ruidos que eraa producidos, ni más ni menos, por seres que no se acomodaban a vivir en el olvido de ultratumba y con el silencio de los cementerios; y, mal que les pesare a los mortales, salían por las noches a poner sus notas de miedo y terror, especialmente a la gente menuda y a los trasnocheros enamorados, o a los amigos del milagroso Baco.

De estas circunstancias se aprovecharon nuestros mayores para conseguir que cesaran el llanto los niños "emperrados"; o para que hiciesen prontito los mandados; para que no salieran las noches a las calles por que "les ha de salir el cuco", la luterana, o el travesio duende, la vergonzante, y que sé yo más.-

En este panorama de fantasmas de nuestra ciudad de Ibarra, se entretejían muchas fábulas: Una de ellas era precisamente, LA VERGONZANTE DEL PRETIL.-

Veamos lo que se decía de este fantasma nocturno: Pues, nada más sencillo que, en el pretil de la Iglesia Catedral, pasadas las siete de la noche y como ese lugar reinaba las sombras, oscuras hasta donde no llegaban las mortecinas luces de los faroles, situados en los portones de las casas bajitas y sencillas del lado oriente del parque, se le veía una figura todo ella vestida de negro inclusive su rostro cubierto por un velo que permitía ver por dos orificios abiertos a la altura de los ojos.

Esta alma en penas, o un fantasma desconocido, desde la hora indicada, estaba frente a la puerta principal de la Iglesia Catedral, de pie, con los brazos abiertos en cruz, haciendo repetidas genuflexiones; y luego de estar un buen momento de rodillas, se encaminaba, sabe Dios por donde, con paso solemne y mezclándose con las sombras nocturnas.-

Como a estas horas aún permanecían despiertas nuestras gentes de aquellos tiempos memorables, derepente en los anchurosos zaguanes penetraba esta figura miedosa y con una campanilla de plata, muy chica, daba su consabido.. "¡chilín!...!Chilín.. Cuando algún mozalvete curioso salía por ver quien tocaba campanillas, retornaba a las faldas de la buena madre, echando gritos de terror: !La vergonzante, mamá !La Vergonzante!.....!Huúii!

Los circunstantes callaban; pero mantenían el secreto.-

La abuelita, persona más bien dispuesta, salía al zaguán y oía estas voces entrecavernosas, decir: "Una santa caridad. Una limosna por amor de Dios... en tanto extendía una mano descarnada

hacia la buena persona que se había atrevido a poner unas monedas en el fondo de un negro bolso que se le presentaba....-

Pero quien no sabía nada del truco, y peor si era visitado por primera vez, se daba prisa en sacar este fantasma del zaguán a golpes de Rosario o mediante exclamaciones de la Magnífica y luego correr la fuerte aldaba del portón a que no regresara la intrusa figura.

Entiéndase bien que solamente las casas de los pudientes eran sorprendidas por las visitas nocturnas de este extraño personaje.-

Había curiosidad en muchos parranderos por saber de que mismo se trataba. No faltó quien la siguió a hurtadillas, para tomar las de Villa-Diego, al oír el argentino repiqueteo.-

Por los años de 1900 sucedió un caso muy curioso: Una buena noche, cuando unos de tantos trasnochadores pasaron sus horas en la popular cantina llamada "El Puerco Arévalo", bebiendo unos cuantos tragos y jugando a la tradicional "baraja". Pues bien, uno de estos jugadores y borrachito en ciernes, era un joven de familia distinguida, temeroso por los castigos de su padre, si es que se pasaba un poco más de la hora de entrada, a la casa, abandonó la cantina y se dirigió, por la carrera Atahualpa hacia arriba.-

Pues...he ahí, que le sale la Vergonzante del Pretil, al voltear una esquina.. Un momento de suspenso.... La misma mano descarnada conteniendo el negro bolso.... Las oídas palabras de difunto: "Una limosna....jovencito.."

¡Santo Dios!... Los pelos de punta en la cabeza.... Mudo.... pierde el control y dá unos cuantos pasos de retro, como esquivando la acometida del negro figurón.... Se detiene.... y como traía unos cuantos tragos en la cabeza, toma valor y la coge con manos fuertes, y tirándole al suelo, le obliga a decir si es de esta vida o de la otra, so pena de zamparle unos cuantos plomos en la cabeza con el revolver que sacó a lucir el caballero trasnochero.-

! "No!... ¡No me mate...!.. No me mate por Dios!. "Soy una infeliz.... mu...., no pudo terminar estas palabras, porque el joven echó a lanzar tremendas carcajadas al acercarse y ver el rostro descubierto de la Vergonzante... Se reía tanto conociendo de quien se trataba y donde vivía. Soltó también unas pocas monedas en el bolso. Le pide perdón mientras alzaba en vilo del sueo....

Nuestro borrachito siguió el camino pensando en que las tales vergonzantes, no eran otra cosa que mujeres muy pobres, pertenecientes a la clase media, quienes, no pudiendo pedir descaradamente su limosna para el diario sustento, acudían a este disfraz que infundía miedo a muchos y ponía en quema temprana a los muchachos.-

Esto, no más fue la tradición de la Vergonzante del Pretil de la Catedral.....

TRADICIONES IBARREÑAS

* || *La Caja Ronca de San Felipe* ||

(el Barrio)

Hoy traemos a conocimiento de nuestros lectores otra de las maravillosas tradiciones de nuestra ciudad de Ibarra que la mantuvo fresca la memoria de muchas generaciones que se han sucedido a través de los años; y, con el mismo sabor de ibarreneidad que constituyó un encanto en las conversaciones de nuestros mayores cuando se reunían para las amenas charlas o para tomar las clásicas tacitas de chocolate.-

Pues oigamos como referían nuestros abuelos esta tan horripilante tradición: "LA CAJA RONCA DE SAN FELIPE".-

Sea que tenga algún tanto por ciento de verdad la relación que hacían especialmente a la gente menuda cuando querían silenciar el llanto por una golosina o por el "emperro" por cumplir algún capricho infantil; o también sea el producto de la fantasía de nuestras viejecitas, quienes echaban pronta mano a los cuentos de los cucos, o de las almas en penas o quizás de muertos aparecidos para cortar nuestras salidas, si nocturnas podían llamarse a las corriditas, no menores de una cuadra, hechas al repente, a las ocho de la noche, bajo la pena de caer víctima de los espantosos seres que no se acomodaban con el silencio de las tumbas, ni con la medrosa colma de los cementerios, fantasmas éstos que hallaban mucho placer en poner de puntitas los cabellos de cualquier mozalvete huidizo.-

¿Qué cosa era esto de la Caja Ronca de San Felipe? Vaya, una santa curiosidad de todos los que buscaban descubrir la verdad de este pasaje nocturno, que era cosa muy corriente en boca de nuestros antepasados y del vulgo en general.

Pues, allá, al recordar desde el año de 1850, y quizás hasta muy avanzado el siglo décimo nono, los habitantes de la calle conocida con el nombre de Colón, precisamente en el barrio San Felipe hasta el "Quichi-Callejón, vivían en constante zozobra nocturna con la voz común que decía que nadie podía salir de casa, ni hacer sus andanzas amorosas hasta las 11 de la noche, sin que dejaran de oír la Caja Ronca y ver la procesión de las almas en penas, o los diablos traviesos y juguetones que salían de los estrechos y oscuros callejones, de entre corpulentos y enramados guabos, sauces, nogales o aguacates. Oigamos la referencia que dizque sabía hacer:

Un abuelo que tenía su casa de habitación en esta calle, muy cerca de la plazoleta del convento de San Felipe próxima al Quichi-Callejón, quien también era propietario de una estancia un

tanto retirada, hacia el barrio de San Juan Calle, era muy propicia para los aparecidos. Nos refiere lo siguiente:

Siendo moceton don Carlos, que así se llamaba el hombre de la referencia, tenía un amigo de la misma edad y de mucha confianza para él, Eran más que hermanos para todo juego o travesura, como también para las secretosas huiditas de casa.-

Una de aquellas noches tocó el riego en la cuadra de la Estancia. Para cumplir con las ordenes de su padre e ir a las 11 de la noche a recoger el agua de la toma vecina, consiguió de Manuel que durmieran juntos, aquella noche en la misma cama de Carlos, con el fin de tener un compañero seguro y para no atrasarse de las 11 de la noche, hora en la que debía ya estar, pala en mano, tapando la toma del vecino, so pena de caer bajo los latigazos de su padre a quien respetaba y temía más que a un dictador.-

Los dos muchachos para no dormirse, quisieron matar el tiempo con varias conversaciones; pero eso sí cuidándose de mentar ni de paso esto de la Caja Ronca, que si ambos recordaban no querían pensar en ello.-

Parece que el repertorio se les terminó a los dos jovencitos tanto que ambos cayeron en un profundo sueño, entre eso de las diez de la noche.-

Derepente, Carlos despierta asustadísimo, oyendo un ronco golpe, como ser de tambor destemplado y que parecía venir desde el Quichi—callejón, a la vez que también se oía el silbido de un instrumento como ser un flautín de dos notas solamente.-

El tan! ...tan! ...tan! del tambor y el monótono flautín iban acercándose cada vez más por la silenciosa y oscura calle.-

Entonces, Carlos sobrecogido por el miedo y a la vez por una inusitada curiosidad, despertó a codazos a su compañero Manuel que roncaba al rincón de la cama.-

¡Manuel.....!.....Manuel....! y los codazos como los pellizcos se repetían en el cuerpo del dormido hasta que al fin despertó -

— ¿Qué pasa? pregunta.-

— ¿Oyes esos golpes y esos silbidos funestos? Manuel se incorpora en el lecho como para oír.-

—Si Ya oigo. Recemos, Carlos.....

Pero ni uno ni otro era capaz de hacer la señal de la Cruz.-

El tan...tan...tan... se acercaba cada vez más a la casa.-

Carlos un tanto más valeroso, como el mayor de la pareja, se levanta, vestido como estaba. Su amigo hace lo mismo, diciéndole: "No seamos cobardes.-

¿Que nos puede pasar?..!Nada!.-

Salgamos al zaguán y detrás del portón, veamos por las hendijas que mismo es esto.-

No Carlos. Yo no voy. Me da mucho miedo. No vaya ha ser la Caja Ronca, que dizque sale por aquí.-

—¡No!...!No....!-

Tanta fue la exigencia de Carlos y el coraje que infundió en el compañero, que ambos fueron al portón. Y.... con los pelos de punta, deteniendo la respiración y hasta las buenas ganitas de orinar, se quedaron en espía.-

De pronto vieron que en la calle se iluminaba por unas luces mortecinas. El ronco golpear era más cercano. Ellos.... allí. Mudos, curiosos y llenos de pavor, pero sembrados por sus pies, sin poder dar un paso.-

Al fin, el par de muchachos, fijó en cada cual su respectiva hendija, no perdía ni el más mínimo detalle de lo que afuera pasaba. Entonces por delante de ellos empieza a pasar una procesión de dos hileras, unas sombras negras, llevando, en esqueléticas manos, ceras de color verde que arrojaban también una luz verde mortecina. Las luces iban pasando una a una por delante de los miedosos, pero curiosos muchachos -

Atrás, esto es lo horrible del cuento, venía una especie de carroza, toda ella envuelta en llamas. Sobre este carro-mato iba un personaje cuernudo, de cuyos hombros se descolgaba un manto rojo. De la mano derecha, peluda y con uñas descomunales, sostenía un cetro grande a manera de un trinche. Tras de este carro seguían dos personajes vestidos también de rojo: El uno tocaba esa caja ronca; y el otro, el flautín.-

Terminado este cortejo fúnebre, los curiosos no advirtieron que se habían orinado en el puesto.-

Este pequeño incidente les causó una risa nerviosa que a bien vino para recuperar la serenidad, para redoblar la curiosidad como el coraje.-

Sin más esperar y por ese invencible deseo de algo ver más de la procesión, abrieron el portón y salieron a la calle.-

Pero.....! Oh sorpresa!..... nadie ni nadie asomó. Se había esfumado por encanto la procesión del infernal cortejo.-

Pero..... ¿a dónde fueron? ¿Dónde se metieron esos miedosos demonios o difuntos?.-

Apenas debieron estar a pocos metros de distancia. Pues. No señor, se fueron y se perdieron sin saber a donde apuraron el paso. Aquí si cabe decir; "se fueron con su música a otra parte".-

Ahora, ¿cómo ir a regar en la cuadra de la estancia. Es la hora del regadío. Las doce de la noche. Mala hora. Y si no estaban

regadas las cebollas, lechugas, papas y nabo del huerto, los azotes del papacito eran más temibles que la misma caja ronca y sus demonios juntos.-

Sacando ánimo de donde no había, y como la noche estaba silenciosa, se encaminaron los dos muchachos, perdiéndose por entre la brumosa oscuridad. Entre rezos y súplicas al cielo para que nada les pesara, avanzando a paso ligero.-

Cuando ya estuvieron entretenidos en el trabajo, cada cual con su respectiva pala llevando el agua por los surcos, oyeron nuevamente por la cabecera del huerto el mismo ronco golpear.

—¡Vaya.....!¡ Santo Dios.. ! El hombre de la caja, o mejor dicho ese personaje de rojo, venía en dirección de ellos, rompiendo el silencio con su fatídico, tan, tan, tan..

Presas del más inaudito terror, quisieron salir corriendo, botando las palas; mas, todo fue en vano: No podían dar un paso. Entonces, entre gritos y peticiones de auxilio, se abrazaron en fuerte nudo con los ojos cerrados y perdida la razón.- Desmayados habían caído sobre las matas y el lodo.-

Serían las cuatro de la mañana, iluminados por la luna, despiertan asustados y echan a correr.. Mas, ¡oh, sorpresa!. Cada uno tenía bien agarrado en la mano derecha una cera verde, aún humeante. No hubo más que salir del huerto como pudieron entre zancadas y caídas, dirección a la casa. Una vez en la calle, miraron lo que tenían en la mano.. ¿Que había sido eso?. Nada menos que canillas de muerte. Tras un fuerte grito de terror y haber lanzado por los aires los terroríficos huesos precipitaron como locos la carrera -

Llegaron a la casa de Manuel y de allí quedaron caídos en el zaguán, echando espumarajos por la boca, hasta cuando los familiares acudieron en auxilio.-

Supieron lo que pasó, al otro día, después de haber sido roceados con agua bendita y con una voz de aliento, para contar a los sucesores de esta tradición de la CAJA RONCA DE SAN FELIPE.-



Así fue mi barrio de San Felipe

Dos factores poderosos de destrucción han operado para que vaya poco a poco, desapareciendo el casco colonial de Ibarra, tan amada por nosotros que hemos tenido la suerte de nacer en su seno ciudad tan hermosa por sus paisajes y su cielo.-

Estos dos factores son la implacable ley de la Naturaleza misteriosa y la corriente arquitectónica moderna, hija de la expansión obligada de las ciudades progresista.-

Para la desaparición de mi barrio de "San Felipe", donde corrió la infancia de los primeros ibarreños y la de los restauradores de la ciudad, después del cataclismo terrorífico del año 68. Pues, se conjugaron ambas fuerzas: el terremoto y la modernización. Hoy sólo nos queda los recuerdos para escribirlos o narrarlos.-

Coloquémosnos, para nuestra añoranza, en la esquina formada por la Carrera Colón y la intersección de la Salinas de reciente proclongación hacia el sur.-

Estos terrenos, por donde pasa la continuación de la mentada carrera Salinas, fueron solares señalados por los primeros fundadores de la ciudad de Ibarra para un Hospital: Estos comprendían, San Juan Calle, en la expansión de una cuadra, desde la esquina del actual Hospital, por el Oriente; por el norte, hasta el antiguo callejón conocido con el nombre de "Quichi callejón" (hoy desaparecido por la carrera Maldonado); por el Occidente, lo que será la continuación de la Avenidá "Pérez Guerrero", más o menos en la extensión de tres hectáreas.-

En estos terrenos, y precisamente donde hoy está la habitación del finado Canónigo Santelí, fue edificada la casa que sirviera para el primer Hospital de la ciudad y su capilla respectiva construída de Norte a Sur y que estaba situada en el mismo terreno donde era la casa que recientemente la demolió el Concejo Municipal, en la administración del Alcalde Dr. Cristóbal Gómezjurado, para la continuación de la carrera Salinas.-

El fundador de este primer Hospital fue el español Francisco López Andreo, apodado el "cerero" por su oficio de labrar ceras para los oficios religiosos de las iglesias.-

El señor López Andreo presentó en el año de 1.664 una solicitud al Obispo y a la Real Audiencia de Quito para conseguir la licencia en pos de la construcción de este hospital.-

Conseguida esta licencia, procedió al levantamiento de esa casa que referimos, trabajos que los ejecutó con sus propias economías, como podemos atestiguar con la lectura de su testamento suscrita en el año de 1.680, en el que dice que este cerero deja todos sus bienes en beneficio del Hospital de su fundación.-

También contribuyó para esta obra pía el indígena Felipe Andrango con la donación de todos sus terrenos de la Loma de Cacho, de donde proviene el nombre de "Hacienda de Cacho" del Hospital.-

Este incipiente hospital no pudo subsistir por falta de fondos administrativos. Entonces el Prbtrto Vicente, ante esta circunstancia, ya tuvo la primera iniciativa, de fundar en este mismo lugar, un Oratorio de San Felipe, para lo que traería padres filipenses y formar así su convento. Para este fin dejó sus bienes testamentarios.-

Pero, en el año de 1.825, la Autoridad Eclesiástica destinó estos mismos fondos a la reparación de la iglesia de los Padres Jesuítas.-

En el año de 1.863, el Padre Filipino oriundo de Pasto y venido a nuestra ciudad, fundó definitivamente el Convento de San Felipe con su capilla, refaccionándola, la que ya existió, como ya dijimos. Este convento y esta capilla desaparecieron juntamente con su fundador, el Padre Trejo, por la acción del terremoto de 1868.-

De todos los Padres que formaban la comunidad de San Felipe, tan solo sobrevivieron a la catástrofe dos padres: El Padre Burbano y el Padre López.-

El Padre Burbano habitaba donde es hoy la casa de la señorita Victoria Játiva Fierro y fue capellán de la segunda Capilla de San Felipe. Decimos segunda capilla; porque después del terremoto, estos dos padres sobrevivientes la destruyeron queriendo restaurar el convento; pero la hicieron en dirección contraria, de Oriente a Occidente, frente a la plazoleta de San Felipe.-

Esta plazoleta estaba situada en el predio que hoy ocupa la casa del señor Segundo Jarrín y sus vecinos, hasta la carrera Maldonado, en la extensión de media cuadra.-

El Padre López fue el primer capellán de las madres Carmelitas, tan pronto fue fundado este convento con estas monjitas venidas de Colombia.-

Como datos informativos de la segunda capilla, tenemos esto: En esta capilla se veneraba el "Cristo de los Desamparados", a quien le hacían fiesta anual, con los infaltables juegos pirotécnicos, las tradicionales "Chiguaguas", que les quemaban en la plazoleta, entre la numerosa concurrencia de los devotos ibarreños.-

Este Cristo es el mismo que hoy se encuentra y venera en la Capilla Episcopal; fue trasladado a este lugar, desde la capilla de la "Tercera Orden", donde se le encargó después del abandono y desaparición de la Capilla de San Felipe. Este traslado fue hecho por el señor Obispo Pérez Quiñones.-

Después de la desaparición de la capilla muchas veces referida, las campanas fueron a parar a Natabuela, donadas por el señor Obispo

González Suárez. Su órgano fue a parar en Tumbaviro, donados por el mismo Obispo.-

Parcelación de los Terrenos del antiguo convento de San Felipe.

Para conocimiento de nuestros actuales ibarreños, bueno será que consignemos unas pocas líneas a los terrenos donde funcionó el convento en referencia.-

Estos terrenos, después de la muerte de los padres de San Felipe y de la extinción del convento, pasaron al dominio universal de la Curia Diocesana.- La Curia, con el andar de los tiempos, vendió a distintos dueños, por partes, en esta forma:

La parte Oriental o sea la que fue pertenencia de la Familia Santelí, hasta el frente de la vereda de San Juan Calle lo vendió al Dr. Abel Amado Acosta; la parte Occidental, o sea desde dicha casa hasta el Quichi-callejón, vendió al Sr. Manuel de Jesús Almeida.

Transcurridos algunos años el Dr. Abel Amado Acosta, vendió su parte al colombiano Santelí.-

Don Manuel de Jesús Almeida vendió su lote al señor José Miguel Terán; este a Francisco Mideros, padre de los artistas del mismo nombre, de San Antonio.- El señor Mideros volvió a vender al canónigo Manuel Almeida Benítez quien al morir, dejó como heredera a su hermana la señorita Dolores Almeida Benítez quien a su vez vendió a un tal Albán que reside en Colombia.

Por último, Albán vende a la actual familia de la señora Clemencia de Torres, a quien expropia la franja para la continuación de la carrera Salinas, el Municipio, por la suma de \$80 mil sures. Como dato final consignamos que los padres Filipenses tenían su cementerio propio donde sepultar a sus muertos y preferidos devotos.-

Así fue "San Felipe",-



¿Para la Horca?.....Ni con grillos de Plata

Tradición de un personaje Ibarreño

Era en la Villa de San Miguel de Ibarra, Alcalde Provincial de su Majestad, en el año de 1758, don José de Grijalva, hombre tan amigo de las faldas que, habiéndole privado de su primera mujer la muerte y antes del año de luto, volvió a contraer segundas nupcias con doña María Freire y Lasteros.-

Era Su Merced, el señor Alcalde, hombre entrado en años y muy considerado en la Villa de Ibarra; y su jurisdicción, tanto por su fortuna y el cargo que ocupaba, era la mucha extensión.-

Ocupado en su oficio de Alcalde tenía que hacer continuos recorridos por todos los pueblos de Ibarra.-

Quiso su buena o mala suerte que un día, visitando el pueblo de Urcuquí, topara. Su merced el señor Alcalde con la hermana del cura de la parroquia, chica que, según parece, era guapísima. La Vara de Justicia tembló en manos de José Grijalva.-

Ante tanta hermosura de la chica, el buen señor creyó haber encontrado lo que tantas veces había buscado.-

Llamábase la chica Pepita de Osejos, una morena de esas que en tentación vió San Antonio en el desierto. Su Merced, el señor Alcalde de Ibarra, se enamoró de codo a codo. Y... ..!Dios Santo!... .. ¡Que mujer para tentadora, bailando un San Juan, o un "Alza, que te han visto". Su Merced perdió el ceso.-

Desde aquel fatal encontrón, al Alcalde de Ibarra no le faltaron los pretextos para volver a Urcuquí, y siempre desmontaba en el convento parroquial.-

Como de Ibarra a Urcuquí había terreno, tenía que por la fuerza o la razón pernoctar allí el señor Alcalde.-

Y... ..tantas idas y venidas; tantas vueltas y revueltas, tanto fue el cántaro al agua que..... la esposa del Alcalde entró en una fiebre horrorosa de celos.-

Doña María Freire vivía en San José, es decir en la hacienda sita entre Ibarra Urcuquí.-

Cuando don José de Grijalva volvía a los dos o tres días, los celos de la Alcaldesa se desbordaban, en reproches, quejas y lloriqueos.-

Don José era áspero de genio. Contestaba a su mujer en tono de enojo.-

Los amores del señor Alcalde con la Pepita Osejos era cosa

muy sabida en la Ciudad de Ibarra y tan comentados por la donosura de la negra aquella.-

Era un Domingo, del mes de Junio del año del Señor de 1.768. Todos los habitantes de la Hacienda de San José, se preparaban para oír la misa del sacerdote, que acostumbraba venir a esa ceremonia, desde la ciudad, de vez en cuando.-

Ya la infortunada esposa, doña María se preparaba a llevar ante Dios y el Altar las quejas de la infidelidad de su esposo, cuando llegó, acompañado de algunos amigos de la Villa el infiel esposo. Pero, esta vez, con un cambio de carácter, muy amable y cariñoso para con su costilla llorona.-

Durante la Misa, la Alcaldía daba gracias a Dios por haber visto compostura moral en su esposo; luego de la Misa, preparó en los quehaceres para un opíparo almuerzo. Todo fue alegría en aquella casa, durante todo el día se lo ocupó en paseos y amenas charlas.-

Llegadas las seis de la tarde todos los invitados regresaron a la Villa, dejando solos a los dos esposos.-

Aquí viene el gordo..... Cuando los dos esposos se quedaron solos, doña María quiso saber si su esposo había renunciado a sus devaneos; o si había gato encerrado en esa amabilidad de su agrío compañero.-

Retirados a su aposento, vino por orden de Satanás la indagatoria de la señora doña María.-

A las preguntas de su compañera no sabía como contestar y pronto el infiel marido daba señales de agitación

Déjate, al fin de escenas infundadas, dijo el marido.-

Y continuando dice: Mi amigo don Pedro Cien Fuegos, de Quito, me ha remitido una botija del más excelente vino. ¿Quieres probarlo, amorcito?. Y enseguida sacó del armario una damajuana y sirvió del buen vino un vaso lleno a su compañera.-

A fe mía que nunca he probado vino semejante, dijo la esposa, después de haber escanciado todo el vaso.-

Bebe otro, dijo él. Ella volvió a tomar. Un sueño extraño se apoderó de la infeliz víctima.-

Se me han subido los humos a la cabeza, dijo doña María, cerrando los párpados que se le caían del sueño.-

Pero, luego por efecto del marco, la señora volvió a su cuento de celos:

En Urcuquí has de haber estado estos días. ¿Verdad?. Y en sus devaneos deliraba como una enajenada, diciendo: En ese maldito pueblo has de haber pasado con la gordiflona de la Pepita Osejos. El Cura es un sinvergüenza, un alcahuete en persona.-

Don José ya no respondió nada. Sólo se mantuvo mirando a su compañera, la misma que al fin se quedó dormida ..

Don José Grijalva había concebido el negro plan de deshacerse de su chocante compañera. Para el efecto había vertido en el vaso de vino que la sirvió unos polvos de opio.-

Al ver que estos polvos no surtían el efecto de veneno, pues, el mismo, con sus manos, la estranguló.-

El asesino, al contemplar su obra, se horrorizó de su crimen y se precipitó a la fuga.-

Montó en el mejor caballo y se lanzó a devorar caminos para sepultar en vida.

La muerte de doña María se regó por toda la hacienda como una mancha de aceite. Vinieron los familiares de ella y la Justicia indagatoria. Pero el Alcalde ya tenía mucha tierra por delante -

Pasaron los años; y a pesar de las diligencias y actividades de la Real Audiencia de Quito para dar con el paradero de este mal esposo y asesino Alcalde, nada se consiguió: pues se creía que la tierra se lo había tragado en cuerpo y alma.-

Pasado un largo año, el Presidente de Quito, don José León y Pizarro, tuvo aviso que el Ex-Alcalde arrastraba su mísera existencia en una de las haciendas del Chota. Despachó hacia allá una fuerte escolta y después de ser apresado, fue conducido a Ibarra. En esta ciudad se le notificó al ex-alcalde, que ya guardaba prisión en las cárceles de esta ciudad, que debía ser remitido a Quito a recibir la sentencia de la Horca, ante la Real Audiencia; pero para llevarlo seguro, se lo indicó que se lo pondrían dos esposas o grillos de hierro en las manos.-

Colérico don José de Grijalva, al ver que se le humillaría con grillos de hierro, dijo al Alcalde: "Vuestra Merced, señor Alcalde, cree que está tratando conmigo como con cualquier pelafustanes "A los de mi sangre, no se los pondrá grillos sino de Plata.-

Ante tanta insistencia del reo, el señor Alcalde no tuvo otra cosa que mandar a trabajar los dos grillos de plata, -a costa del mismo reo.-

Así fue conducido camino a la Capital, a caballo y con dos escoltas a su lado.-

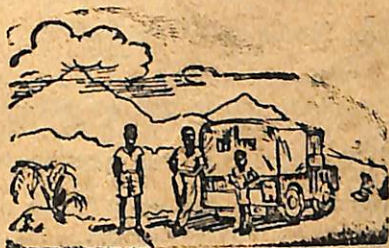
La comitiva llegó lentamente al río de Guajibamba. Y..... al pasar el puente, viene lo fatal de la tradición.-

El río estuvo muy crecido por los crudos inviernos. Los soldados escoltas pasaban el puente. El asesino se detiene un momento.-

Desmonta con dificultad por sus manos engrilladas de plata.-

Cuando, derepente grita ¡Nobleza obliga!. ! Para la horca, ni con grillos de plata.... Y.... ¡tararac.....!...Zuaz.....que se tiró de cabeza al río, por entre las encañonadas peñas, sin que los soldados escoltas pudiesen impedirselo.-

Este es el famoso pasaje del Alcalde de Ibarra.....



TRADICIONES IBARREÑAS

El Obispo no tiene que comer.

(TOMADO DE "PLUMADAS", DE JUSTINO CORNEJO)

Estamos en Ibarra, en el mes de Agosto de 1.896. Son las nueve de la mañana, y ahí está el Obispo, solo, sin más compañía que sus pensamientos y aflicciones; aislados en su santo orgullo, mudo y sombrío.-

A través de las ventanas, cuyos bastidores de vidrio no se abren jamás, penetra uno que otro rayo de luz, timidamente.-

Como el frío mañanero ha entumecido sus piernas, levántase el Jefe Espiritual de esta Diócesis y pónese a recorrer, con paso reposado el departamento. Luego vuelve a su enorme escritorio viejo para engolfarse de nuevo en sus lecturas predilectas. Sus libros y sus manuscritos no pueden permanecer por mucho tiempo abandonados..

Enjuto, pálido, tembloroso. frígido.....

La mirada penetrante, plegados los labios exangües, porosa y gruesa la nariz, cruzada la frente por las arrugas de los sufrimientos más que los años, han impreso en su faz. Temperamento introvertido de aquel extraño varón, parece que no vive para los otros.-

En el reloj de la pared han sonado las dos de la tarde, y aquel dignatario eclesiástico, macilento como lo ves, permanece imperturbable en su trabajo mental.-

Las gentes del pueblo lo respetan más que lo quieren. Le temen más de lo que lo respetaban: La dureza de su carácter y su severidad implacables son proverbiales.-

Los frailes no le asisten a ningún besamanos; porque ni González Suárez lo permite. Sólo uno que otro canónigo, entre medroso y temeroso asoma por ahí de vez en cuando para tratar de asuntos muy concretos.-

González Suárez tose y tose mucho; abrigado siempre, jamás se expone a las corrientes de aire. Padece de ahogo crónico y ha sido atacado por la pulmonía, más de una vez.-

Ilustrísimo, señor dícele el paje que, receloso, han penetrado en el salón. Toda la provisión de boca se ha agotado desde ayer y no hay con qué preparar nuestra comida. Hemos pasado sin almorzar; pero sin merendar.....

El santo sabe que si no se han renovado los víveres han tenido como hacerlo. Lo sabe más. No sonroja ante el tímido requerimiento de su criado. Grave y tranquilo lleva su huesosa mano al bolsillo y dícele a su doméstico, a la par que le entregara una moneda:

Toma esta peseta, lo único que tengo. Dispón de ella como te guste. En tanto a mí, no te inquietes: Nuestro Padre San Francisco sosteníase con menos.-

Calló y continuó como antes había permanecido; Estático ante las amarillentas páginas de un libro abierto.

Pero, ilustrísimo Señor..... implora su interlocutor. Su Señoría, cuando algo se digna recibir de sus feligreses más ricos, enseguida lo echa a los pobres, y después

Ya te he dicho, come algo con esos veinte centavos y déjame con Dios. No te duelas tanto de mi suerte... ¡Vete! Y mañana, de nuevo aquí en juicio.-

Callado, mohino y con mucha pena en su corazón, Olmedo se retira acariciando con sus toscos dedos la moneda que su patrón le ha entregado.-

Sabía demasiado que a González Suárez no puede contrariarlo nadie. Pero sabe también que este ayuno no puede prolongarse por más tiempo.-

Regresa a la repostería y toma su sombrero sigilosamente. Se dirige a la casa de los más pudientes de la ciudad; uno de ellos, hombre devoto y por añadidura espléndido caballero, para quien el Obispo ejemplar guarda especial consideración.-

— Don Nicolás, le dice: El señor Obispo se ha condenado, parte por su pobreza, parte por su capricho a una penitencia sumamente grave para su cuerpo enfermo y débil como el suyo. Sin medio para dar nada y sin ánimo para solicitar a nadie un servicio.-

Ha resuelto ayunar Dios sabe hasta cuando. Vea Ud. señor Tobar, si puede impedírselo, si le es dable evitárselo....

Hum—m—m, dice don Nicolás Tobar. El Ilustrísimo González Suárez es muy puntilloso..... Sin embargo, toma estos cincuenta sures, y procurando no herir la natural delicadeza de su Señoría, dale para que los invierta en lo que crea más conveniente, y que perdone esta pequeñez.-

Mientras el muchacho, satisfecho, regresa de la casa N. 37 de la Carrera Bolívar, medio envuelto por las sombras de la noche, allá, en el caserón desmantelado y desierto de la casa de armas, el Prelado, entrelazadas las manos, la visita por el suelo, ora de rodillas al pie de Jesús Crucificado.

Olmedo sube en puntillas las gradas, presto deja el sombrero y secándose el sudor, regresa a la presencia del Obispo, quien ya ha terminado su plegaria.

Ilustrísimo señor, le dice. El señor Nicolás Tobar acaba de mandar para su Señoría este dinero. Ha mandado a decir que disculpe la pequeñez de la limosna.-

¡Nicolás Tobar ?..... ¿dinero?.....! Tú .. acaso .. replica
González Suárez airado ya.-

No! ¡...No, Ilustrísimo Señor..... Talvez lo haya sospechado
que su Señoría estaba sin comer.....

Sea de ello lo que fuere, agradácele como se debe. Quédate
con esa suma, que bien la necesitas para tu sustento, para tus ne-
cesidades.-

¿ Pensará seguir ayunando su Señoría Ilustrísima? Voy a
preparar alguna cosa.-

Comida no la quiero, Con un poco de café negro la podré
pasar. Tú lo sabes perfectamente.-

Así fue. Aquel Prelado Sabio y austero no se sirvió aquella
noche y por muchos días después, otra cosa que una taza de café
que el buen Roberto Olmedo con mucho miedo y todo, cuidaba de
acompañar a la tacita de café unos panecillos de Caranqui y unas
rebanaditas de queso de la Rinconada.-



El Fantasma del Cementerio

Allá, a los comienzos del siglo XIX, existía el cementerio en los terrenos del convento de Santo Domingo, situado al Norte de este convento, precisamente en el solar que hoy ocupa la escuela "América" y donde se proyecta construir el Estadio Municipal.

En este Campo Santo reposaron los restos de toda la ciudadanía ibarreña fallecida por aquellos tiempos.-

Por el año de 1900 azotó a la ciudad de Ibarra y a sus vecindarios una terrible peste de sarampión. Fue tan atroz este azote que no perdonó edades, dignidades ni gobierno. La mortandad cifró una cantidad fabulosa. En tales circunstancias el referido cementerio no dió cabida a las muchas sepulturas, por haberse llenado completamente. Entonces se rehabilitó el actual Cementerio de la Hermandad Funeraria de San Francisco, que apenas empezó a funcionar para dar sepultura a varios gemonales de la urbe. El cementerio de nuestro cuento quedó abandonado, quedando como recuerdos unas pocas bóvedas viejas y empíricas.

En la administración del General Plaza, en los años de 1901 a 1905, se dictó la Ley de "Manos Muertas". Esto es que, todos los bienes que pertenecían a frailes o monjas pasaron a ser propiedad del Estado.-

Así fue como la Asistencia Pública tuvo, para su administración, todas las haciendas y terrenos de propiedad conventual. Per esta Ley este viejo y tradicional cementerio, convertido ya en cementeras del convento de Santo Domingo, fue también desapropiado, con toda la extensión que quedaba al Occidente del Callejón de entrada norte de la ciudad, que existió por aquellos tiempos. Esta vasta extensión pasó a los dominios del Cabildo Ibarreño, cual lo tiene hasta la actualidad.-

Como hemos dicho, para recuerdo de este cementerio, existían unas bóvedas en destrucción, para el cuento de nuestra tradición.-

Estas bóvedas quedaban a poca distancia del camino que salía desde la subida, por el Batán, o de los Molinos. En este lugar y a la izquierda existió una "Casa Posada", de propiedad de los mismos frailes dominicanos, situada al pie de los alfalfares. Era el Tambo obligado para los arrieros norteños o pastusos que venían a la ciudad. Muy cómoda la posada, siempre que el arriero encontraba asilo para él y pesebreras con alfalfa para sus acémilas.-

Era costumbre de los buenos arrieros de aquellos tiempos traer telas finas de Colombia, varios artículos de lujo, así como su tentador fardo de frihambre, o el "cucabe". Ya veíamos a cualquiera de nosotros ambicionar una porción de este cucabe tan sabroso, consistente en tostado de manteca, fritadas, las rosquillas

etc.- ... panes, los gordos y mantecosos panes, etc.

El número de hospederos arrieros empezó a decrecer notablemente.-

Pues que cundió la noticia que de esas bóvedas salía un fantasma ardiendo en llamas y que ponía en fuga a los durmientes arrieros.-

En verdad, entre la media noche, los arrieros eran despertados de su profundo sueño por el retintín de una campanilla. Por curiosidad salían a ver que es lo que pasa con aquella campanilla y a esas horas. El espanto subía de punto hasta dejar helados y mudos a los curiosos arrieros.-

El fantasma, que era un bulto alto, cubierto por una manta negra, dejaba ver las llamas que arrojaba por los ojos y boca. Arrojaba esta campanilla, y a toques fúnebres, avanzaba lentamente hacia los curiosos, en ademán de atraparlos con sus brazos abiertos.-

La fuga de los espantados forasteros no se hacía esperar, sin importarles dejar todo adentro del cuarto de la posada. En el calor de su espanto y nerviosismo, avanzaban a la ciudad a pedir por donde quiera o se amanecían rondando por las silenciosas y oscuras calles, hasta que venga la luz del día, para regresar en pos de sus cargas y de sus mulas. Con gran sorpresa veían los incansables pastusos que había desaparecido el fardo de su cucabe, las telas y todas las cosas manejables y de valor.-

Esta escena se venía repitiendo por algún tiempo. El miedo cundió en los caminantes, quienes preferían quedarse, en Aloburo, el Olivo, o donde sea antes que llegar a la Posada de Santo Domingo. Pero, bien se dice: "No hay deuda que no se pague ni moneda que no pase": Roberto un pastuso de aquellos que hacen temblar el mismo infierno por su arrojo y valor, sabedor de este cuento del aparecido del cementerio, armó su viaje a la capital de Imbabura. Vino con todas las de Ley de viaje.-

Solo y muy solo desmontó, a las cinco de la tarde, en el patio del acostumbrado Tambo de Santo Domingo. Ató sus mulas en las pecebreras, las puso buenas raciones de alfalfa, por el momento cortada. Entrada la noche encendió su vela de sebo; hizo su cama con sus gruesas cobijas y se entregó al sueño: Tan tranquilo estaba.-

Las doce de la noche daba el reloj público de la ciudad. La campanilla de siempre, con sus fúnebres retintines despertó a nuestro valiente Roberto.-

Ya está el fantasma de los diablos, se dijo. Veremos si se hace el machito conmigo.

Dicho esto, se armó de su gran ashal, o fueite de los arrieros y salió al patio. En otro que no hubiese sido este intrépido Roberto, hubiese hecho lo mismo, de poner patas en polvorosa, con los pelos de punta e irse amanecer sabe Dios por donde.-

Allí venía el fantasma, alto, muy alto, cubierto con una manta negra. Echaba llamas por ojos y boca. Avanzaba solemne y miedoso, con los brazos abiertos hacia el forastero. Este le esperó, sin antes dejar de sentir algún pequeño rasguño de nervios. Fueite en mano, allí esperaba. Esta vez parece que el Fantasma quiso espantar de veras a Roberto. A la vez que avanzaba, emitía voces guturales, como las de ultratumba. Sereno, pues, Roberto, no cedía un paso de su lugar de espera. El fantasma, al ver que éste no corría, llegó hasta ponerse a pocos pasos de él. Entonces cogió en mano izquierda el ashal y preguntó:

Alita Alita eres de este mundo o de la otra.....

De la otra. Estoy en los infiernos, respondió el fantasma con una voz ronca que en verdad debió causar espanto.-

Alita seas de donde quiera ! Carajo !, !Toma! !Toma... toma fantasma de mierda, respondió el pastuso, a la vez que descargaba fuertes latigazos, los que caían en cuerpo cierto.-

A los primeros latigazos cayó la calavera convertida en pedazos, así como la esperma que arrojaba las llamas y aún mantenía encendida la mecha.

Como seguía la descarga de la tremenda tunda, en los lomos del fantasma, éste, rendido por los dolores, se hinca de rodillas ante Roberto y le dice: "Por favor, no me mate. ¡Por piedad !....."

Alita, alita..... si eres un puerdo bandido, !toma! Y le descargó otra tunda no menos fuerte.-

Por piedad, no me mate Ud.

¡Carajo!. Entonces ¿quien es Ud. so mierda, que se hace el fantasma... ¿Y por qué hace esto?.-

Soy un pobre padre de muchos hijos. Hago espantar así, a los arrieros para tener con qué comer, señor. Le pido perdón.-

Conmigo las pagas, so ladronazo. Y sin más tardar le ató con la veta del fueite por el cuello, y así lo condujo a la ciudad para entregarlo a la Policía.

Pues, este fantasma, cuyo nombre mantienen en reserva los abuelos, por mucho tiempo aprovechó de su treta para adueñarse de muchas cosas de sumo interés y valor, con cuyo fruto, en verdad, alimentaba a su familia.-

Y... ¿cómo era esta treta?.

Nada más sencillo que usar una gran olla de barro, en forma de calavera, con orificios en los ojos y una gran boca con dientes desiguales. Dentro de este artefacto colocaba una vela encendida, la que se la calaba en la cabeza, y en la oscuridad, simulaba casi fielmente un demonio echando llamas, una gran manta negra cubría el cuerpo, su campanilla completaba el fantasma.

Pues que, desde la gran azotiza de Roberto, no volvió a aparecer jamás por aquellos trigos nuestro vivísimo padre de familia. Los arrieros reanudaron su posada y siempre agradecidos al atrevido Roberto.-



El Zambo Miguel Caicedo

PERSONAJE IMPORTANTE EN EL MUNDO DE LA GENTE MENUDA

El zambo Miguel Caicedo tiene especial importancia en la vida social de la ciudad de Ibarra. Es de tan grata recordación en los hombres que en aquellos tiempos fueron niños, por sus acostumbradas persecuciones cuando jugaban en las calles de la urbe.-

Para la niñez de hace unos ochenta años, constituía el Zambo Miguel, el cuco numero uno, por lo que le huían a la distancia.-

Veamos algo de nuestro importante personaje:

Tenía su habitación en el barrio de "El Carmen", en donde hoy tiene el taller de herrería su nieto de él, don Antonio Caicedo, tan conocido en el medio ibarreño, tanto por sus obras, cuanto por su carácter jovial y comedido.-

En aquellos mozos tiempos no existían los policías municipales, como hoy los tenemos aun cuando en número insuficiente para el cabal servicio de la ciudad. Entonces el servicio de esta naturaleza estaba encomendado a una corporación de ocho gendarmes municipales. La función específica de los gendarmes consistía en velar que no anduvieran sueltos animales por calles y plazas, en especial chanchos.-

El Jefe de esta corporación era el Zambo Miguel, cuyo carácter de autoridad le venía tan a gusto y acomodo que era merecedor del respeto de toda la sociedad, y el miedo de los chiquillos.-

Durante el día, armado de una lanza, así como los demás gendarmes, con una banderola roja en el asta y un gran fuste terciado al hombro, recorrían por todos los ámbitos de la ciudad. Si por desgracia algún chanco abandonado o escapado de los corrales, era encontrado por nuestro zambo Miguel sin más miramientos que el cumplimiento de su deber, era despanzurrado por la lanza implacable de esta autoridad.

Tenía tanto celo en el cumplimiento de la moral social entre los niños que, a la vez que cometía el asesinato de los chanchos, no consentía que los muchachos de su tiempo formaran corrillos en las esquinas y formaran bombas de juego de bolas, tortas etc, en las calles. Cuando estos corrillos, por estar entretenidos en el juego no advertían la llegada del zambo Miguel, eran alcanzados por el fuste y descomunal largor que hacía buenas caricias en las nalgas de los chillones mozalvetes, los mismos que presas del más grande terror, ponían, patas en polvorosa, abandonando en las bombas los trompos, bolas u otros objetos de juego, que eran recogidos por la temida autoridad y obsequiados a los niños que los encontraba en casa, premiando así la sujeción al hogar.-

El niño es sociable por excelencia, para no ser vistos por el celoso Zambo, solían acudir a los más apartados lugares para sus

juegos en conjunto. Pero, para mayor seguridad, un niño designado de entre los demás, desempeñaba el papel de la vigía.-

Cuando éste daba la voz de alarma con el consabido grito: ¡El Zambo Migueel.....! todos salían en tropel por otros lugares -

En nuestros tiempos de tanta libertad de los hijos de familia, cuando ha desaparecido el principio de autoridad y respeto para los padres y mayores, cuando la "nueva ola", ha hecho su terrible obra de corrupción de costumbres y de la moral social, como quisiéramos tener hoy también un Zambo Miguel

Pero también las pagó el Zambo Miguel

A raíz de la entrada al Poder del Partido Liberal, el año de 1895, suscitaron las continuas revoluciones entre los "rojos y los azules", o sea entre liberales y conservadores -

Nuestra población juvenil ibarreña, de ese entonces copió al pie de la letra estas revoluciones y los sucesivos encuentros armados representándolas en ruidosos simulacros; la Muchachada del barrio de la Merced, Santo Domingo y el Aromito formaban un grueso ejército liberal, con su Jefe Luciano Moncayo.-

Los de San Francisco, San Juan Calle, el Carmen y el Cardón, constituían otro poderoso ejército conservador, al mando de su Jefe, Miguel Rosales López.-

Estos enemigos encarnizados se apostaban por las vegas del Tahuando y tramaban la más encarnizadas guerras, con sus proyectiles de pie tras.-

Se epeltrechaban como podían y se acometían con fiereza.-

Unas veces salían victoriosos los conservadores; otras, los liberales. Y era de verse las carreras de los vencidos por las calles de la ciudad y perseguidos de cerca por los victoriosos, entre lluvias de piedras.-

En una de estas guerras juveniles, cuando los conservadores sacaban en quema a los liberales, desde las playas del río, ya por la salida del "Eden", apareció el Zambo Miguel con su acostumbrado fuete a querer poner orden a los muchachos. Este paso peligroso dió una triste lección a nuestro Zambito, para que no olvidara jamás en sus pocos días de vida:

Pues, cuando intentó desenvolver su descomunal látigo, por atrás le acometieron, a pie enjuto, gritando: ¡ Adentro, Zambo Miguel!. Adentro! Adentro Zambo Miguel ..!. Tal fue el apuro del celoso gendarme, que tuvo también para salir en carrera desenfrenada, evitándose las piedras que zumbaban por sus orejas, como una dura retaliación de los latigazos recibidos del Zambo Miguel.-

El Becerro de Oro de la Calle Larga

(17 DE MARZO DE 1972)

Antes de hacer la narración de esta singular tradición, queremos primeramente presentar el escenario, donde sucedieron los hechos, si es que los podemos tomar como reales y la época en la cual corría, de boca en boca, un asunto que rompía los cerebros de los habitantes de la ciudad de Ibarra, allá, en remotos tiempos de la Colonia.-

La Calle Larga, que hoy lleva el nombre de "Avenida Eloy Alfaro", queda al Noroeste de la ciudad.

Se extendía, como hoy, desde la conexión de la Carrera Grijalva, hasta el puente de Ajaví.-

Corría el año de 1.863, cuando la Calle Larga empezó a ser empedrada, por el Licenciado Don Miguel Hernández de Bello, por ser la principal y única entrada a la ciudad.-

Al Norte de esta gran calle existían casitas bajas de gente humilde. El lado Sur, nada menos que tapias con bardas de cactus, chilcos y otros arbustos que hacían la cerradura de los pastizales de la Hacienda de Pilaquí.-

Cerca de la esquina, para empezar la calle que va al puente de Ajaví, existía un gran carrizal, a donde acudían los muchachos a tronchar los carrizos para sus cometas y más juegos. Pero, téngase entendido que aún estos traviosos muchachos dejaron de concurrir a este lugar, por los tantos comentarios de aparecidos y fantasmas que entretejían los fabulosos vecinos.-

¿Cuáles eran esos comentarios, señor?

¡Vaya...! Los acostumbrados en aquellos tiempos cuando se decían que los fantasmas y todo el ejército de demonios andaban sueltos por el mundo de Dios, por haber escapado de los oscuros antros del infierno, o las almitas de los difuntos que permanecían en penas, por los tesoros que sepultaron en vida, en la "madre tierra". Decían, que estas almitas habían conseguido permiso de Dios para salir por las noches en busca de algún ser humano que tenga valor suficiente para desenterrar los patacones, y volver así, a la Gloria de Dios a estas almas quejosas.

Ni más ni menos, mis buenos lectores, que era voz común que salía de este carrizal, especialmente en las noches de conjunción de la luna, cuando las tinieblas eran dueñas y señoras de toda la ciudad, inclusive, la calle Larga, un ternero o becerro de color borroso; pero, eso sí, tan furioso y acometedor como cualquier toro de lidia.-

Pero, con todo, las noches más propicias y escogidas por el

fantasma, eran aquellas de los meses de Agosto; y, especialmente, las noches de conjunción de la luna de Setiembre, para salir de su escondite a dar su consabido paseo y asustar malamente a los trasnochadores que acertaban a pasar por aquel paraje de Dios -

Referían los abuelos anteriores al terremoto del 68, que estos cuadrúpedos infernales acometían con el furor nunca imaginado en esta forma:

Cuando salía el becerro del carrizal, dando bramidos a grandes saltos y potaletas, seguía por largo de la calle, en dirección a la gran piedra que estaba en el extremo oriental, osea junto a la casa que fue de los fundidores, señores Tatur. Entonces, atraída por los bramidos del becerro, salía una tamaña puerca de debajo de esta piedra, seguida de sus siete marranitos, lanzando gruñidos miedosos.-

Uno y otro animal se trezaban en combate feroz: El becerro acometía a su enemiga a furiosas cornadas; y la puerca, con su hocico abierto, echando llamas, intentaba dar certeros mordiscos, en el cuerpo del atrevido ternero.-

Aseguraban que, cuando se empeñaba esta lucha, ni uno ni otro se hacía daño alguno, hasta que algún gallo del vecindario, daba su primer canto, hora en la que cada cual de estas fieras infernales entraba a su escondite.-

Vaya, una curiosa pregunta: ¿Y quién tuvo el valor suficiente para presenciar estos enfurecidos encuentros.-.....?

¡Que sencillo es Ud.! ¿No sabe Ud. que la curiosidad es más poderosa que el becerro y la puerca con sus siete críos?.-

Sepa: Al lado Oriental de la Calle larga y casi frente al carrizal, vivía, en una humilde casita, el negro Felipe Quiñonez, envejecido en la hacienda de Tapiapamba, como Mayordomo de Pailas.-

Felipe Quiñonez era de una curiosidad invencible que contaba toda una historia de estos fenómenos y ruidos extraterrenos.-

Felipe, cuando oía los bramidos de estos dos enemigos, salía en calzoncillos hasta un metro fuera de su portón y allí se estaba, todo ojos, observando esta batalla infernal. Cuando el becerro ya retornaba a su guarida, a saltos y pataletas, se entraba corriendo a su casa, para referir al otro día, lo que había visto.-

Felipe Quiñonez es quien propaló la curiosa noticia que tenía en constante alarma a los vecinos, sin que nadie quisiera imitar la curiosidad y actos de Felipe.-

Pues bien, sucedió que una noche de aquellos combates, el mulato Felipe se encontraba festejando el matrimonio de una sobrina, en el caserío de Alpachaca.-

Las once de la noche aquella. Felipe, picado en su valor y curiosidad, por los traguitos de la fiesta, se acuerda que esa noche debe haber guerra en la Calle Larga.

Sin decir palabra a nadie, ni siquiera a su costilla mulata, sale camino a su casa, armada eso sí, de un gran cuchillo de cabuyero.-

Llegadas las once de la noche, allí está Quiñonez frente a su puerta, ya desemparejada; claro, reforzando mucho más su coraje con una que otra buchada de trago, de la botella que trajo consigo.-

Unos bramidos, unos saltos y pataletas, allí va el temible becerro. Sin más esperar de media vuelta y acomete al curioso atrevido negro. Felipe, en desesperado momento se turba: pero empuña fuertemente el cuchillo; y, a la primera embestida, dirige, a tontas y a locas una cuchillada al cuello del becerro.-

Más, ¡que pena!, el pobre negro quedó tendido en la calle, echando espuma por la boca.-

Llegadas las cinco de la mañana la mulata costilla del atrevido Felipe le encuentra como muerto frente a su casa, vienen los hijos atrás. Le cogen por brazos y piernas y lo llevan a la cama.

Pero, ¡Oh sorpresa!. La mulata Isabel mira con codicia tres grandes monedas de oro, brillando junto a Felipe.-

Al otro día fue el comentario sabroso que Felipe a logrado herir en el cuello al becerro; y que, por esa herida han salido las monedas, las mismas que, eran exhibidas a todo curioso.-

No es otra cosa que becerro de oro, decían todos.-

Ese ternero no es sino todo un cuero llenesito de oro. En fin; pero nadie quiso acometer la empresa de apoderarse de ello.-

Esta singular novedad se regó como aceite por toda la ciudad, tentando la codicia de todos. Nadie, muy nadie se hubiese atrevido a matar el ternero.-

Pues bien donde hay unos hay otros:

A este tiempo estaba recién llegado de Quito el Lcdo. Alonso Hernández Bello. Venía de pasar sus años de juventud en la capital, dejando tras sí una estela luminosa de aventuras amorosas y de un truhán trasnochero. Botarata como nadie, acabó con la fortuna de su íbarreño padre, dizqué en estudios y pasatiempos.-

Romántico, cual ninguno, soñaba en países de dorados y ansiaba con locura acometer cualquier atrevida empresa por tener oro y más oro.—

Como anillo al dedó llegó la noticia del becerro de oro a oídos de don Alonso.-

El caso ocurrido con el negro Felipe y las monedas de oro caídas del cuello del becerro, fueron acicate poderoso en el alma de este joven farulero.-

Este becerro será mío, se decía con frenesí.-

No dió tregua más el andariego don Alonso:

Con el mejor herrero de la ciudad mandó trabajar un fino florín o estoque de acero, con empuñadura de plata, conteniendo en su interior un pequeño depósito del mercurio o azogue. Hizo bendecir el arma en misa celebrada en honor de San Cipriano, como que estas son condiciones o requisitos infalibles para acometer a cosas de la otra vida y a entierros de plata.-

Una vez provisto de esta importante como especial arma, fue a la casa de Felipe. Conviene entre los dos formar una sociedad para atacar al becerro.-

Qué mejor para el negro tener un socio de la calidad de don Alonso Hernández Bello y saber que pronto será rico y se convertirá en patrón dueño de alguna hacienda -

Entiéndase de antemano que don Alonso era un excelente torero y banderillero sin igual.-

Obtuvo muchos trofeos en las fiestas de toros de la Capital del Ecuador.-

Vino la memorable noche de septiembre. Montando en su brioso caballo don Alonso, se apostó tras la esquina, frente al carrizal. El negro Felipe, muy juntitos.-

Así esperaron.....

Asomó el furioso cuadrúpedo. El torero preparó su florín. El negro no sabe si correr o parar fijo.-

El becerro embiste. Los lances de don Alonso se repiten. El negro cae otra vez desmayado.-

Al fin, una certera estocada en la nuca del animal. El becerro lanza un bramido cual nunca se lo oyó y quedó tendido en el empedrado de la calle.-

Triunfante y loco de ambición el caballero echa pié a tierra. Se acerca al muerto animal y figúrense ustedes casi pierde la cabeza de contento, al tocar ese cuero que no había sido sino la piel de un ternero embalsamado con monedas de oro que algún avaro de aquellos tiempos enterró en el carrizal; y, es claro suponer que el alma del dueño de esta riqueza tomó la forma de un becerro hasta encontrar algún valiente como don Alonso para entrar ya sin penas al cielo.-

Como don Alonso no pudo levantar este pesado bulto, gritó fuertemente a Felipe a que le ayudara. Pero el negro roncaba. Al fin se despierta por los empujones del loco licenciado. Entre los dos suben a la montura el rico botín.-

El soñador fue dueño de muchas haciendas, en tanto el negro murió de contento al ver tantas monedas de oro en su poder.-



los brazos, prendió cerillas a no sé que, cubrió las cabezas con capuchas negras y ¡zas!... que saltó el tapial contiguo y muy quietecito se quedó en espera, oculto bajo las higuerrillas que abundaban en esta parte de la calle, donde es hoy la planta baja del Colegio Teodoro Gómez de la Torre. Pero también el gendarme, paso de gato cazador, iba llegando: Para el incauto mandadero, Toribio estaba allí de pie, muy pegadito al cuerpo de su novia, haciendo cómodo arrimo de la palmera.-

Unos pasitos..... el lazo..... preparada la argolla, iba rozando el suelo, mientras el penepén se decía: "De una enlazada caen ambos pichones. Así mato de un tiro dos pajaros. Ya enlazados los llevaré a la presencia de mi amo, el señor Alcalde, quien buena paguita me ofreció por este trabajito. Pues bien, brazo, para esto te quise".

Y sin más esperar, ¡zas !..... echa la enlazada a la enamorada pareja ! Oh, sorpresa.....!..... Al caer el lazo sobre los cuerpos, hubo un ruido muy desconocido. Caen unas vestiduras y quedan luciendo a la luz de la luna dos desnudos esqueletos, con su chasqueante cotillaje, blanquesinas calaveras, despidiendo llamas por las cuencas de los ojos....

! Que susto, señor Gendarme.....!...!

Seguro es decir que en esos terribles momentos hubo gritos de terror y correr involuntario de orines. Si, porque cae desmayado el pobre mandadero.-

Repuesto un tanto del susto, con los pelos erizanados hasta las puntas, echa a correr con la boca repumajante. Correr y más correr, entre zancadas y caídas, a desfallecerse sobre las húmedas yerbas del parque. Allí queda sin sentido, muy dispuesto para pasar a la tumba. No habla, ni se queja; ronca y echa espuma por la boca.-

Las cinco de la mañana. Las campanas de la Catedral echan al aire los tañidos que invitan a la misa mañanera. Una beata acierta a pasar por aquel sitio. Llega y lo ve. Reconociéndolo, le pregunta, qué es lo que le ha pasado. Esta voz le despierta de su marasmo y sin poder dar respuesta a la curiosa rezandera, echa a correr a la casa de Su Merced, el señor Alcalde.-

La agitación y el recuerdo de la horrible escena obliga al gendarme a caer otra vez desmayado en el zaguán de la casa, que ya tenía su portón abierto.-

En tanto, como si nada supiera, sale Toribio de su dormitorio atraído por las llamadas de socorro de su padre. El castigado colombiano no tiene palabras para ponderar lo ocurrido. Toribio, muy satisfecho, se hace el retirado para reir a sus anchas y muy contento porque ya no concurrirá jamás a la esquina del Coco el pobrecito Gendarme.-

Bueno, ¿y cual fue la treta? Nada más sencillo.

Para dar una lección aterradora al chismoso Gendarme, Toribio armó, con anterioridad, en su dormitorio, dos esqueletos de carrizos y dos calaveras traídas de algún carnero o del cementerio de Santo Domingo.-

Dentro de las calaveras adecuó dos velas encendidas, las mismas que hicieron la emanación de llamas.-

El tiempo siguió su marcha. Toribio, con su amada tomó otras vías por los trigos del Señor.-



El Torreón y su Reloj

Son setenta y un años de estar de pie este viejo e histórico monumento, tan acertadamente llamado "El Torreón", luciendo en su cara principal del tronco de pirámide que remata la cúspide, la esfera del Reloj público constituyendo así, un magnífico adorno del Parque Pedro Moncayo.-

Setenta y un años de regir los destinos de los ibarreños, midiendo, minuto a minuto, la evasión del tiempo y de la vida, con las dos manecillas recorriendo la esfera universal de los misterios insondables de lo desconocido.-

Relicario de recuerdos este reloj, sobre tan majestuoso edificio. Su campana inexorable ha herido el corazón de muchos, cuando casi a los tres cuartos de siglo ha señalado la hora fatal de la cita a los mortales para emprender el doloroso viaje sin retorno; o la hora feliz de un nuevo comienzo su llanto a los primeros lampos de luz que hieren sus pupilas tiernas. Las horas lentas pero de infinito placer, cuando el novio retorna de su éxodo voluntario, la amorosa madre llega de su trabajo con el pan para sus hijos; las horas que avanzan en el día señalado al humilde obrero, el momento de dejar sus herramientas para volver a su dulce hogar, donde le esperan la amorosa compañera y los famélicos chiquillos que sonrían al brillo de los centavos ganados por el valiente padre, con el sudor de la frente; las horas de glorias, triunfos y también de dolor que han marcado los años, los meses y los días, en el devenir de la vida citadina.-

Cual ojo mágico, suspendido desde lo alto de una torre, recibiendo los besos de las brisas mañaneras, o los rigores de las corrientes huracanadas, el viejo reloj ha columbrado en lontananzas los días de ventura, de progreso y de pujanza de las diarias tareas, de la vida de la ciudad de Ibarra.-

Y cual vigía, ha velado en altas horas de la noche, el sueño de las hermosas doncellas que despiertan con la ilusión hilvanada entre corpiños.

Si, señor. Ese es nuestro Reloj, ese es nuestro Torreón.-

Disculpe Ud. mi amigo, si hacemos una pregunta o por lo menos, dos, si su bondad nos permite:

¿Quién hizo ese Torreón y en que año?

¿Fue para la colocación de un reloj Público?

¿De donde vino ese reloj, quien le colocó tan acertadamente para uso de la ciudadanía huérfana de los extranjeros Waltans, Omegas, Invictas o de un moderno Seiko?

Muy justa es su curiosidad, tal cual ha sido la nuestra pues que los monumentos históricos huelgan el conocimiento de sus orígenes.

Según la tradición que hemos podido recoger, tenemos que este torreón es hecho nada menos que por el más cotizado de los albañiles de hace 80 años, quien fue el albañil Simbaña, padre de los señores Simbaña, que desgraciadamente todos tuvieron su fin trágico. Este afamado profesional, construyó los mejores edificios públicos y privados de Ibarra, de acuerdo, los más a los planos confeccionados por el Arq. Domingo Albuja, así como nuestro Torreón. Simbaña, como maestro mayor de la obra ganaba de cuatro a cinco sucras diarios, en tanto sus peones, ocho reales diarios, habiendo muchachos para los trabajos pequeños con su salario de veinte centavos.-

¿Qué tiempo demoró ese trabajo? ¿Quién sabe?. Lo más seguro es que fue de un año.-

Como se aproximaba el 28 de Septiembre de 1906, la ciudadanía toda, mediante su Ilustre Cabildo, se preparó con el máximo entusiasmo para la celebración del Tercer Centenario de la fundación de la ciudad de Ibarra.-

Para tan importante evento histórico, hubo muchos proyectos para dar la exaltación merecida a este hecho de acuerdo a la dignidad y nobleza a la heroicidad y patriotismo de tan amada ciudad de Troya.

Como número sobresaliente en el Programa de festejos, fue la preparación de una Magna Feria-Exposición, en la que exhibirían obras de artistas ibarreños y de la provincia; de artesanos, de escritores y novelistas. Fue para despertar los ingenios dormidos, y gracias a este valioso incentivo, se verían allí obras dignas de estar en los mejores salones de Francia o Inglaterra. Los agricultores se esforzarían por llevar a los Stands, los mejores productos agrícolas de sus haciendas.

También se exhibirían inventos maravillosos que acreditarían la inventiva ibarreña.

Así fue como se llevó a la Exposición, un reloj grande, con el fin de ser colocado en una de las torres del templo de los Padres Capuchinos, o el actual San Francisco. Este reloj tuvo el mérito impecable de ser hecho solamente de madera, de una fina madera, desde luego, porque no se encontró pieza alguna de metal o de cualquier otra máquina.

Veamos como resultó este maravilloso invento:

Para el tiempo de nuestra referencia, existió en el barrio San Francisco, un habilísimo carpintero llamado Rafael López, quien tuvo relaciones de amistad muy estrecha con los Padres Capuchinos, especialmente con el Padre Bartolomé. Lopez recibió de este padre Español, muchas clases de ebanistería. Su taller lo tenía en la Carrera Atahualpa, frente donde es hoy la Hermandad Funeraria.-

Con tal amistad y con tan venida a mano, la celebración del Tercer Centenario de la fundación, López se propuso hacer el reloj en referencia. Para llevar a tan feliz éxito, el Maestro Rafael López, asesorado por el Padre Bartolomé, quien le trajo desde España, en uno de sus viajes, la cuerda especial para las pesas de piedra de este reloj.-

Ya nos podemos imaginar la novedad despertada en todos quienes asistieron a la apertura de la Feria Exposición, el 28 de Setiembre de 1906, al ver esta máquina de madera, midiendo el tiempo con la fidelidad de uno de los mejores de aquel entonces.

Esta obra mereció para su inventor el Primer Premio consistente en Medalla de Oro, entregada a don Rafael en acto público, mientras se desarrollaba una función dramática, en el Salón del Colegio Gómez de la Torre.-

Además, este mismo hábil carpintero, exhibió otra obra de madera: Una Bomba Impelente-aspirante, para los usos de regadío, que también mereció su premio distinguido.-

No sabemos el motivo por qué no fue a ocupar la torre de la iglesia de San Francisco, como fue su primer proyecto. Es lo cierto que, llamados todos por la novedad, quién no propuso compra de esta maravillosa máquina, cuyo valor sería incalculable. Don Rafael López, cultivaba, entonces amistad estrecha con su tocayo, Don Rafael Rosales, uno de los pudientes y de figura relevante de la ciudad de Ibarra. Habiéndole manifestado Don Rafael Rosales su deseo de comprarle este reloj, llegó a proponerlo cosa que López la utilizó para exteriorizar su aprecio a su amigo Rosales, haciéndole singular donación o un generoso obsequio. ¿Qué hizo don Rafael Rosales, de aquel reloj?. Se ignora.

Con esta gran novedad, el Ilustre Municipio hizo acelerar los trabajos del torreón, para luego pedir a Alemania el reloj público, de donde vino precisamente para ser colocado en las festividades del Tercer Centenario.-

Existió hasta hace poco, quien sostenía la versión de que el reloj público, fue donación de un canónigo ibarrenño, de apellido Chávez, cuñado de don Isaac Acosta, relojero también.-

En contra de esta tradición, vino a desmentir otro ochentón, quien asevera que jamás pudo este canónigo donar tan valiosa joya a nuestro Municipio, pues el curita Chávez fue uno de los más afamados chulqueros y avaro por excelencia. Tanto que durante toda su vida sacerdotal, no gastó más de una sotana. Podemos tomar este dato como seguro, es que el canónigo Chávez, se vestía de sotana únicamente para concurrir a los actos religiosos de la Catedral. Después de éstos, llegado que había a su casa, colgaba su sotana en el ropero y pasaba los días con sus pantalones de jerga, entregado al cultivo de sus hortalizas.-

Es importante saber que nuestro Reloj Público, fue entregado a la técnica del profesional relojero desde el momento de su colocación en el torreón, señor Vinueza, quien lo manejó impecablemente durante los últimos días de su vida terminada allá por los años 1918 o 1920. El que escribe estas líneas tuvo la suerte de conocer al señor Vinueza, y lo vió, más de una vez, subir por las gradas a dar cuerda o hacer alguna reparación urgente.-

De acuerdo a las precedentes líneas, nos lamentamos muy de veras que en nuestros tiempos esta joya medidora del tiempo, esté en **manos inexpertas** o haciendo poco caso de ella. Un error lamentable de nuestro Municipio, porque es digno de mejor suerte nuestro Reloj Público Ibarreño.-



Tradición de Yuracruz

Erase— Don Joaquín Coanguina, dueño de unas cuantas parcelas en las prometedoras laderas orientales de la Cordillera de Yuracruz.-

Don Joaquín, guardoso cual ninguno, poseía su fortuna también en una buena suma de plateados patacones. Jamás quiso dejar su cajuela en poder de sus hermanos y esposa, tan ambiciosos como nadie.-

Siempre expiábase a este acaudalado Cacique indígena, en sus viajes por la Cordillera, en donde tenía una casucha de habitación a donde iba, especialmente en las épocas de cosechas. Allá iba el cuidadoso don Coanguina, llevando sus pesos debajo del brazo cubierto con el grueso poncho otavaleño y en su acariciada cajuela.-

En sus acostumbradas andanzas, siempre entre la oscuridad de la noche y de vuelta a la ciudad, un gran fantasma se dió a la manía de salirle al paso, en el más repugnante y miedoso aspecto, con su calavera llameante y con ademanes de quererlo atrapar; en cuyos trances, no tenía más que abrazar fuertemente su tesoro y regresar a su choza espumarajeante y temblando de miedo.-

Erase don Joaquín tan devoto de la Cruz que, en sus oraciones no dejaba de encomendar al Santo Signo del Cristianismo su espíritu y su fortuna.

En una de aquellas madrugadas oscuras y frías, el temido fantasma no faltó en su camino. Luego, armándose de coraje, sacó a lucir, como arma de defensa, una cruz que siempre llevaba pendiente del cuello.

Tal fue su miedo y temor que cayó de rodillas al suelo. Cual sería su angustia y su devoción que el Cielo al escuchar sus peticiones, hizo aparecer en la cima de la Cordillera una Hermosa Cruz Blanca. Ante esta aparición, con el alma por los labios exclamó en quichua esta prez "Riquí, cucu. Yurac—Cruz, que traducido a nuestro castellano quiere decir: Mira demonio, esa Cruz Blanca. Decir esto don Joaquín y salir derrotado el fantasma fue una sola cosa, tanto que al caer en una profunda zanja de su propiedad el fantasma empezó a bramar como toro. En ese bramido conoció una voz familiar. Fue y vió ¡Oh, sorpresa! Allí, en la hondada, echando espuma moría su sobrino Luciano, quien se había urdido este subterfugio, con una calavera y unas velas encendidas. Allí estaban los trapos y velas. Don Joaquín ante este cuadro, exclamó abrazando más su cajuela de patacones: "¡Yurac—Cruz; Yurac—Cruz, "cucu sobrino huañuchish ca".

La Cruz Blanca, esta Santa Cruz Blanca, mató al demonio de mi sobrino.-

Desde ese entonces y al calor de esta simpática tradición, se popularizó el nombre de "Yuracruz".



El Alto de Reyes

Descendiendo de estas alturas que esmeraldean el paisaje ibarreño, tenemos otra donosa elevación, también de singular tradición
EL ALTO DE REYES.

En mis andanzas de descubrir el por qué de este nombre, Alto de Reyes, no he encontrado quien de los octogenarios supiese su origen. Cuando ya me creía vencido en mi propósito, dí con un venerable anciano, que para estos días ya será polvo olvidado en lo oscuro y frío de una tumba.

Por él supe esto: Esa colina que lleva el nombre de Alto de Reyes, nos recuerda la católica costumbre de festejar, el 6 de Enero de cada año, la fiesta de los Santos Reyes, es decir de esos hombres de esta coronada por el oro oriental llegaron desde lejanas tierras a ofrendar al Niño Dios, recién nacido en el portal de Belén.

Pues, si señor, me decía el anciano, aquí, en aquellos buenos tiempos de la Colonia y aún después en la República, cuando el espíritu religioso era tan cimentado, existía una familia privilegiada, de los más ricos y pudientes de Ibarra que, llegada esta fecha, iban a esa alta loma, con sus caballos ricamente enjaezados, ellos vestidos a la usanza de los reyes de Oriente, hacía cada cual de Gaspar, Melchor y Baltazar. Llegada la media noche prendían una enorme fogata, para atraer la atención de todos los ibarreños. Luego, seguidos de muchos devotos que allá acudían para formar el cortejo real, muy lujosos jinetes en sus briosos caballos, empezaban el descenso, alumbrados por antorchas de sebo y echando al aire los infaltables voladores de pólvora que atronaban el ambiente. Llegados que habían a la Plaza Central, ya era una magnificente procesión, la que hacía su entrada al templo de la Catedral, entonando himnos de Amor al Divino Redentor. Ya nos podremos imaginar la solemnidad en la celebración de la Misa de Reyes, concelebrada por el señor Obispo y acolitada por los canónigos gordos y rechonchones.

Este es el origen del nombre de Alto de Reyes.



MINUCIAS DEL MAS ALLA

El Padre sin cabeza

y el tesoro que no quiso salir

Sin más entrenamiento que las charlas de los amigos que formaban el tren de empleados de la hacienda "M", el Maestro de escuela de esa parcialidad indígena, reunía por las noches, especialmente cuando la luna derrochaba su luz por entre los corpulentos eucaliptos que circundaban la vieja casona, a estos personajes cuya preparación ya la podemos sospechar en esta clase de gente nacida para el servicio de los amos, crueles y déspotas mandones que ejercitaban su látigo contra los indígenas trabajadores de ese inmenso latifundio, a éstos servidores incondicionales alcahuetes asalariados, los congregaba, decimos, ya en la modesta sala de clases, donde los bancos escolares aún conservaban el olor de ponchos y cushmas; ya también en la oficina de la Escribanía.-

Estos sabrosos pasatiempos estaban en rueda de conversaciones de muchos incidentes acaecidos en la juventud de cada uno de los contertulios; algunas aventuras amorosas, algo memorable sucedido en alguna juerga en la parroquia, o en la Capital de la Nación. En fin, muchos temas que suelen acudir a la boca de los amigos para hacer amena la velada hasta avanzadas horas de la noche; pero, lo que más entusiasmaba y llenaba de curiosidad en los oyentes era algo referente a los aparecidos, de ruidos, de fantasmas nocturnos, etc. Es así como don Enrique, el escribiente de la hacienda, nos hace la siguiente referencia que nos hizo poner la piel como carne de gallina, como suele decirse para ponderar el efecto que produce en el ánimo, ciertos asuntos relacionados con el más allá.-

Don Enrique nos dice:

"Hoy que hemos hablado de entierros de plata por los PP. Mercedarios, antiguos propietarios de esta hacienda, les voy a referir algo de lo que soy testigo ocular y ocurrido precisamente aquí.-

Era voz común, aún en boca de los indígenas, que todas las noches de sigsigio lunar, en ese cuartucho que queda atrás del galpón, donde habían sabido fabricar tejas los padres, y que, por más señas, aún existen los pozos donde amasaban el barro con las yuntas, o a pisonadas de los peones, todas esas noches, digo, sabía quemar plata.-

Tanta fue la fama que despertó intensa codicia en el Administrador, don X., quien se propuso llevar a efecto la operación del "cave".-

Para tal trabajo era oportuno aprovechar la ausencia de los patrones, quienes, los más meses del año, pasaban muy hondos y lirondos en la ciudad de Quito, en sus lujosas habitaciones.-

Fue así, cuando habiendo ido toda la familia de amos y patronas a sus acostumbradas vacaciones citadinas, el administrador de mi cuento, tomó la irreductible resolución de llevar adelante su propósito de desenterrar el tesoro sospechado. A la sazón existía en la ciudad de Cayambe un ciudadano afamado en achaques de espiritismo y de comprobada experiencia en estos asuntos que tienen su raíz en ultratumba. Ni corto ni perezoso el hombre aquel, fue en busca de este hábil profanador de tumbas y de entierros misteriosos.-

Bajo una buena oferta de recompensa, vino a la hacienda el espiritista aludido. Vino trayendo para la ejecución de sus operaciones un muchacho de apenas doce años de edad, quien le servía de medium, ya muy adiestrado, según su decir.-

El Cayambeño famoso se situó, entre las diez de la noche, de una noche oscura y fría, en el centro del patio grande, donde sabemos salar el ganado, como ustedes conocen.-

"Vendó los ojos del muchacho con un pañuelo negro. Llamó en su ayuda a otro hombre que, por elección, me tocó ser uno de los operadores. El espiritista y yo, colocamos las manos entrelazadas por los dedos sobre los hombros del muchacho: él, al lado derecho; yo, al hombro izquierdo. Me ordenó que me concentrara mentalmente y diera órdenes mentales al muchacho a que siguiera andando hacia el punto donde estaba el tesoro enterrado. Había que recorrer alguna distancia para llegar al cuarto del cuento. Así fue como, ¡Oh sorpresa!, el joven siguió andando como empujado de alguien, hacia el extremo sur del patio.-

"En un principio creí yo que el amigo espiritista empujaba al muchacho tanto que llegué a reprenderlo que no lo hiciera. Me miró furioso y me ordenó seguir con los movimientos del hipnotizado. Este, una vez en el extremo referido, entró por un estrecho zaguán que lo iluminábamos con espermas portadas por otros dos sirvientes.-

Entró por la cocina de las servicias; y, luego saliendo de este lugar, tornó hacia el occidente llevándonos por el galón antiguamente los hombros del medium. Este entró precisamente a ese cuartucho donde se decía quemaba la plata. Una vez situados en el centro de esta pieza, se clavó de pies al suelo no podía dar un paso más, por más órdenes mentales de continuar que recibía "No puedo más. Aquí estoy clavado, dijo el medium.-

Sin más esperar el espiritista retiró las manos del hombro del muchacho, movimiento que también lo hice yo.-

Después de quitarle la venda de los ojos, nos retiramos a la Oficina a continuar planeando para el día siguiente, o noche, mejor dicho.-

Después de servirnos algunos tragos que nunca faltan por estos lados dejamos planificado el trabajo para la noche subsiguiente.-

El cayambeño nos advirtió tener listos dos hombres fornidos con herramientas propias para esta clase de trabajo, un paquete de buenas espermas, fósforos, una botella de aguardiente, unos dos largos cabos hechos con cerda de caballos o mejor si es de cola de mulos, un poco de agua bendita, y no sé que más menjergues requeridos.-

Sin aceptar nuestra invitación de pernoctar en la hacienda, montó a caballo a esas altas horas de la noche y marchó a su tierra con la consigna, eso sí, de estar puntual a las ocho de la noche. Aludió muy razonablemente que no vendría su presencia en este lugar por el día. Quiso que nadie se percatara de su visita.-

“Cuan ansiosos estábamos de la llegada a la hora convenida. No se hizo esperar nuestro espiritista. Puntualmente él y el muchacho, allí cuando el reloj de la vieja casona tintineaba las ocho de la noche.

Todo estaba a pedir de boca suma oscuridad, ausencia completa de personas ajenas al complot, los perros bien comiditos para que no alertaran con sus ladridos.-

“Espezamos la tarea a eso de las diez de la noche. No se oía más que el chirriar de los grillos en los potreros vecinos, el croar de las ranas acariciadas por una tenue garúa que nos cayera.-

Una vez situados en el cuartucho ya consabido, volvió el operador a vendar los ojos del muchacho; le hizo los requeridos pases hipnóticos; y a poco quedó el medium a obedecer órdenes de su maestro.-

— ¿Donde empezamos a cabar, le preguntó.-

— Aquí, a mis pies contestó.-

— ¿Ves algo debajo de tus pies?.-

— Si, señor. Muy dentro, como a unos tres o cuatro metros de profundidad, veo una gran caja de madera.

Está llena de unas monedas amarillas. Caben aquí. Sin más esperar, dos fornidos longos empezaron a hincar fuertemente las barras, haciendo un círculo en cuyo extremo estaba el muchacho.-

En el ánimo de todos estaba esa inusitada ansia de ver los fabulosos tesoros entregados por los Padres Mercedarios. Nadie chistaba. Solamente se oía el golpe de las herramientas y los continuos sorbos de aguardiente que nos servíamos; ya por nerviosismo, ya por dominar alguna emoción de miedo o de susto por algo que no sospechábamos.-

Mientras el hoyo iba tomando profundidad, el espiritista no perdía de vista al hueco y a los trabajadores. En un momento in-

quirió por las cerdas, las que allí estaban listas para extraer afuera la gran caja.-

Como la tierra sacada iba tapando la única puerta de entrada tanto que estaba cerca de cegarse, los longos la retiraban hacia el galpón con los palancones -

El oyo iba ya para más de dos metros de profundidad. El muchacho quería tirarse de cabeza hacia adentro del hueco, a no ser por nosotros que le sosteníamos de las manos.-

De nuevo la puerta se vió cegada por la tierra abundante que echaban los cavadores. Entonces yo, comando de sirviente de la hacienda, ordené a un longo que subiera sobre el montón y desalojara la tierra hacia afuera. El indio estaba afanoso entregado a esta faena.-

Cuando ya estaba libre el dintel, sacó el indio la cabeza hacia afuera, al largo corredor del galpón.-

Estaba tan oscuro que impedía ver algo.-

Pero, ¡oh, susto! para el pobre longo Empezó a dar alaridos, gritos guturales, e inconciente cayó a nuestros pies, hechando espuma por la boca.-

¡Huú... !..4.....! Huí..... !Huúiii !, se le oyó decir y nada más.-

Esto vino a paralizar el cave. El cayambeño, un tanto molesto y sin hacer caso del desmayado longo, preguntó al muchacho: ¿Nos hace falta mucho?.

—No, señor. Echen otra picada. Sucedida ésta, se oyó como que la punta de la barra chocaba en algo de madera.

!Es la caja, dijimos todos!,-

!Sigán, sigán por favor!

El afán fue suspendido nuevamente por los gritos del indio desmayado, que exclamaba:

!Huú.....!. !Huú...! huí, taita padre sin cabeza viene para acá.-

Prontamente hicimos ingerir aguardiente al longo y le exigimos que nos dijera que es lo que había visto.-

Todo él asustado, y con palabras entrecortadas, nos decía "El padre sin cabeza viene por el galón. Yo le ví a la luz que dieron las espermas. Por allí viene. ¡Huí....huí..... huí.....! Quiero ir a mi casa. Todos quedamos suspensos.

Esto del cuento del padre sin cabeza que aparecía en el galpón, ya era cosa muy sabida para todos nosotros.-

A las exigencias del Cayambeño, los jayanes redoblaron el empuje. Pero el suelo se volvió impenetrable.-

Una fuerte plancha de piedra cubrió el hueco. Ya no fue posible dar una picada más; pues que las barras sacaban chispas de fuego de aquella piedra.

¡Carajo.....! ..! Mierda !! Longo hijo de puta.

¡Ya hiciste ir la caja.-

Estas fueron las imprecaciones del fallido cayambño.-

Como no era dable dejar ese enorme montón de tierra que hubiere hecho berriar y algo sospechar a los patrones cuando regresen por estos trigos, nos vimos en el triste caso de volver a tapar el hueco al otro día, con todo el dolor de nuestra parte.-

“Lo que les refiero es fielmente lo que nos pasó, terminó diciendo don Enrique”...-



TRADICIONES IBARREÑAS

El Ciego Manuel

FRAGMENTO

Tomado de "Episodios de un Ayer"
Obra Inédita del Rmo. Sr. Vic. Mons.
Dr. JORGE E. VILLACIS GUIASSI.

EL CIEGO MANUEL, Pues, así lo conocíamos todos. Era uno de aquellos personajes como los hay en casi todas las poblaciones de nuestra Patria, pero que, por desgracia, poco a poco van desapareciendo se debe al crecimiento demográfico y al indiferentismo social.—

Era alto y fornido, de raza negra y picado de viruela, por añadiduras. Las cuencas vacías de sus ojos estaban cubiertas de unas débiles membranas de las que brotaban unas ralas pestañas.—

La vida le había deparado muchas penalidades, pero él las sobrellevava calladamente, o a lo menos así lo demostraba.—

El tendría unos cincuenta años cuando yo le conocí. Vivía solo y sin familiares.

Decíase que fue hijo de una negra oriunda de la hacienda de "Mascarilla", sección del río Mira; pues, según las costumbres tradicionalistas de las familias pudiente, solían escoger en las haciendas a los jóvenes más aptos para el servicio doméstico y llevarse a las casas de su residencia en la ciudad, de esta manera fue seleccionada para una de estas familias en la "Ville", como solían llamar en aquella época a la ciudad de Ibarra.—

Respecto a su ceguera corrían dos versiones, porque estaban seguros de que Manuel no fue ciego de nacimiento.—

Según la primera, decíase que la negra, con el fin de tener mayor libertad en el desempeño de su cargo, y para que los patrones no fueren molestados con los lloros del niño, solían dejarlo recostado en el suelo de la cocina, cuando más afanada se hallaba para que el negrito se entretuvieran con algún pequeño objeto que le dejaba a su alcance, mientras ella realizaba los quehaceres de su oficio.—

Cierto día, con ocasión de una fiesta familiar, en su apresuramiento de los preparativos casualmente se le viró una olla de agua hirviendo sobre el niño, y de un modo especial en la cara, de cuyas consecuencias llegó a perder los órganos visuales.—

La otra versión era referente a la terrible enfermedad de la viruela, de la cual fue contagiado en su infancia.

Por aquel entonces la viruela era de las enfermedades más temidas; pues, no solamente dejaba sus horribles huellas en la tes

del rostro de sus víctimas, sino que llevaba a centenares de niños a la tumba.

La medicina no estaba tan desarrollada como lo está hoy, ni se disponía de medicamentos y antibióticos como existen en la actualidad.

La madre de Manuel, debido a la pobreza, ignorancia, o descuido no le prestó la debida atención y oportuna curación; sino que, como las gentes de su condición, acudió a los "remedios "ca-seros", los cuales no siempre dan los resultados deseados; sino que, los más de los casos agravan la situación.

De esta manera, Manuel perdió sus ojos para siempre y en su faz quedaron las características cicatrices.—

Mayores detalles de su vida relacionados con su infancia y juventud, no hemos logrado obtenerlos.

Cordialmente se lo veía con su largo poncho muzgo y sus alpargatas blancas, de pie y arrimado a una de aquellas casas que forman esquina diagonal a la capilla Episcopal, en la Plaza "Pedro Moncayo".—

Nunca supimos cual fue su apellido, ni donde dormía porque en esa esquina permanecía hasta altas horas de la noche.—

Dios ha establecido la Ley de la compensación, Así pues, el ciego Manuel que había perdido el sentido de la vista, estaba dotado en cambio de un oído sumamente fino y sabía tocar el flautín con mucha habilidad y gracia. Era especialista en "villancicos" y daba gusto escucharle en la Iglesia de la Merced, en la tradicional Novena del Niño.

También era solicitado para ciertos oficios fúnebres a fin de que acompañará a la orquesta en las marchas fúnebres.—

Por el timbre de voz, conocía a una persona a la primera o segunda palabra; acostumbraba saludarla por su propio nombre y en diminutivo, con todo respeto y consideración.—

! Hola, Manuel, ¿ Cómo estás ?.

— Bien, no más para servir a Dios y a su mercecita, don Segundito. Y su mercecita, ¿ cómo ha pasado?.

Algo admirable!. A determinadas personas distinguía por su manera de andar, seguramente por el ritmo de su paso, o algo singular o algo peculiar que su instinto o su oído le enseñaban; entonces él se anticipaba en saludarlas.—

— Buenas tardes, misia Rosita. ¿ Cómo ha pasado el día?.—

— Yo, bien; y tú?.—

— Bien, no más, para servir a Dios y a su mercecita.

— ¿ Cómo me conoces si yo no te hablo?.

— Es que esos taconcitos, ese olorcito ya me indicaron. Esa manerita de andar ya me avisa desde lejos ..

Seguramente por su comedimiento, afabilidad y buenas maneras, como su honradez, nadie se atrevió a molestarle ni fue objeto de burlas —

Cierto día presencié algo admirable. En una de las calles y frente a la entrada de una casa, se hallaba el ciego Manuel con un muchachito tratando de enjalar a un jumento; el pequeñuelo sostenía de la jálima, mientras Manuel iba colocando uno a uno los adheresos, desde la alfombrilla hasta la albarda.—

Una vez terminada esta operación, hízole montar al niño y luego se lanzó de un salto a las anclas del asno. El taimado animal al sentir el peso sobre sus lomos, agachó la cabeza, dió un salto y echó a correr de inmediato sin darle tiempo a agarrarse; los dos de encima dieron un cuarto de giro y fueron a caer de bruces casi al medio de la calle.

Con una agilidad admirable e increíble se levantó Manuel, agudizó el oído entornado un poco la cabeza y corrió en persecución hasta lograr asirlo. Con algo de rabia le sostuvo del barbi-quejo y a continuación le asertó un tremendo puñetazo en las orejas. A continuación, pronunciando ciertas palabras o mejor palabrotas, que seguramente entendió el jumento por ser dirigidas a él, volvió a montarse, pero tomando esta vez todas las precauciones que juzgó conveniente y lo domó; después de un momento colocó al niño a la grupa y continuó la marcha sujetándole fuertemente por el ronzal.—

Manuel se ganaba la vida de varias maneras.—

La primera, por las pequeñas limosnas que personas caritativas y de buena voluntad depositaban en sus manos callosas, (Digo callosas por razones que luego las expondré).—

Ordinariamente no sabía pedir limosna salvo en casos de extrema necesidad o apremio, entonces acudía a determinadas casas, donde residían amigos bondadosos con los cuales tenía alguna confianza. Entonces daba pequeños golpecitos a la puerta y de inmediato entraba diciendo:—

Buenos días, don Albertico; ya está aquí el cieguito Manuel.—

El dueño de casa depositaba en sus manos algunas monedas, o alimentos, o alguna prenda de vestir. Al recibir el obsequio añadía:

— Dios le pague, don Albertico. Cuánto le agradezco y que Dios le dé más.—

Como era muy popular casi todos le obsequiaban sus centavitos. A estas dádivas, agradecía con sinceridad, sin amaneramiento, ni adulo.

Esto le hacía simpático a todos.—

Pero no faltaba alguno que quería hacerle broma, dándole una moneda falsa. El ciego la reconocía de inmediata por medio de su delicado tacto. Sin inmutarse, antes bien con una sonrisa maliciosa, le devolvía diciéndole Don fulanito déle, no más estos centavitos a otro cieguito más tontito que yo.

La segunda manera de ganarse la vida fue por su comedimiento y buenos servicios.—

Tenía muy desarrollado el instinto de la orientación, pues que recorría todas las calles de la ciudad sin guía y sin bastón. Por cierto, que en aquella época no era tan grande nuestra ciudad ni había tanto tráfico como lo hay en nuestros días.—

Se le confiaba algún recado o alguna misiva y, al instante, con su paso lento y mesurado, como es de suponerse, se dirigía fácilmente al lugar del destino, ya que conocía casi todas las casas de la urbe —

— Manuel te vas a dejar este papelito en mi casa.—

— Con todo gusto, mi don Juanito, ya sabe que soy su servidor. Estoy para servirle a su mercecita y a toda su familia.—

No es menester añadir que por estos servicios recibía sus propinas.—

Dios le pague, don Juanito, solía decir. ¿Por qué se molesta con este propio ciego?. Ya sabe que estoy a su mandar.—

Terminado el encargo y cuando no tenía otra ocupación, retornaba a su lugar habitual.—

El cieguito Manuel, era, pues, muy servicial y comedido, sobre todo honrado y callado.—

Una tercera manera de ganarse el sustento era prestando sus servicios como "Pregonero".—

En aquella época, los medios de comunicación eran muy escasos y raros. No había la radio, ni menos televisión. El correo llegaba una o dos veces por semana y a lomo de mula. Periódicos y revistas llegaban tardíamente de la capital y para determinadas personas.—

Para los remates públicos, los Escribanos (hoy notarios), solían valerse de ciertas personas para que en voz alta vayan repitiendo aquello que el Notario les dictaba. Venían a ser, pues una especie de alto parlante humano.—

Se escogía el lugar más público y concurrido para estos pregones. Ordinariamente era el atrio Municipal, cuando se trataba de remates de mayor cuantía; pero, para los de menor importancia, se los realizaba en la puerta misma de la escribanía.—

Estos pregones se los repetía cada media hora o cada vez que un interesado presentaba alguna postura. Por lo general comenzaba a las tres de la tarde y se terminaba a las cinco, conforme lo determinaba la Ley.

Se remata..... un terreno con estos linderos..... en \$.... ¿Hay quien dé más?—

A medida que se anunciaba los interesados iban subiendo el precio, de las propuestas o mejorando las condiciones de pago, tratando siempre de superar a los opositores, según sus conveniencias, continuando con la pugna hasta que, llegada la hora legal se "cerraba el remate".—

El Juez estudiaba las posturas presentadas por escrito y daba la adjudicación a quien había ofrecido mayor precio o mejores garantías en las ofertas dadas por los interesados.—

No faltaban también ciertos individuos, (muchas veces enviados por los dueños de los predios, que ficticiamente subían los precios a fin de que el remate obtenga un precio mayor. A estas personas de mala fe se les llamaba "Chimbadores".—

A los anunciadores de los remates se los llamaba "pregone-ros".—

Entre éstos se hallaba el ciego Manuel y era uno de los preferidos ya por su voz clara y pausada o también para que obtuviera una ayuda pecuniaria, puesto que eran remunerados sus servicios.—

Una cuarta manera de obtener sus ganancias por su propio trabajo, en cuanto le era posible dada su triste situación física.—

Aunque no era propiamente un profesional o artesano, pues no podía serlo por su imposibilidad de ciego, al menos prestaba sus buenos oficios en un taller de herrería.—

Cercano a mi domicilio había uno de estos talleres.—

Cuando niño solía ir yo a la herrería a contemplar extasiado a contemplar los trabajos que allí se realizaban y a escuchar los golpes recios que caían sobre el hierro candente.—

El ciego Manuel estaba dotado de una vigorosa contextura muscular.—

De ordinario su oficio estaba junto a la fragua, es decir en el manejo del fuelle. Dejado el poncho, arremangado las mangas de una camisa ploma, ponía el pie en un estribo que pendía de la cuerda del fuelle, y llevaba la mano a un mango colocado en la parte alta de la misma cuerda para compartir el esfuerzo que realizaba. Acompasados movimientos de mano y pie llenaba de aire los enormes pulmones del fuelle de cuerpo para soplar el fogón de la fragua.—

Pronto le caían gruesas gotas de sudor de su arrugada frente, ya por la fatiga y el esfuerzo, ya también por el calor que despedían los carbones hechos brasa.—

Una llamarada pequeñita empezaba a surgir de entre los negros carbones a su comienzo, luego iba creciendo poco a poco y cada vez más fuerte a los golpes de impulso que le proporcionaba el ciego, hasta que tomaba altura. Millares y millones de chispas subían hacia lo alto desde la fragua y a continuación se expendían por todo el aposento. Desde larga distancia se distinguía el rítmico resoplido del poderoso fuelle.—

Paulatinamente iba coloreándose el hierro que había entrado negro a la fragua. De momento en momento el herrero provisto de un delantal de cuero que le protegía desde el cuello, le hacía girar con unas gruesas tenazas para que se caldeara por igual e iba alimentando el carbón con una pala larga y vieja de hierro, a medida que se iba agotando el combustible.—

En medio del taller yacía clavado en tierra un enorme tronco de madera y sobre éste estaba empotrado un acerado yunque en el que era tratado y modelado el hierro bruto a golpes de martillo.—

Cuando se trataba de grandes masas de hierro, eran tres o cuatro los ayudantes, los cuales provistos cada uno de un martillo, llamado "macho", descargaban fuertes golpes sobre el yunque.—

También el ciego dejaba la cuerda, tomaba el martillo más grande o macho y que lo había colocado de ante mano allí muy cerca del fuelle, llegábase un tanto al yunque y hacía una especie de tanteo o cálculo; luego a voz del maestro empezaba por turno a descargar fuertes golpes sobre el hierro incandescente que lanzaba centellas fulgurantes en derredor y que poco a poco iba mermándose conforme se enfriaba.—

Era entonces una especie de canción la que se escuchaba al golpe de cada martillazo de menor a mayor; golpes que me deleitaban y fascinaban: ¡pin.....! . pon. ¡ pan..! , y ¡Pun...!, el final del ciego.—

A medida que el fierro rojo recibía un golpe íbase alargando, extendiendo y adelgazando, así como a cada vuelta que le impedía el herrero iba tomando la figura que pretendía.—

Así se forjaban barras, palas, rejas de arado, herraduras de caballo, acerados cuchillos y más objetos útiles en sociedad y en la vida doméstica.—

Esta canción era de casi todos los días. La canción del trabajo digno y honrado.—

En este trabajo digno y honrado se encallecieron las manos del ciego Manuel que, así él también a pesar de su ceguera, comía el pan con el sudor de su frente. De esta manera iban pasando los días y las noches y los años.—

Con el andar del tiempo tuve también yo que ausentarme de Ibarra para continuar los estudios superiores en la Capital de la República.—

Al cabo de algunos años retorné a la patria chica.—

Ya no escuché la canción fatigosa del martillo, ya no estaba allí la herrería; en su lugar se había edificado una hermosa casa.—

Al pasar por la esquina de la Capilla Episcopal se me vino a la mente la popular figura del ciego Manuel. Tampoco él estaba allí, arrimado a la pared, con su largo poncho muzgo y sus alpargatas blancas. Al primer amigo que encontré le abordé la pregunta sobre el paradero de nuestro buen amigo, el ciegucecito Manuel.—

No hace mucho tiempo que murió. Cierta día, después de su arduo trabajo de la herrería, sediento, rendido de fatiga, bebió agua fresca, por lo cual cogió una fuerte pulmonía; de urgencia fue trasladado al Hospital y allí, después de algunos días, murió.—

No fué sorpresa pero sí honda pena la que me causó esta infausta noticia.—

Cierta día fuí al cementerio que lo llaman "de pobres" y...! Oh, sorpresai. Sobre el duro suelo, ví clavada una humilde cruz y en su crucero, esta sencilla frase:

"EL CIEGO MANUEL"...



TRADICIONES IMBABUREÑAS

De Pimampiro

La Cruz de "Paragachi"

Paragachi es una extensión de terreno seminclinado, de limitado por el Oriente por la quebrada de "Jesús María"; al Occidente, por la quebrada de "San Lázaro", que lo circunda hasta caer a la quebrada de "Chalguayacu". Está cortado, en su lado oriental, por los terrenos pertenecientes a la hacienda de Jesús María. Dista de la población de Pimampiro tres escasos kilómetros.—

En esta meseta existe una cruz, de grandes dimensiones hecha en alto relieve con amontonamiento de tierra; la tradición que conservan los mayores es que esta cruz fue levantada por los Jesuitas, dueños de estas grande extensiones de terrenos, para peremnizar la devoción de la Santa insignia del Cristianismo, llamar la atención a todo, pasajero que por allí transitara.—

Esta cruz está asentada con la cabecera hacia la población de Pimampiro. Su posición astronómica, está sujeta a los cuatro puntos cardinales, exactamente. El cuerpo sigue de Norte a Sur: y sus brazos, de Oriente a Occidente. El brazo Occidental está ya destruído por la acción del tiempo y de los hombres que han hecho sus excavaciones por encontrar algún tesoro enterrado —

Es creencia tradicional que, debajo de esta cruz existe un subterráneo, de dimensiones considerables, en cuyo seno están sepultados dos montones, uno de plata y otro de oro, este último, en lingotes y monedas. Sea de esto lo que fuere, excepto lo del tesoro, es lo cierto que aún el que estas líneas escribe, pudo constatar un hueco cuya boca está en la pendiente que forma la quebrada de San Lázaro, la que corta este llano por el lado occidental, el mismo que hoy casi ya no asoma, porque el tiempo está encargándose de obstruirlo con la tierra que amontona. Dicen que este hueco conduce al interior de este subterráneo misterioso.—

Los viejos que, al caer de la tarde, cuando la noche anuncia su llegada, descolgando sus negros crespones desde las cumbres de las montañas, se reúnen en un viejo corredor de una casa colonial, llamado "El Mentidero", comentan con mucho sabor el siguiente hecho fabuloso que tiene tintes de la Lámpara de Aladino.—

En el barrio llamado "El 31", en una pobre y humilde casucha de paja vivía un matrimonio indígena, allá en lejanos tiempos que se confunden con la noche del olvido. Gregorio, el esposo; y mama Cunchi, la costilla amorosa.—

Tan pobres eran que para comer no había. Gregorio, si apenas ganaba cargando agua del río para el amo cura. Mama Cunchi,

que no quería estar en casa de brazos cruzados, se dió al pobre negocio de recoger tunas por los montes y quebradas aledañas, para venderlas en la feria dominical. Así es como se le veía tres días a la semana, deambular por las laderas, por las quebradas y por donde tunas había, cargada una canasta que contenía su frihambre.—

En una de estas correrías, y cuando por dentro de la quebrada de "San Lázaro", iba afanosa mama Cunchi, un tanto desalentada por no hallar el fruto, ya que el verano todo lo seca y quema. se sentó a tomar descanso sobre una roca que apenas sombreaban las dearnadas ramas de un viejo algarrobo.—

Masticaba un puñado de maíz cocido, mientras sus ojos no perdían de vista a un tunal de la ladera opuesta. Un golpe de piedra caído a sus pies vino a sacarla de su meditación. Con cierto susto y temor, se puso de pié y miró a sus alrededores. Nada vió ni escuchó, una segunda pedrada que, por poco, no le hace daño el tobillo izquierdo. Luego todo quedó en calma. Solamente se oía el silbo del viento sobre las rocas de las hondanas.—

Tomó otra vez cómodo asiento En éstas y las otras, mira venir por el fondo a un hermoso niño que traía unas bellas flores en las manos. Este niño se acerca a mama Cunchi y le dice: "no tema, mama Cunchi. Soy el enviado de Dios, vengo por estos hondos terrenos, por coger estas flores que son para usted. Tome, quiero ser su amiguito.—"

Mama Cunchi, entre temerosa y desconfiada, tardó en recibir el obsequio. Al fin, le dice: ¿Por qué me da Su Merced, flores, cuando yo soy una pobre india que busca tunas para vender?.—

Precisamente, por ser pobrecita, Dios me manda a darle flores, en premio de su humildad y abnegación. Reciba usted, y, cuando llegue a la casa, sin decir a nadie nada, guárdelas en su cajita de ropa. Mañana con el día, verá lo que es. Cogió la indígena el obsequio con una sonrisa en los labios. Luego, el hermoso niño le dijo: "Mañana, a estas mismas horas, la esperaré en este lugar. No vaya a faltar, mama Cunchita. Quiero darle una buena fortuna. Pero, eso sí, sin avisar a taita Gregorio....."

En diciendo esto el niño, cogió ladera abajo y se perdió por entre las enercujadas.—

Mama Cunchi, llena de curiosidad y con una esperanza en el alma, se dirigió a su casa.—

¿Cuál sería la sorpresa de ésta pobre indígena, cuando al abrir su cajita, donde había guardado sus flores, las vé a éstas convertidas en una hermosa gargantilla de corales?. ¡Cuántas ilusiones se haría con esta joya que iba a lucir en su tostado cuello;—! ¡

En silencio, sin decir ni pio a taita Gregorio, a las mismas horas del día anterior acudió presurosa a la cita.—

Allí estaba el hermoso niño, tan rubio, de pelo ensortijado y de grandes ojos azules, con la sonrisa en los labios de grana.—

Ahora, mama Cunchi, ese collar que tiene en su casa no lo venda ni lo pierda. Será el talismán de su suerte. Con él no le acometerán malos pensamientos y será una mujer buena, le dice su amiguito.—

Sígame por sobre esta ladera. Le voy a enseñar una cosa muy importante.—

El niño escalaba la agreste ladera, seguido de la recelosa mama Cunchi. Juntos iban por un sendero de cabras. Llegan a una abertura casi circular en la roca de la quebrada.—

“Mire Ud. es una entrada a una sala subterránea muy bonita. Sígame, mama Cunchi. Toda ella timorata resistió en seguir al niño. Más, se vió obligada a ello. El niño no tuvo por que inclinarse para entrar; no as la india que sobrepasaba en tamaño a su conductor. Los dos caminaron por este tunel, a tientas. De pronto llegaron a un espacioso patio donde había claridad suficiente para poder distinguir todo —

Aquí, el conductor caritativo dijo a la pobre indígena: No tema, mama Cunchi. Después de este patio vamos a llegar a una puerta en forma de arco. Esta puerta está resguardada por una serpiente. No la hará daño. Está conmigo. Sígame. Dicho y hecho. Al fondo, en ese arco estaba el terrible ofidio contornando la entrada y con su cabeza hacia la mitad de la puerta, tanto que era imprescindible rozar la boca de la serpiente.—

Confiada en su conductor, siguió adelante, sin que el ofidio quisiese hacer daño ni moverse.—

Bien. Ya estamos en el centro del subterráneo. Aquí encima, está la Cruz de Paragachi. Esta Cruz resguarda muchos tesoros. Mire aquí. Este es un montón de monedas de plata; y este otro, es de oro. Aquí está este cuenco de madera (lo que diría Cunchi, es un pilche). Coja en su manta un cuenco de oro y otro de plata, y nada más. Si coge más de la medida, la serpiente despertará y no la dejará salir, sino convertida en pedazos. Hizo así. Una medida de cada uno de los metales preciosos. Amarró su pequeño atado en la fachalina. Bien, la dijo el hermoso niño: Ahora vamos a salir.—

Una vez fuera del subterráneo, oyó este consejo: Ud mama Cunchi, usted y nadie más podrá entrar en este tunel. Cuando haya terminado con estas monedas, haciendo obras de caridad y dando misas al Cuerpo de Cristo y reservando para su alimentación y vestuario, viene cada mes y entra a las cuatro de la mañana y saca una medida de cada uno de los montones.— Una y nada más. En diciendo esto el hermoso caballerito desapareció, sin que Cunchi viera hacia donde se fue.—

Loca de contento regresó la india a la casa con el caer de la tarde.—

Gregorio dormía cansado de su faena diaria.—

Sola, se dedicó a contar las monedas que eran muchas. Con gran sorpresa de los vecinos Gregorio ya no trabajaba. La casita fue transformada en una decente habitación de teja. Obras de Caridad, las hacía Cunchi y también las misas las dió.—

Desde entonces, religiosamente cada mes, mama Cunchi, salía con las primeras horas de la madrugada y se encaminaba a su misterioso depósito de riquezas.—

Ya dedía, regresaba trayendo su atado dentro de una canasta de zuro.—

El indio esposo, que ya fue poniendo mucho ojo a las salidas nocturnas, fue cogido por una fiebre de celos. Se propuso seguir los pasos de su mujer para verificar sus sospechas. Anticipadamente y al llegar el mes de salida de la india, cogió la taza de zuro que llevaba a espaldas con su manta de hilo, y la untó con una capa de manteca al reverso, sin que ella lo sospechara.—

En una de aquellas idas y venidas de Cunchi, observó pegada a la taza una moneda de oro. Luego se dijo:

¿Y de donde traerá estas monedas de oro?. La seguiré y sabré todo.

Fue así. En la salida siguiente, con el mayor cuidado y disimulo, siguió Gregorio a su mujer, a una distancia prudencial. La vió entrar por ese hueco y muy pronto salió camino a su casa. Gregorio apresuró los pasos por chaquiñanes para anticiparse a llegar a la casa y hacerse el muy dormido.—

! Ya sé!. Dentro de ese hueco estarán los preciosos metales. También yo haré lo mismo.—

A la madrugada subsiguiente salió el indio de la casa, creyendo dormida a mama Cunchi. Y.....!Patitas para que las quise!.—

Inclinándose hasta no más, penetró por el hueco hacia dentro.—

Llegado que hubo al patio iluminado vió al arco de la misteriosa habitación.—

A sus ojos brillaron unas monedas, en uno de los extremos de aquel cuarto. La ambición fue tanta que dió tremendas zancadas y estaba ya por llegar allí cuando, !Oh sorpresa!. Su cabeza chocó con algo desconocido.—

Dió un traspíe y por poco no queda muerto de susto y terror. Allí estaba el reptil echando llamas por los ojos. Quiso salir corriendo para no volver más.—

Pero como la ambición del oro fué mas poderosa que el miedo al ofidio, valientemente traspuso el arco y a la culebra. Allí estaban los montones de monedas de uno y otro metal. Seré muy

rico, se dijo. Ni más cargar agua para el amo curita. Y sin hacer caso al cuenco que allí estaba, ni sospechar que podía ser una medida para todo curioso y ambicioso, empezó a coger oro y más oro; plata y más plata en el poncho, en la camisa, en los bolsillos y también en el sombrero. Cuando se propuso salir lleno de contento, sintió que una poderosa mano le tiró a tierra, le daba de bofetadas. La culebra centinela, desenvolviendo su tosca cola, descargó tremendos fuetazos sobre el cuerpo caído de Gregorio que rodaba sobre las monedas cogidas. De un solo colazo puso fuera del subterráneo al incauto, quien al volver de su inconciencia, se vió ensangretado, contuso y mal trecho, al borde del hueco de la entrada. Cojeando como pudo y dando tristes ayes, llegó a casa. Mama Cunchi, sorprendida, le preguntó la causa de sus males. Gregorio no tuvo empacho en referir a su compañera lo ocurrido —

Mama Cunchi, reprendiéndolo por su ambición, le dijo que allí solamente ella puede entrar. Que había cometido un gravísimo error al embuchar tanta plata y oro; que para eso era ese pilche, como medida única. Por querer abusar de ello te ha castigado el espíritu que guarda el tesoro.—

Con esto terminaron las andanzas de Cunchi, porque aún ella ya no volvió a entrar en el subterráneo porque se le taponó la entrada por la imprudencia de avisar el secreto a su celoso Gregorio.—



TRADICIONES DE IMBABURA

De Cotacachi

La Laguna de Cuicocha

CUICOCHA: Entre todas las obras plásticas con las que adornara la Mano Divina a la Provincia de Imbabura, la laguna de Cuicocha tiene especial preferencia en donde el artífice Autor del Universo puso todo el buen gusto al colocar este espejo circular al pie del viejo volcán de Cotacachi, para que este gigante milenarior viera retratado su testa coronada de blanca cabellera y cuando de tener su cita amorosa con la bella Diosa de Imbabura trataba, en este espejo valorará el coquetón arreglo de su busto masculino.—

Entre tantas citas, entre tantas misteriosas caricias del Viejo a su amada Imbabura, Cuicocha entró en estima de amor propio y se propuso rivalizar con la belleza de la Imbabura. No le fue difícil llamar a otra mano misteriosa para que la adornara con mejores cualidades de hermosura femenina. Quiso cautivar, en pecaminoso adulterio, el corazón de este ercúleo volcán que ya le acariciaba con el fuego de sus entrañas.—

Y allí estuvo con la dulce transparencia de sus aguas; y de pronto, sacó a lucir los turgentes senos, como promesa de una valerosa generación, desembarazándose del sedoso corpiño y adornando su manto arrebolado, con perlas diamantinas y esmeraldas y rubíes y topacios y más pedrería con que le regalaba el profano artista coadyubante de una segura conquista de amor.—

Pecó el gigante absorbiendo el néctar de esos senos tentadores. Pecó "Tsui—Cocha" y la prometida generación se hizo:

Millonadas de hijos fornidos, valerosos, aguerridos se extendieron por toda la comarca imbabureña. Ellos eran primitivos "Cutei—Caches".—

Raza ésta que nació para las grandes conquistas. Pobló hasta más allá de los lindes y al embriagarse con el vino de la belleza del paisaje olvidaron a su madre como en castigo de adulterio.—

Mas, por las venas de estos indios corría sangre de Cuicocha, fuerte imperativo, para el retorno, para la búsqueda de la madre, para implorar el perdón. Al son de pifanos y tundulíes, de gritos alborozados, después de centenario éxodo, encuentran a Cuicocha, y en sus acantiladas orillas, hincan sus chontas reverentes: la llaman DIOSA y como a tal la adoran. Luego tornan a sus dispersos bohíos a soñar con las danzas que en su honor, ejecutarán en las noches de fiesta, plateadas por la luna:

En cierta época del año, el cacique o Rey de la Comarca

acudía con toda su gente de Cutey—Cachi a establecer su tienda real, a orillas de la laguna.—

Era cuando empezaban las grandes festividades de adoración.—

Atraídos por fama de estas fiestas concurrían a las orillas de Cui—Cocha todos los Imbayas, de la Costa y aún los Quitus, trayendo presentes de oro en polvo y objetos de valor para obsequiar al Rey y a la diosa Laguna.

Llegado el día de "El Dorado" y de la ofrenda, el Cacique bajaba de su tienda solemne y señorial, con grande acompañamiento de los concurrentes a la orilla de la laguna.—

Se despojaba de sus vestiduras imperiales hasta quedar completamente desnudo. Entonces las doncellas o vestales cubrían el cuerpo del Monarca con un fino polvo de oro hasta dejarlo convertido en una figura brillante. Entonces este hombre dorado se sumergía en las aguas, mientras los pifanos, tambores y más instrumentos musicales, entre cantos ceremoniosos y danzas, echaban al vuelo sus notas que ponían en fuga el solemne silencio de Tsui Cocha.—

Luego de sumergirse el Monarca hasta por tres veces y darle el agua al cuello, salía a la orilla ya limpio del polvo dorado, y bronceados como era; en tanto las vírgenes del Sol, entonando sus canciones rituales, cada una le iba colocando sus vestiduras reales. Tomaba su cetro de Poder en la mano derecha y lo extendía hacia las límpidas aguas de la laguna en señal de vasallaje.—

Es la hora de la ofrenda:

Los acompañantes venidos de la Costa, de las tribus de Cayapas, echaban puñados de valiosísimas esmeraldas al fondo de las aguas, en acto de ceremonia ritual.—

Los Quitus, haciendo encarecida súplica a esta diosa, arrojaban hacia el fondo un precioso ídolo de barro cocido como testimonio de vasallaje, para que este ídolo sea el constante implorador de las gracias para la defensa contra la invasión de tribus enemigas; los manabitas, en igual forma, arrojaban puñados de sal marina para que los mungias no perturbaran la paz de sus bohíos;

Los Pimampiros, luego de arrojar a las aguas una pequeña vasija conteniendo el misterioso líquido de la coca, hacían el brindis ceremonial al Monarca, en cuencos de la planta mate, de esta sabrosa y vigorizante coca, con ser la infusión de sus hojas la bebida por excelencia para emprender largas caminatas sin sentir hambre ni sed. Con esto demostraba esta nación su gran deseo que el Monarca visitado adquiriera fuerza y vigor para gobernar con bien su extensa comarca.

Y así, cada una de las tribus visitantes iban ofrendando a las aguas y al monarca lo mejor de su región.

Quando el Monarca entraba a su tienda, a la hora del policromo crepúsculo se colocaba en su improvisado trono. Era de desarrollar todas las danzas de los distintos visitantes, quienes, por riguroso turno, ejecutaban la danza folklórica de su región, al son de su respectiva orquesta. Este ceremonial duraba muchos días, el que terminaba entre las más abrumadoras borracheras, por el consumo de miles de vasijas de la espumante chicha de Jora.—

Por fin, venía el acto común del Mañay, o sea el casorio de las jóvenes parejas. Pues que se tenía por grande privilegio ser casados por el monarca, a orillas de esta diosa tan bella, tan embrujadora.—

Las novias parejas eran entrelazadas con cintas tejidas de lana de llama una por una. En solemne cortejo se trasladaba otra vez el monarca a orillas de la laguna. Allí desataban los sacerdotes a las parejas. El Rey hacia venir ante él una por una. Hacia cogerse por las manos y con su cetro tocaba las cabezas, musitando no sé que frace ritual. Con sólo éstos quedaban unidos para toda la vida el hombre y la mujer. Los sacerdotes hacían rueda de los recién casados y le cantaban el "Caina—viso" o sea una letanía de consejos, haciendo conocer las futuras obligaciones de marido y de mujer; de padre y de madre; de soldado y de agricultor, etc. Listas estaban las Vestales a desnudar completamente a cada una de las novias; y los quishipatas, a los novios. Luego los iban sumergiendo en las aguas sagradas de la laguna, por tres veces. Era condición indispensable de servirse en "pilches" unos tantos tragos del agua.—

En la orilla, eran devueltas las vestiduras y conducidos en magno desfile hacia el improvisado trono donde ya esperaba el monarca para brindar por su mano, un cuenco de agua de coca traída de los pimampiros, con el consabido embrujo de la misteriosa como milagrosa planta.—

Terminado este acto de importante ceremonia para las tribus, regresaban a despedirse de la diosa laguna arrojando coronas entretejidas de flores silvestres de este lugar. Era el Adios de despedida.—



TRADICIONES IMBABUREÑAS

De Quiroga TAITA NICO

Por el Prof. Luis Plutarco Cevallos.

En Quiroga, floreciente parroquia del cantón Cotacachi, es tradicional el famoso juego del TROMPO, cada dos de Noviembre, por FINADOS.—

Con muchos días de anticipación, por los altos parlantes colocados en las torres de la iglesia parroquial, se leen las proclamas, las mismas que notifican a los MOROS y a los BAYOS, para este gran suceso deportivo.—

¿ Quien ganará ?

Lo veremos.....

Don SESGO, es el juez del cotejo y el que tiene las apuestas.—

Llegado el día, luego de la visita al cementerio, se revientan tres voladores. Todo el pueblo acude a la esquina del MOSHCA, lugar de partida. Hasta el cura, el Maestro de Capilla, el sacristán y las beatas. Cada quien sabe de memoria lo que tienen que hacer. La Morocha Margarita, en compañía de otras damitas, con el señor Teniente Político, atenderá con sabrosos picantes y la sabrosa chicha de jora; el GUANLLA, el PALOMINO y el guambra PINLLO obsequiarán el aguardiente, entre otros. El Director de la Escuela dará los voladores; mientras TAITA NICO, el más entusiasta de los pobladores, llevará el trompo, el cordel y la bola, que son especiales: Trompo de una libra de peso; la bola, de cuatro centímetros de diámetro, un poco chatada por los lados y un cordel de hilo de algodón, de cuatro metros de largo, confeccionado expresadamente en la fábrica textil de San Pedro.—

Con bombos, camaretas, tambores y voladores, el juego empieza. EL MOROCHO revienta los tres clásicos voladores y coloca la COYUMA en el centro de la calle. El Juez, don SESGO, sortea la salida.—

En esta vez han ganado los MOROS. Comenzará con el primer CABE el UCHILA. Sus compañeros le dan acomodando bien la bola sobre la COYUMA y se esmeran por darle una bailadita bien bailada EL UCHILA está bien nervioso y falla.—

— ¡Carajol, maricón, como haz de fallar, pes!

— Es que no me dieron copa, mierdas.

— ¡Cien sucrés a los BAYOS!

— Recibo gavelas.—

Las apuestas se multiplican y el juego va tomando más calor y entusiasmo. Le toca el turno al PISCHARAS, del bando de los BAYOS. La bola está bien colocada sobre la COYUMA. EL PISCHARAS se toma una primero para perder el miedo. Alzando la falda del sombrero dice:

— A ver, compadre, bien echadita.—

Por más que le chillan poniéndole sombreros en el suelo, el CABIADOR PISCHARAS no fallará su CABE. Se acomoda bien, y:

— ¡Carajo!.

— ¡Pun!

Y la bola sale saltando por la calle en forma tan recta que casi llega a la primera esquina de la plaza.—

— ¡Qué bestia!.

— ¡Qué rico CABE!.

— ¡Te luciste.—

¡Quién como el PISCHARAS!

La PEREJILA, la beata más beata y más jodida, que ya se había tomado unos dos tragos, pidió una bailada bien bailadita y bien echadita. En su blanca y delicada manecita el trompo se dormía sin querer despertarse nunca; pero ella, levantando la pata y batiéndola de adelante para atrás, bornió el brazo y golpeó la bola con el trompo, con tanto efecto, que nada tuvo que ver el cabe del PISCHARAS.—

— Quien como yo, carajo.

— ¡Vivan las mujeres!.

— ¡Abajo los hombres!.

— Qué macha la PEREJILA.

Felicitaciones y abrazos para la PEREJILA, y unas tantas copas, que ese día, por más que le llamaron las campanas, no fue al rezo.—

LA MOROCHA MARGARITA, se lucía sirviendo a los jugadores ricas papas cocinadas, unos exquisitos churos y una deliciosa chicha de jora.—

Con las primeras sombras de la noche, la bola cruzó el puente de MARIA AUXILIADORA y llegó al final, entrando por la puerta de la casa del MIRACIELOS, obedeciendo la maestría en el arte de cambiar de Rosendo y dió el triunfo, en esta vez, a los BAYOS.—

Con la noche, perdedores y ganadores y todos los que entardecieron en el juego, más chumados que sanos, se fueron donde la MOROCHA Margarita, a CHURIAR? a su manera. Volverán a sus casas al otro día, salpicados de crepúsculos.—

TAITA NICO, un tanto triste por la pérdida de los suyos, mejor se fue a jugar baraja donde el **TUERTO**.

No menos famosa que el juego del Trompo, es la procesión de los difuntos, en este mismo día; pero por la noche. El Molino de **¡SAN MARTIN** es guarida de muchas historietas y una de ellas es la **MAGNA PROCESION DE LOS DIFUNTOS**.—

Se cuenta que las noches tenebrosas, sale de la profundidad del Molino una inmensa hilera de **ALMAS SANTAS**, todas ellas vestidas de blanco, con cirios encendidos en las manos, cubiertos los rostros y en devota procesión, aguar abajo, siguiendo las orillas del río Pichaví.—

Al llegar al sitio donde se levanta el puente de **MARIA AUXILIADORA**, las almas tratan de atravesar, una por una, y al tocar el agua, desaparecen por encanto.—

Un curioso atizó de cerca una noche esta procesión y observó que eran esqueletos de difuntos, conduciendo en sus manos canillas humanas fosforescentes. El curioso pagó con la vida, porque un esqueleto le lanzó una canilla, quedando el hombre carbonizado al instante —

Don Pedro Manuel no supo esta. Una noche que pasó al barrio de los **MOROS**, tuvo ansias de presenciar esta magna procesión y se quedó en espera de este espectáculo sublime, cabe la ribera del histórico Pichaví.—

Muy avanzadas las horas de la noche oyó el sonido del tambor que anunciaba la proximidad de la procesión. Pronto miró la fantástica hilera de Almas.—

Don Pedro Manuel pagó también con la vida por curioso.—

Desde entonces ya nadie sale a presenciar la **PROCESION**—

Quien ha vivido en Quiroga puede asegurar que el histórico río Pichaví, en tiempos pasados, crecía demasiado y muy continuamente cambiaba de cauce, dejando como saldo algún acontecimiento funesto. Destruídos los sembríos y victimando los animales para los muertos de hambre de abajo.—

TAITA NICO, el primero en la vida de la parroquia, por su entusiasmo, generosidad, modales y caballerosidad, era un resentido con el río que tantos males le hacía en cada invierno. Todos los días se chumaba y todos los días le insultaba.—

Jugador de baraja, mientras las beatas se iban al rezo, él, con otros se iba donde el **TUERTO** a jugar al **CUARENTA**. Se retiraba a su casa, pasada la media noche.—

Una vez, no digamos chumado, salió de jugar a la baraja donde su amigo el **TUERTO**, y se iba a su casa.—

¡ Qué sorpresa !

Apenas cruzó la plaza y llegó a la esquina, observó que sus pies caminaban por un sendero lleno de flores blancas y de luces: Era como un cielo.—

¿Qué querrá decir esto?. ¡Santo Dios!. Santo Fuerte!. ¡Santo Inmortal!.

Esa noche, comentaba al otro día a sus amigos, pude llegar a mi casa sin dificultad.—

En otra noche le sucedió lo mismo; pero, en esta vez, las gentes que madrugaban para oír misa allá en el pueblo, lo encontraron bien dormido, arrimado a una ZANJA, bajo la sombra de un espino, cerca del río Pichavi, a un kilómetro de distancia, al norte de la población.—

El Dos de noviembre, TAITA NICO, después que perdieron los suyos en el juego del trompo, se quedó jugando baraja donde el Tuerto.—

Después de jugar se retiró a su casa, a las doce de la noche, según afirman sus compañeros; pero en esta vez, al otro día, muy demañana, los que iban por leche a la hacienda de San Martín, le encontraron muerto en un barranco del río, muy cerca al Molino de San Martín, guarida de las almas —

Es del caso que alguien asegura que le vió pasar por frente de su casa a las horas en las que los esqueletos fosforescentes salían del Molino.—

¿Tal vez le mataron ellos?—

Dios lo sabe Desde entonces el río ya no crece, ni hace males—

Ante tal acontecimiento, reunidos los pobladores comentaban, "Algo significa". Algo quiere decir, aquello que las almas, al pasar el río, se van en las aguas, o aquello de que algunos hombres aparecen muertos en donde quiera—

Un MORO dijo: "Hagamos un puente sobre el río Pichavi para que las almas pasen por allí, del Barrio de la VICTORIA DE ALFARO, a la población de Quiroga. Tal vez las almas nos traigan la paz "la felicidad y el progreso", mientras un BAYO propuso formar una cooperativa DE HUERTOS FAMILIARES y para esto, comprar la hacienda de San Martín de Villota para parcelarla y destruir el Molino, guarida de las almas.—

En 1.941 se construyó el puente MARIA AUXILIADORA; y en 1970, formada la Cooperativa de Huertos Familiares "San Miguel de Quiroga", se compró la hacienda de San Martín, por eso el progreso de la población es manifiesto.—



De San Pablo

La Mula Cabriosa

SAN PABLO DEL LAGO: Luz, paisaje, poesía.

Trinidad perfecta encarnada en la población tan importante como las demás de la Provincia de Imbabura. Cuando la Aurora primaveral asoma su bella frente por los balcones de las cordilleras, es para imprimir sus besos ardientes a los hijos de la comarca por sus triunfos alcanzados en todas las ramas del vivir humano. Llena de luz, techos rojisos de las casitas que, al pie del viejo Imbaya, semejan un preciso tablero de ajedrez. Las hojas de verde esmeralda de los eucaliptos que centinelan los contornos de la parroquia, reflejan la luz de la diosa mañanera, como trayendo al viajero el recuerdo de viejas tradiciones que han peculiarizado a San Pablo del Lago.—

PAISAJE: Creo no encontrar segundo en la hermosa hoya del Mira. Tiene de todo: policromía de páramos, de mesetas, de hondonadas, de milagrosas sabanas, de crestas empañachadas, de cementeras en flor, de jardines paradisiacos, de calles somnolientas, de conventuales casas con patios que dicen la estirpe española.—

El conjunto es bueno para invitar a las musas criollas a desenvolver los encantos espirituales, en el ritmo de un inspirado verso. Lo atestiguan la sabia Maestra y Poetisa, Angélica Idrobo, que mucho honor hiciera a su suelo natal con las conquistas en el campo pedagógico y en la lira magistral. Y otros tantos mil cerebros que desfilaran por las sendas de la canción natal.—

Y este suelo acogedor, esta tierra llena de tradiciones y leyendas, es la tierra de ayer y de hoy que rememoran los hijos que salieron para otros lares, dejando una estela luminosa de recuerdos.—

Allá, en los viejos tiempos, cuando las creencias fantasmales urdían mil y mil cuentos y fábulas, se comentó con sabor a sátira, a chiste y buena broma, la siguiente tradición; que la conocieron con el nombre de: **LA MULA CABRIOSA.**

Las tradiciones que dan ese sabor de nocturnidad, no mueren porque se transmiten a través de las generaciones, de boca en boca y a cual mejor.

Es así como vive latente en el comentarista Sanpableño esta folklórica estampa de la Mula. La oímos también.—

Es la hora de la bullanguera pelota de mano que tanto la ejercen los obreros, después de su tarea diaria. Allí está la cancha llena de jugadores y curiosos, frente a un plantel de Educación. Los maestros de la principal escuela de niños del lugar, terminado el trabajo de la jornada, también gustan del desarrollo espectacular de la "pelota de mano", sentados como pueden en los graderíos del plantel.—

El crepúsculo adiestra con amor la acuarela en el lienzo de "esta tierra solar con su laguna que invita al ensueño, sus celajes de berilo y azur, su río, sus fuentes, sus montes plasmados en proceso milenarío hasta lograr la fisonomía que tanto la singulariza".—

El juego ha terminado. Los curiosos, uno a uno van retirándose. Solamente los jugadores del partido vencido, echan ajos y cebollas por recobrar el dinero de las apuestas.—

Los Maestros son buenos amigos de todos. Hacen jocosas propuestas por el empleo de las ganancias. Se acercan al ruedo. Es honor charlar con los maestrítos.—

Se despierta el humor entre cachos "colorados", y bromas de doble sentido.—

La hora aún no palidece. Se puede traer al cuento una que otra tradición. Allí está nuestro infaltable amigo (alias don Llucho) cuya charla vuelve insensibles las horas, por su sabor, por su picante sátira.—

Todos hacen coro pidiendo que el Llucho cuente algo bonito y bueno, de aquello que pasó en lejanos tiempos.—

Entre sonrisas y sus amanerados gestos, toma asiento en el centro del graderío como queriendo ocupar el sitio de honor en el corrillo.—

Pues bien, dice el Llucho, les voy a referir lo que mi tatarabuelo presenció; lo que mi abuelo refería en horas vespertinas; lo que mi difunto padre me contaba; lo que yo cuento ahora para que ustedes refieran a sus hijitos legítimos y naturales, porque de eso nadie está dispuesto a tirar la piedra, como el cuento o pasaje de la Biblia.—

Carcajadas al granel, es el santo y seña de la aprobación.—
"Pongan mucha atención.

"Qué curitas estos que hemos tenido todos los tiempos. Predican la caridad, y no la practican, sermonean del amor al prójimo, y son los primeros en buscar la camorra, porque no le pagan el diezmo, porque no oyen misa, porque se emborrachan todos los domingos, etc. Dan de golpes en el púlpito al dirigirse a las jovenmandamientos. En fin, nadie queda con sus huesos sanos, en la hora del sermón dominguero.—

Claro que los curitas, especialmente antes, no podían contraer matrimonio. Y, entonces los pecados contra el sexto, eran de los más frecuentes en sus mercedes, los "santos sacerdotes".—

Pero, como impedidos que eran tenían que envolverse en las sombras de las altas horas de la noche para hacer sus fechorías.—

Para la conquista de la más bonita hija de María, venía

muy a mano y eficaz medio, las rejas del confesonario,—

Pues bien aquí, en esta mi territa de San Pablo, dicen que hubo un curioso curita, que bien se hubiese ganado una medalla de oro en esto de concursar en manías de trasnochero y visitante enamorado de una muy bonita pimpolla. Lo más raro del cuento es que aquella chica, dizque era enemiga de que le brindaran piropos amorosos los jóvenes del lugar; pero para la atractiva sotana, no hubo barreras que impidieran a la recelosa beatita entregarse en los brazos sexuales de "Su Merced", el brioso señor curita.—

En esta parte, tose burlonamente el Director de la Escuela y moteja por mentiroso al deslenguado, luego.—

No son mentiras, señor, lo que voy a referir. Si así cree Ud no seguiré. No ¡No...! Siga siga Ud. Tenemos mucho gusto en escucharle, dicen todos, inclusive el Director.—

"En uno de los barrios, de esta parroquia. cuyo nombre me callo por prudencia, dice la tradición, hubo una joven de cualidades morales muy conocidas por todos y mucho orgullo para su viejecita madre, por ser la única hija huérfana de padre. Nunca faltaba de los rezos de la "Oración ni mucho menos de las misas domingueras las que oía a las 5 de la mañana. Pertenecía a la congregación del "Santísimo"; a la Cofradía de las hijas de María, y no sé que más de ceremonias religiosas. Comulgaba diariamente. Tan temerosa de pecados y para tener más tranquila su conciencia, se confesaba cada viernes de semana.—

Con gran sorpresa de la mamá y de todos cuantos celebraban la piedad de esta señorita, de repente dejó de concurrir a la iglesia parroquial; el confesonario ya no fue para ella.

Preguntados los vecinos el porqué de este inucitado cambio en el espíritu de la beatita, se satisfacían saber que está muy enferma, que el médico le ha ordenado guardar cama, y no sé que más pretextos aludidos por ella.—

Como maliciosos no faltan en la vida del Señor, hubo quien aseguró que la muy bonita hembra se transformaba las noches de conjunción de la luna, en una Cabriosa Mulita; tanto que se la veía salir de la casa echando patadas a todos los costados, dando relinchos desesperados se perdía por la oscuridad de las calles y que, arrastrando una larga cerda iba camino de la laguna, sin que nadie se atreviera a seguirla. Pues que nadie podía suponer que una amante de su sacerdote se transformara en Mula.

En la juventud de aquellos buenos tiempos, hubo un grupito de aquellos que todo quieren descubrir. Pues, como entre los corrillos de los jóvenes y de la manera más sigilosa, ya se comentaba esta maravilla con cierto sabor a curiosidad.—Este grupo se propuso poner las cosas en su punto y constatar por ojos vista, cual era la verdad.

Dicho y hecho. Se dieron en la manía de apostarse muy

escondiditos tras de unas paredes viejas que daban frente al convento parroquial. Las horas corrían lentas en las noches de espionaje. Fue nada, señor. Nadie que saliera del convento. Esto no fue obstáculo para proseguir en la empresa de espiar y más espiar. Que les coja las horas de la madrugada sin nada conseguir, allá con el fracaso. La porfía vence lo que la dicha no alcanza, dice un modismo popular.—

En una de aquellas noches, con gran sorpresa, vieron que del convento salía muy disimulado un hombre enponchado, con gran sombrero que le caía hasta la nariz. Después de mirar a uno y a otro lado, se encaminó hacia el barrio de mi cuento, o mejor dicho, del cuento de los mayores.—

Los pesquizas muchachos, guardando prudencial distancia, siempre que la oscuridad nocturna favorecía, siguieron atrás al enamorado Curita.—

Llegado que había el buen donoso a la casa de la chica, y con la seguridad de no ser sentido por la viejecita de la mamá, daba dos o tres golpecitos con los nudos de la mano empuñada en la ventana del dormitorio de su amante. Prontamente se habrían los ventanales. Muy pronto, cual ninguno, entraba por ella el emponchado, que no demostraba sotana alguna. Pues que todo quedaba en el convento: sotana, virtud y plegarias.

Es de imaginarse el triunfo de los pícaros jovencitos.—

Para mayor seguridad, se dieron el trabajo de estarse así mismo ocultos por algún lugar aparente que no faltan en los barrios, hora tras hora, hasta ver cuando salía el muy desvergonzado predicador; las cuatro de la mañana, según sus cálculos, por el canto de los gallos mañaneros, cuando, en la misma forma y con el mayor disimulo y cautela, salió por la misma ventana y se encaminaba a su convento.

Estaba descubierto el drama amoroso. Pero, se cuidaron de comentar palabra alguna, por temor a caer en maldición del santo sacerdote, por calumniadores.

Necesitaban unas pruebas más aceverantes.—

“Hay que pillar a ella, se dijeron. Esperaron la llegada de la primera noche de conjunción de la luna.—

Pues, si señor. Los propuestos jovencitos esperaron tras una tapia de la casa del pecado. Las doce de la noche, cuando se abrió de par en par el portón de aquella grande y conventual casa. Por ella salió chispeante una linda mulita, arrastrando la cerda y dando muchas patadas al diablo.

Uno de los jóvenes estaba armado de un machete. Cuando la mula cabriosa acierta a pasar cerca de la tapia de escondite, salta éste y dá un corte en la cerda. El pedazo quedó allí. La Mula

muy asustada y como si algo le doliera echa zapatetas y relinchos. Con desesperada carrera, se encaminó hacia la laguna ¿ A qué iba a ese lugar ? . No lo sabemos. Lo cierto es que fue novedad regada por la mamá que su hijita ha perdido una trenza de su bello pelo, sin saber por qué. Los jóvenes, se guardaron el pedazo de cerda y al otro día pudieron constatar que era la trenza de la chica cortada con el machete. Con esto si, se propusieron coger infraganti al curita. Una de aquellas noches de pesquiza, se proveyeron de una botella de aguardiente y esperaron a que saliera el hombre sin sotana de la ventana de la mulita. Ocultos como estaban, sorprendieron al cura y fingiéndose borrachos insinuaron un trago al pasajero. No fue posible hacerlo tomar, por sus esquivas manías y temiendo ser conocido. Pues bien, a lo borracho le cogieron del poncho al buen truhán y le obligaron a tomar de la botella. No hubo pereque que poner. El curita bebió. Entonces los muchachos entre carcajadas y burlas, preguntaron el por qué de trasnochar "Su Merced", señor Curita.—

La respuesta fue, que tuvo que acudir a suministrar el Sacramento de la Comunión a una pobre viejecita que allí moría. Que viejas ni que ocho cuartos, señor curita. Ud. viene de dormir con la beatita esta que ya no se le ve en la iglesia, dijeron los simulados borrachines — No hubo razón que valiera para justificar su presencia por aquellos andurriales. Los jóvenes, que allí si tomaron hasta vaciar la botella, y siempre asidos del poncho del pasiante, le encaminaron a su convento a látigo flotante.—

Como no volviera más el santo, por aquellos trigos del señor la mula salía todas las noches y se iba a dar de patadas en la puerta del convento. También cayó la mula cabriosa en manos de los pícaros jovenzuelos Sampableños. En una de aquellas noches, esperaron que saliera la ya conocida mula y echaron mano de la cerda. Cuan duro la tenían. La bestia infernal echaba saltos y más saltos. Ellos, con la mano izquierda descargaban fuate que da miedo, en las ancas de la mula. Felizmente, la cerda se arrancó por el cabo, lo que permitió al cuadrúpedo salir en carrera tendida hacia la casa.—

En días subsiguientes, fue novedad que el señor curita no podía celebrar la misa de las cinco por estar muy enfermo. Pues que la cara y el cuerpo lo tenía cubierto por turdigazos. Ni más la mulita afuera, porque la espalda estaba muy lastimada por los latigazos.—

Este drama terminó cuando esta novedad llegó a oídos del señor Obispo de la Capital Provincial, quien, por mucho disimular cambió de parroquia al sacerdote y dió de conjuros a la chica hasta volver al redil del Señor.—



TRADICIONES IMBABUREÑAS

De Atuntaqui

La Negra Cabezona

La ciudad de Atuntaqui, no es la población a la que nos vamos a referir con las tradiciones nacidas o de pasajes verídicos o de la vivacidad de la imaginación de los habitantes —

Hoy, es una ciudad progresista que, por el empeño de sus hijos, ha dado gigantescos pasos en la senda del progreso; ciudad moderna con sus edificios que le ponen en el rango de las ciudades en vías de desarrollo: sus colegios y escuelas diciendo están de la cultura actual; sus parques, del buen gusto ornamental. Su vida activa en las industrias incita a turistas y viajeros curiosos a visitarla para llevar los muchos artículos que allí se encuentran; sus calles amplias, llenas de luz y aseo específico dan a la población ese atractivo, ese desco de siempre volver.—

Atuntaqui de ayer, tierra de los empresarios del transporte a lomo de mula, con casitas tan bajas y conventuales, de amplios corredores donde llegaban los rayos del sol a jugar con las flores de sus jardines y llevarse ese perfume exquisito a las regiones de las nubes en alas del viento. Pocas las calles principales. Los demás senderos ponían en comunicación con las poblaciones vecinas. Calles polvorientas, sin pavimento alguno. Plaza donde se quemaban las chamarrascas de las fiestas religiosas y tradicionales: Pueblo antiguo pero con ansias de ocupar alturas en el adelanto material y moral. Pobladores tan ingenuos y honrados, mercedores del aprecio general.—

En esta parroquia, es donde se han entretejido las tradiciones que vamos a referir, pues que nacieron allá en los lejanos tiempos cuando los fantasmas y aparecidos salían a dar sus paseos nocturnos con el consabido terror para viejos y niños.—

Sería por los años de 1915 a 1918, cuando la novedad de la Negra Cabezona era corriente noticia que impedía salir por las noches pasadas las nueve. Pues veamos lo importante de esta tradición que aún está fresca en la memoria de los moradores ochentones:

En uno de los apartados barrios existía un lugar llamado las "Cuatro esquinas. En este punto hacía cruce la calle principal que iba al caserío de "Tumbibiche", con una calle estrecha que venía desde La "Piedra de mama Justa", por el Oriente y continuaba estrecha hasta llegar a la esquina del Cementerio del lugar; para luego continuar en sinuoso trazo por el barrio de El Secadal; cada vez más angosto que ya era un callejón despoblado para rematar en la hacienda de Ontañón al Occidente. De estas cuatro esquinas, unos 20 metros hacía el poniente y a la vereda derecha bajando, existió una

casa destartada, destruída y abandonada. Pues que fue voz común que esta casa permaneció mucho tiempo sin que nadie la habitara, porque aquí, el primitivo dueño, un hombre que campeó con todos los vicios, en momentos de desesperación, se quitó la vida ahorcándose en una viga de su dormitorio. Para la gente de aquel entonces el suicidio era algo que no podía concebirse, por ser un pecado contra el "Espíritu Santo", El suicida no era merecedor de ocupar una sepultura en el Campo Santo o cementerio de la parroquia; pues que sus restos mortales tenían, inevitablemente, que ser enterrados en lugares apartados, lejos muy lejos de la poblada.—

Pues bien, esta casa abandonada tenía un gran portón a la calle des poblada que fue puesta llave, no sabemos cuando y jamás abierta. Esta puerta remataba por su base, en un bordo alto de piedra, que quien quiera lo hubiese ocupado para tomar descanso después de una fatiga —

Los mayores de Atuntaqui, y en especial los vecinos de este barrio, referían que en este bordo de piedra, y especialmente en noches de luna llena tomaba asiento un monstruo en forma de mujer. Era una enorme negra a la que llamaron LA NEGRA Cabezona. No se retiraba de aquel lugar sino pasadas las doce de la noche. Nadie era osado a pasar por aquel lugar Tan repugnante y miedosa era aquella figura que el más valeroso no se atrevía dar un paso por delante de la negra. Y más bien, cuando un tanto se acercaban quizás unos 20 metros, empezaba a dar bramidos como de alguna fiera salvaje, enseñando tremendos dientes. El tiempo pasó por algunos años sin que volviera este monstruo a sentarse en aquel lúgubre lugar. Solamente se conservaba el recuerdo triste y el comentario de que ese lugar había sido de preferencia para esta negra, quizás por ser el alma condenada del suicida, dueño de aquella casa.—

Cuando ya nadie quizás se acordara de este singular apareamiento, a cabo de muchísimos años, volvió la Negra Cabezona a sus andanzas terroríficas.—

Las noches plateadas por la luna, allí estaba muy hunda y lironda se tuda sobre las piedras. Tanto dió el cántaro al agua, que los vecinos intentaron ponerla en fuga, arrojándola piedras, palos, etc. sin conseguir más que los gruñidos y las amenazas de moriscos. Cansados y miedosos dejaban en paz a la Cabezona y se recogían a los hogares, teniendo especial cuidado de guardar cuanto mejor a sus niños.—

Una buena noche de aquellas, un buen señor tan amante del Dios Baco iba por la calle principal con dirección a las Cuatro Esquinas estado de mediana bohemia, en busca de alguna taberna abierta, siempre que las del centro habían cerrado sus puertas por ser más de las diez de la noche. El buen borrachito llevaba de la mano un niño, hijo de él como compañía para pronto retornar a su casa. Por gran suerte para el tunante, estaba por aquel lugar una cantinera en pie, con su puerta de par en par. Sin más esperar, y que mejor cuando se trataba de una persona amiga del valiente

atuntauqueño, entró en ella y solicitó una copa de taco alto. La señora, tan alarmada como demostraba, recibió al señor con las mejores demostraciones de aprecio. Sirvió la copa. El bebió. Cuando se disponía seguir adelante llevando de la mano a su niño, le dice la señora: ¿Por dónde se va, señor?. Voy donde mama Cármen, quizás encuentre tortillas y un buen ají.

! No, señor !. Por favor, no vaya a pasar por esa esquina. Le ruego de veras !—

Pero qué es lo que pasa?. ¿por qué me ruega no seguir mi camino mi buena amiga?—

Venga, entre señor

Una vez dentro el caballero, brindó por cortesía de la casa otra buena copa la inquieta señora. Mire, señor Son altas horas de la noche, si altas eran para nuestros antepasados las diez de la noche. Le ruego no vaya a pasar por esa esquina. En la puerta de esa casa botada que queda más allá, está sentada otra vez la negra cabezona. Después de mucho tiempo, a vuelto a aparecer ese monstruo que parece salido de los infiernos. Recién, no más entraron todos los vecinos a sus casas, cansados de querer espantarla para que se fuera, a pedradas, con ajos, y otras palabras de doble calibre. Pues allí está echando bramidos que parece una fiera salvaje, o un demonio salido de los quintos patios. ¿Cómo me dice, señora, que no han conseguido poner en fuga a ese monstruo que la llaman la NEGRA CABEZONA?. Pues se ve que aún no hay un hombre de valor para que sepa si es de esta o de la otra vida.—

Otra cosa es ver, señor ese espantajo, que no hace caso a esos bramidos que da. Por eso le ruego no vaya por allí. Puede sucederle alguna desgracia. Regrese a su casa con su niñito que tanto se espantará.—

Pues, no regresaré, señora. Yo soy el llamado a castigar este fantasma y poner en fuga. Ya verá.—

Por favor, señor. No lo haga. Le ruego, por su bien.

Tranquila, señora. Déme otro trago y verá Ud.

Dicho y hecho.. Se sirvió la copa más doble que las anteriores.

Sacó de uno de sus bolsillos un hermoso Rosario.—

Esta es el arma con la que pondré en fuga a esa negra. Ya verá Ud., Ud. mi hijito, se queda aquí con la señora. Ya vuelvo.

Sin ruegos que le valiera porque desistiera de tan atrevida empresa, se encaminó a ese sitio. El niño, que ya contaba con sus doce años, no quiso dejar solo a su padre. Después de pocos minutos, siguió atrás.

Llegado que hubo el niño a las cuatro esquinas, vió que su padre ya estaba frente al monstruo. Este era un grueso montón

sobrecogido con la cabeza inclinada. En la cabeza llevaba un sombrero de mocora sin corona. Por allí salían unos abundantes mechones de pelos herizados.

El valiente tomador, con palabras llenas de coraje, azotaba a la negra con el Rosario. Los golpes se oían sobre el descoronado sombrero de paja mocora. El niño, atónito contemplaba la escena, sin querer correr ni regresar.

El buen hombre no se atemorizaba con los bramidos de la fiera, ni ante esos descomunales dientes que brillaban a la luz de la luna. Antes bien redoblaba su ataque golpeando con el Santo Rosario por todo el cuerpo e intentando golpear la cara escondida entre un derruido pañolón.

Te ordeno, bestia infernal, que te levantes y te vayas por donde has venido. En nombre de la Santísima Virgen que representa este Rosario te ordeno ponerte en fuga.—

¡Vete!. ¡Lárgate, diablo!. O si eres de esta vida, dime quien eres.

A estas órdenes, por fin se levanta el monstruo tan gigante que el señor que le acometía apenas si llegaba a la cintura del monstruo o de la negra Cabezona. Fue entonces que se pudo apreciar su tamaño y los harapos que cubría el negrecido cuerpo. Esos harapos que caían a las rodillas en forma de flecadura, dejaban al descubierto unas cienientas piernas. Como los azotes se multiplicaban, echó un descomunal bramido y dando espaldas a su acometedor, siguió camino al cementerio. El muy valiente, siguió atrás de la Cabezona. Y no paró en su acometida sino cuando la Negra Cabezona entó al Cementerio donde se perdió. Entonces, jadeante y victorioso, regresó Cogió a su hijito que allí esperaba y volvió donde la señora caninera que le esperaba toda ella desesperada e inquieta.—

¿Ha visto Ud. señora que la puse en fuga a la negra?,

La he dejado cuando entró al Cementerio que queda muy cerca de aquí.

¡Santo Dios!. ¡Que valiente es Ud.—

Nadie, pues nadie ha podido enfrentarse con este monstruo. Ud. lo ha vencido. Tengo para ponderar de su valor.

Señora, la victoria no se debe a mi, sino a mi Rosario, Soy devoto de él. No me falta de mi bolsillo. Por esto tengo para mí que esta negra, es algún demonio suelto para espantar a los cobardes.

¡Merece un trago, señor. Tome Ud.—

Las copas menudearon. También la señora tomó algunas

Muy optimista el vencedor, dijo a su contertulia: "Verá Ud.

si vuelve por estos lugares. Apuesto lo más fino que no volverá jamás.

Hoy, gracias, y buenas noches.

Avanzadas las horas, el caballero valiente, se encaminó a su casa de manos del muchacho también valiente en presenciar la escena.—

Al otro día fue el comentario en todo el poblado que el señor ha puesto en fuga al monstruo de la negra.—

Desde esa noche, no regresó más la Cabezona a su asiento diabólico.

El barrio quedó en paz. Todos transitaron ya sin temor siempre y hoy.



BIBLIOTECA MUNICIPAL

"PEDRO MONCAYO"

IBARRA



De Atuntaqui

El muerto que no quiso boveda en el campo santo

El cementerio de la entonces parroquia de Atuntaqui era de aspecto modesto, de acuerdo a las economías de la Iglesia parroquial con cuyos fondos se hacían las bovedas y más adecentamientos del lugar. Nada tiene que ver con el actual, siempre que ya responda la categoría de una ciudad en vías de desarrollo.—

Dos filas apenas de nichos, por una parte; por otra, quizás contaba con tres pisos, todo comprendido en una pequeña area cuadrilátera, suficiente para las necesidades de aquellos tiempos, a los que vamos a referirnos con la presente tradición que aún es referida en los grupos familiares o cuando de conversar de cosas curiosas pasadas se trataba.—

En aquellos buenos tiempos de nuestra primitiva parroquia, se dió de todo en el campo juvenil: buenos, piadosos, humildes hijos ejemplares por sus virtudes, honrados padres de familia que hicieron honor a la sociedad Atuntaqueña. Al otro lado de la medalla, existieron quienes bien hubiesen hecho con no nacer.

Ricardo (alias "el terrible"), perteneció a este último grupo —

Hijo de Padres honorables, de costumbres intachables, jamás quiso sujetarse a la disciplina de sus maestros, desde niño. Siempre dió muestras de futuro pícaro —

Llegado a edad madura, era el terror del poblado, especialmente cuando estaba borracho. Era cuando tenían que cerrar las puertas, sea de día o de noche, para no ser alcanzados por los disparos de arma de fuego que jamás le faltó al cinto. Hombres y mujeres daban paso libre al terrible Ricardo para no ser ofendidos de palabra y de obra, en esos estados. Para el terrible no había dignidad ni sexo, porque se iba sobre todo respeto humano. Y era de ver su modo de reír cuando sus brutalidades hacían los más espantosos escándalos —

Día domingo, hora de la "Misa Mayor". El sacerdote, desde la cátedra sagrada daba el sermón referente al Evangelio del día. Todos los oyentes, prestaban la debida atención y compostura, tanto que no podía oírse otra voz, sino del predicador. Un silencio sumo. De pronto cundió el espanto, el susto. El predicador calló y los feligreses oyentes echaban voces de protes ante un ruido atronador. ¿Qué es lo que sucedía?, Nada más que el terrible Ricardo, en completa bohemia, montado en un brioso caballo entró al sagrado recinto, echando maldiciones y pestes contra el sacerdote, a quien lanzaba los más negros improperios y deshonras.—

Después del primer momento de impacto, reaccionaron los pobladores de la Iglesia y se lanzaron a linchar al profano y sacrilego que así cometía el más grave pecado de la Religión. Pero éste emprendió rápida fuga sacando chispas del empedrado de las calles con su caballo herrado, tornó la calma dentro del templo. El Sacerdote, en vez de inmutarse, rogó a sus hermanos en el señor Jesucristo, que supieran perdonar la acción de este pecador. Pidamos a Dios, decía, por su conversión. Dios está por el más malo, y nosotros debemos tener caridad con el prójimo.—

Terminada la misa, todos salieron con el consabido comentario y con la consiguiente rabia por haber faltado a su santo sacerdote.—

Pasaban muchos días desde aquel domingo, salió una tarde el curita de la parroquia a hacer su paseo de costumbre por los alrededores de la población. Camino iba con su Breviario a la mano rezando sus oraciones de oficio. Maquinalmente recorría las distancias de un despoblado, sin más preocupaciones que su paseo.—

Mala hora para el curita. Al pasar frente a una desolada cantina, oyó voces de bebedores dentro. De pronto sale un borracho y tomándolo de la sotana por la espalda, le insulta cuanto pudo. Al ver que el santo no le diera importancia siguiendo su camino, le dice: ¡Carajo!, Cura, traga hostias, cura hijo de... .., y de éstas, más las hubo.

El cura siguió. El terrible, creyéndose ofendido le sigue, ya cogiéndolo por el cuello, le pregunta la razón para haber insolentado a todos esos betados oidores de misa ese domingo, para que le pegaran o lincharán.

Nada he hecho, hijo mío. Le responde el ofendido con humildad.

¡Cómo, carajo, yo no soy tu hijo. Tus hijos están en las cocineras, ya sabes. Y sin más esperar, echo de bofetadas en el rostro del sacerdote Cayó al suelo, vertiendo sangre por la nariz. Fue cuando los demás que no estuviesen tan borrachos, impidieron seguir con los golpes a este insolente. Tomándolo por el brazo al curita, lo levantaron y acompañaron hasta su convento. Al retirarse de aquel fatídico lugar, dijo el curita: "Te perdono, porque no sabes lo que haces". Pero ten presente que conforme es la vida es la muerte.—

Que muerte ni que demonios. Lárgate cura infeliz, sigue diciendo el ofensor Terrible.—

La novedad que Ricardo ha faltado de obra tan malamente al Señor Cura de la parroquia, cundió escandalosamente en el poblado, con la consiguiente protesta de todos, pues que amaban mucho a su Buen Pastor.—

¡Dios le castigará!, era la voz de las mujeres piadosas. Hay que castigar a este insolente, decían los hombres.—

El tiempo es el mejor juez. Lo que se hace en la tierra, aquí mismo se lo paga, es una sentencia muy experimentada.—

Sea que el remordimiento hizo roer esa conciencia infiel, sea que su espíritu aventurero le empujaba a recorrer mundos, es lo cierto que el terrible Ricardo desapareció de la parroquia y nadie volvió a saber nada de él, allá por muchos años.—

Mientras duró la ausencia de Ricardo, los padres de él dejaron los umbrales de esta vida. Nadie quedó.—

Pasados los días, los meses y los años, llegó a pedir posada en una casa en las afueras de la parroquia, un hombre, que arrastraba la más repugnante miseria. Los compadecidos dueños, sin tener donde acomodar a esa cansada materia, le acomodaron unas esteras en el corredor con una sábana y unos ponchos, no tan buenos. Se entregaron al sueño unos y otros. El peregrino parecía roncar como chanco. Luego quedó en silencio sepulcral. Unos ayes, unos gritos descomunales en el corredor despertaron a los durmientes. Asustados hasta no más, salieron al corredor en paños menores. ¡Oh sorpresa!. De la viga pendía de una sogá el cuerpo del forastero. Pues que encontró la muerte ahorcándose.—

El susto, fue inusitado. Las peticiones de socorro se multiplicaron.

Acudieron los pocos vecinos. Testigos fueron de este suicidio —

Al otro día, el tan inesperado suceso exasperó los ánimos de todos y mucho más cuando acudieron al lugar del hecho. Uno de los curiosos, mirando bien el rostro casi descompuesto del cadáver, exclamó:

¡Si, es él. El terrible Ricardo!

Conocieron todos a esta víctima del infortunio.—

No faltó quien dijera que este es el castigo por haber faltado al curita N. que fue párroco en ese tiempo.—

No hubo más que esperar. Que venga el Político a levantar el cadáver y ver que es lo que convenía hacer con este difunto mortal.—

También acudió el nuevo Párroco a aquella casa que, a mala hora, dió albergue al forastero. Entre súplicas y buen parecer, consiguió que se le diera sepultura en una de las bóvedas del Campo Santo. Así se pidió y así se hizo.—

El pantionero, que cuidaba de día y denoche del ornato del Cementerio, tuvo necesidad de ir por aquel lugar, por llevar el agua de regadío a una sementera adjunta, y de usufructo del Cura de la parroquia.—

Pasando por frente de la bóveda de aquel suicida, con

gran sorpresa y espanto vió que estaba fuera del nicho ambas piernas de éste. Acostumbrado como estaba el servidor del panteón a esta clase de apariciones, y sabiendo el método de hacer regresar al interior del nicho las piernas salidas, cogiendo dos fuertes varas espinosas de un rosal de allí, descargó fuertes latigazos sobre las piezas desertoras. Claro que si se recogieron y el pantionero fue a seguir regando sus plantas.

Este hecho se repitió por muchas noches, siendo ya, los pies afuera, o ya una mano, u otra, sin que ya no valieran ni los latigazos de las varas.

Inquieto el hombre dió parte al señor Cura y le invitó a presenciarse lo dicho, esa misma noche. Así fue —

Entonces el sacerdote dedujo que, como suicida que fue, no quería que sus restos mortales estuvieran en ese lugar sagrado. Luego había que ir a echarlo en alguna quebrada lejana.—

La empresa era algo difícil. Había que contar con buenos muchachos de comprobado valor y de absoluto sigilo.—

El Sacerdote, comprendiendo que la mentada medida debíase llevar a efecto sin tardanza ni rodeos. Como el pantionero del lugar era ya un hombre muy versado en esto de desenterrar muertos benditos o maldecidos por Dios; de comprobado valor y de una reciedumbre muscular a toda prueba aprobó el proyecto de su señor cura y el mismo se comprometió a buscar los hombres que respondieran con eficacia a este trabajo —

Por la noche de ese mismo día conferenciaron para tomar las debidas precauciones para que no se haga un escándalo en el poblado al saber que se ha arrojado muy lejos el cuerpo de un difunto.—

Se preguntaban el lugar que sería apropiado para tal arrojamiento. El curita, como nuevo en la parroquia, nada conocía de geografía lugareña. No así el Pantionero. Señor, le dice, su merced no puede saber que existe aquí una paccha en la que, hace muchísimos años, tuvimos que lanzarlo allí a otro mal cristiano nacido para los infiernos. Es la Paccha de Patabarán. ¿Y dónde queda esa hondanada?, preguntó el cura. Esto queda atrás de la hacienda de Ontañón. Se va por el callejón que pasa por el mismo cementerio y que, pasando por el escaso caserío de "Piquinigua" y antes de llegar a la mentada hacienda, hay una bifurcación de este callejón. Cogiendo a mano derecha, se llega a las laderas y luego a los peñascales que caen hacia el río Ambi. Unos dos kilómetros de este barrio ya se distingue los negros abismos de la Paccha de Patabarán, arrojado en esas profundidades este muerto que no quiere el Campo Santo, nadie dará cuenta de él más que los hambrientos gallinazos.—

Pues, entonces, manos a la obra, dice el curita. A la mañana siguiente llama a su convento, con todo el secreto posible, a los dos fuertes muchachos, hijos del pantionero, ofrecidos por el

mismo. También concurren los dos sacristanes, incondicionales servidores de la iglesia. Son menester cuatro hombres más de las mismas condiciones. Fueron escogidos entre los más amigos del sacerdote, pero fuerte reciedumbre material y moral.—

Son las diez de la mañana. Allí están los ocho escogidos. Nadie sabe el objeto de la llamada del Sacerdote.—

Después de una pequeña amonestación para mantener el absoluto secreto, les hace jurar solemnemente que harán todo cuanto les diga el señor. Algo escépticos, juran fidelidad para acometer lo que sea. Entonces el sacerdote les dice: Hijos míos, les he escogido a ustedes por que sé lo valerosos que son y la buena conducta que observan. Por esto, vamos a emprender en una muy seria empresa. Recordarán que hace poco se enterró el cuerpo de ese pobre hombre que se ahorcó. Hoy no quiere estar en la sepultura del cementerio. El Pantionero se ha cansado de fustigar ya las piernas, ya las manos que se las encuentra salidas de la bóveda. Esto es una prueba que pide otro lugar. En este caso no tenemos más que llevarlo a botar en la paccha de Patabarán. Este trabajo lo haremos esta misma noche. Se miraron las caras los recelosos amigos. Pero como el juramento estuvo empeñado, no había más que cumplirlo.—

“Muy bien, señor Curita, dicen. ¿A qué hora estaremos aquí en su convento?—

A las diez de la noche, dijo el párroco muy resuelto a ello.

Fue así. A esta hora todos estuvieron de rodillas ante la imagen de un Crucifijo en la sala del señor cura, rezando el Santo Rosario para alcanzar de Dios, valor y protección para esta obra inevitable.

Las once de la noche. De una noche oscura y fría, pero con un cielo estrellado. El señor cura, hizo un atado de todas las ropas necesarias u ornamentos sagrados. Agua bendita, lo suficiente para todo el trayecto que no era tan corto; faroles con espermas bendecidas, cirios gruesos para los acompañantes; dos palos de tres metros de largo; dos largas sogas.—

El pantionero se proveyó de una buena pala y pusieron pasos secretos hacia el lugar de los muertos.—

Llegados que hubieron al frente de la bóveda del rebelde muerto, pudieron constatar todos que se hallaba una mano fuera del nicho. Sin más esperar, el pantionero dió con las varas del rosal de latigazos, a la mano escurridiza. Esta entró dentro. Con la celeridad requerida abrió la sepultura con la pala. Entre los cuatro valientes extrajeron el ataúd. Ataron fuertemente a los palos. Listos ya, el sacerdote se revistió de los ornamentos. Abrió su breviario a la luz de los cirios encendidos. El sacristán listo con el agua bendita. Advirtiendo el mayor silencio, cargaron con el muerto y siguieron camino a Patabarán. Por demás sería ponderar el recelo

de todos, pero resueltos a sufrir lo que viniera. Llegaron, sin la mayor novedad a los labios del abismo y sin que nadie hubiese asomado por esos funestos lugares. Había que recorrer unos tantos metros más para arrojar el cadáver a los oscuros senos de ese abismo. Cuando una bandada de gallinazos hicieron ronda sobre ellos intentando arrebatar el féretro! Oh, sorpresa!. Cuando menos lo esperaban, ese ataúd voló por los aires con todo palos y fue a caer con estruendo hacia el fondo. Todos se espantaron. Las ceras se apagaron, la oscuridad monstruosa atemorizó más al acompañamiento heroico. Reza y más reza el santo curita, que también creemos tuvo miedo.

Luego, a prisa y siempre juntos, regresaron al convento a comentar a sus anchas tamaño suceso.

BIBLIOTECA MUNICIPAL

"PEDRO MONCAYO"

IBARRA



De Atuntaqui

El Duende Enamorado

Que coincidencia tan singular para las tradiciones de Atuntaqui. Tenemos que volver a tratar otra vez o por mejor decir, por tercera vez, del mismo callejón estrecho, oscuro y funesto por donde corrió la Negra Cabezona, por donde fue el fúnebre cortejo del ahorcado suicida a podrirse en las profundas simas de Patabarán y por fin, aquí mismo sucedió una escena digna de nunca olvidar.—

Seguramente en nuestros días este sendero será alguna muy bien poblada avenida o carretera que una los barrios que ya no se llamarán seguramente el de "Piquinigua", el de Otañón o de los muleros Jácome, sino populosos y modernos poblados.—

Unicamente aumentaremos a lo dicho acerca de este callejón que, partiendo del cementerio, se dirigía hacia el Occidente; que antes de llegar al barrio de los Arrieros Jacobos y unas tres cuadras más abajo del Cementerio, en el punto que hacía casi una ligera esquina para ir en dirección Sur-Oeste, existía tras el tapial derecho un corpulento chirimoyo que por las noches, semejava una oscura caverna,—

Este fue el lugar tan preferido del Duende Peleador, para hacer de las suyas con los incautos transeuntes que, obligatoriamente, tenían que pasar bajo aquel chirimoyo, sea de ida o venida hacia el centro de la parroquia o hacia los caseríos de Otañón.

Pasadas las siete de la noche empezaban las travezuras de este espíritu burlón. El que se había atrasado por varios motivos en el centro de la población de Atuntaqui, a las horas tempranas de llegar a casa, en aquel memorable barrio, era víctima imprescindible de las pedradas, las que menudeaban sobre los sombreros, las espaldas o los pies. En tanto salía en precipitada fuga el pasajero, que no se acercó del detalle del chirimoyo, el pícaro duende descendía de las encopadas ramas y reía a mandíbula batiente, en la mitad del camino, como quien burla sarcásticamente.

No vamos a decir que este diminuto duende juguetón o burlón, mejor dicho hacía de las suyas todas las noches. De aquí que gente o vecino hubo que aseguraba jamás haber sentido ni visto al sombrerudo. Pero eso sí, a una joven especialmente de largo pelo y ojos grandes, por más acompañada que fuera a pasar por aquel miedoso sitio, le lanzaba, no piedras, sino ramilletes de flores tan fragantes y bellas que tentaban cogerlas. No contento con esto, bajaba de su escondite enramado y seguía atrás a la joven. Dicen, pues, que esto era una señal de enamoramiento.—

¿Cómo que se haya enamorado el señor Duende de una jovencita del lugar? No es para creer en nuestros tiempos de luces y adelantos.

Pues, si señor. De este mismo duende Peleador o buen enamorado oímos narrar a una vieja vecina del barrio, en referencia:

En las últimas casas de la aldea, hacia el Sur, existió una habitación que era lujo entre la gente de aquellos tiempos. Amplia, con muchas ventanas a la calle, un buen patio que permitía la entrada de toda una recua de mulas, después del "viaje" a la capital; rodeada de olorosos alfalfares, en cuyos contornos erguían airosos eucaliptos, frondosos capulíes, en los que enredaban los taxos sus abundantes venas tentando al hurto de las frutas amarillas y sabrozas, en competencia de los granadillos que adornaban las cercas después de descolgarse de los sauces y nogales, grandes sementeras de maíz, en fin, todo cuanto puede desear un buen aldeano tener para adorno y utilidad de sus mansiones rurales. En esta casa—quinta vivió en lejanos tiempos una familia compuesta por los padres, dos hermanas y 3 varones, mayores todos de edad.—

Entre las jóvenes, Isabel era la más bella: Cuerpo escultural, grandes ojos negros, una abundante cabellera que caía por la espalda hasta más abajo de la cintura; boca con labios nacidos para el ardiente beso. Su carácter, algo medrosa, humilde y muy adepta a las prácticas religiosas. Pues jamás quiso perder una sola misa en el mes de Mayo, cuando se hacía el mes de María en a iglesia parroquial.—

De esta bella aldeanita se enamoró locamente este pícaro duende, nos decía la ancianita.—

En una de aquellas salidas vespertinas para ir a las oraciones del mes de María en la iglesia y cuando por la noche regresaba a su casa acompañada de su buena madre tan religiosa como ella, y al pasar por debajo del tan mentado chirimoyo, saltó de las ramas una figura en forma de hombre, tan pequeña que quizás tendría un escaso metro de altura. Su cabeza sostenía un gran sombrero y se puso delante del camino con el consiguiente susto y alarma de las dos mujeres. Se acercó a la joven y le obsequió un ramillete de flores nunca vistas. En vez de recibir aquel obsequio, y como ya era novedad sabida del duente en el chirimoyo, las dos pasajeras echaron a correr diciendo: ¡Huí, el duende!. Hui i i i

El muy amante detuvo el paso otra vez interceptándolas, como oscura la noche era, nada se veía más que esta figura muy cerca. No corras Isabel, le dice. Yo te amo. Te haré mi esposa. Te haré muy rica. Hoy te doy flores. Otra vez te daré perlas preciosas. ¡Que van a parar las pobres mujeres aterradas. Pues bien, ese ramo se lo tiró al pecho de Isabel, donde se prendió como con alfileres, y no cayó por más que la chica quería despegarlas y arrojarlas al suelo. Con todo este susto y este incidente, apuraron el paso. Llegaron a las casas primeras de la aldea. Allí era la casa de una tía. Ella estaba aún en pié. Sin más esperar se entraron de zopeton, entre exclamaciones de terror.—

La tía, muy sorprendida, recibe en brazos a su sobrina. La

lleva a la sala y le pregunta por lo sucedido. Las dos, a cual primero, avisaron que les había salido el duende y que le había regalado esas flores que pendían del pecho de la joven. La muy buena tía, arrancó con furor ese ramillete y lo arrojó al patio.—

Esa noche allí durmieron. Al otro día fueron a contar a sus familiares tan triste acontecimiento. El hombre Jefe de la casa, un arriero que ostentaba los setenta agostos sobre sus lomos, y como tan berriado y fuerte que era, contestó: ¡Carajo! Dios no quiera que se haya enamorado el tal duende de mi hijita. Sería capaz de matarlo, si hombre fuera—

Desde esta vez, la pobre Isabel, no tuvo calma ni tranquilidad, tanto de día como de noche. Si cortando alfalfa para los caballos estaba, allí era su amante para ayudarla, tanto que en poco tiempo estaba lista la ración para quince bestias. La chica daba gritos en busca de auxilio. Cuando alguien de la familia venía a ella, nadie aparecía por los alfalfares— En todo cuanto Isabel que ía hacer, en trabajos de la casa, ya mismo estaba todo hecho sin que ella viera a nadie. Por las noches, la muchachita daba de ayes al ser acariciada groseramente en las mejillas. Encendían luces y nada se veía. Esta novedad se regó por todo el barrio. La voz común era que el duende se había enamorado de Isabel, a la que se le asomaban debajo de su almohada ricas joyas, anillos al escoger. en fin vida ya no era para la joven—

Como tan bonita que era la aldeanita, los jóvenes la piropeaban mucho. Pero esta vez, como queriendo deshacerse de su misterioso amante, aceptó los requiebros de amor del joven Mario— Este nuevo amante tomó a su cargo la defensa de la muchacha, haciendo presencia por el día y por la noche. Cuando algún incidente pasaba, Mario echaba besas de desafío a su rival, sin que éste se atreviera a presentarse.—

Pues bien, en sus andanzas Mario dió con un sabio consejo para deshacerse del rival y para dejar en paz a Isabel: Le dijeron: "El duende sabe tocar guitarra a las mil maravillas. Para alejar a este espíritu burlón déjale en la cama de Isabel una guitarra bien templada. El tal enamorado misterioso cuando encuentra este instrumento, se acuerda de la dicha que perdió en el cielo, cuando fue ángel bueno, y cogiendo la guitarra empieza a cantar una canción muy triste que termina con hacerle pedazos el instrumento musical y desaparece para siempre. Dicho y hecho.—

Mario tenía en su casa buena guitarra. La templó muy bien y llevó a casa de su amante. Convencido que hubo a la familia por esta receta, allí le dejó entre las cinco de la tarde.—

Cuando Isabel estaba en la cocina ayudando a su madre a preparar el cucayo para el viaje del papá para la capital, oyó en su dormitorio una triste canción acompañada de la guitarra. Luego un fuerte golpe contra el suelo y la clavijuda quedó convertida en astillas. Un triste suspiro fue el último adiós del pobre duendecito quien no volvió más a molestar a la linda ojona.—

¿Quedaría sin desquite el rival Mario?. Claro que no.—

Cuando esa misma noche del suceso de la guitarra en casa de Isabel, Mario se adormitaba en su lecho, oyó un ruido como de abrir puertas. Abrió los ojos, prendió el candil, nada vió. Pero oyó esta voz: "Tu me la pagarás"... Silencio. Tranquilidad. El buen sueño de Mario hasta el otro día.—

Pues que este jóven apuesto, muy varoncito, hecho para las grandes empresas, preparó un viaje a Quito, con toda la recua de mulas que las manejaba. Todo listo estaba. El corredor lleno de las cargas a transportarse. Las pecebreras repletas de alfalfa para las mulas cargadoras. Las ocho de la noche del otro día. El viaje era imprescindible en compañía de Pedro, quien vivía en el barrio de "El Sedacal". A esta hora sale de su casa Mario para ir a poner en alerta a su compañero.

Nada de acordarse de duendes ni ollas viejas. Al pasar debajo del inevitable chirimoyo, unas tantas piedras cayeron a sus pies; otras, golpeaban su espalda tanto que le producían dolor. Mario, entonces no duda: Es el duende, se dijo. Lleno de coraje y sin temor alguno, por lo valiente que era, echa estas imprecaciones; ¡Duende, hijo de puta! ¡Sale, si eres hombre. No te tengo miedo. Seguía su camino. Otras piedras y otras a sus pies y espaldas. ¡Carajo, si eres hombre, sale duende maricón! Aquí está Mario que te hará comer mierda!

Ni más esperar. Allí frente a él, un enano, con un gran sombrero. Tan pequeño que no le llegaba a las rodillas.—

Aquí me las pagas por haberme hecho correr del amor de Isabel, le dijo. No creas que tú serás de esa linda chola.—

Mario, se pela el poncho y el saco. Empuña fuertemente sus manos, y a la pelea El duende daba de saltos hasta dar con la cara de Mario sobre la que descargaba fuertes puñetazos que le tiraban por el suelo. De pie Mario, también fuertes puñetazos al duende que lo hacía volar por los aires. El aguerrido ataque duró por un par de horas sin que la victoria se declarara por uno o por otro.

Mario, ya no podía más. Jadeante, sudoroso se arrimaba a las paredes para no caer y hacer frente a su enemigo quien no descaer a los pies de su enemigo, cuando aciertan a venir por allí los compañeros de Mario para ir de "viaje". Le encuentran semimuerto, que es lo que pasó, y nariz. Le cogen entre brazos. Le preguntan tes que Mario contestara. Los recién llegados oyeron una horrible carcajada en el ramaje del chirimoyo y esta voz que dijo: "Dales gracias a estos hombres que vinieron, si no, eras hombre muerto y cargado a los infiernos. Ja, ja, ja, ja.

No faltaría mas que sus compañeros arrastren a su Mario y también llenos de terror, lleven a la casa de él. Muchos días estuvo en cama. El viaje no se hizo. Pero el pasaje quedó para la historia.



TRADICIONES IMBABUREÑAS

De Caranqui, Urcuquí - Mira

Correo de Brujas o el Triángulo Diabólico

En verdad, estas tres parroquias están situadas en un triángulo perfecto. Caranqui, Urcuquí y Mira. Geográficamente quizás están en la misma altitud, con relación al nivel del mar. Puntos estos para establecer el triángulo diabólico, del que salía el Correo de Brujas, allá en muchos años atrás, cuando el arte de brujería estaba en perfecta auge, con muchas mujeres adeptas a los sortilegios y al servicio de intercomunicación.—

Según referencias de nuestros mayores sabemos que el servicio de Correos nacionales, estaba en lamentable estado de retraso. Las comunicaciones interprovinciales tenían muchos días; y aún meses, para que llegaran a su destino. Y es muy aceptable este fenómeno, si consideramos los vehículos que en ese entonces se usaban, los caballos, las mulas, y muchas veces, servicio pedestre. Los postillones, que así se llamaban los empleados encargados del Correo, tenían que vencer múltiples dificultades en sus largos viajes: las lluvias en los páramos, la muerte de alguna acémila, los nocturnos asaltos de los maleantes que frecuentemente acometían a estos abnegados hombres que, casi siempre transportaban dineros de una provincia a otra.—

En este estado de cosas; pero de una manera la más secreta existió el Correo de Brujas, algo que no se explica, sino por intervención diabólica. La tradición nos dice que familias muy allegadas a las brujas de ese triángulo, no tenían más que hacer saber a su "comadre", la necesidad de ponerse en comunicación con algún miembro familiar ausente o residente en cualquier parte de la República, para que, al otro día tener la comunicación sea por escrito o un recado verbal.

Los sucesos ocurridos en aquellos tiempos de las continuas revoluciones por los credos políticos, eran sabidos de inmediato por estas tierras comprendidas en el triángulo, y mucho más admirable cuando las noticias ya eran regadas por la Costa, por el Carchi, Imbabura, y las demás provincias. Citaremos algunas casos; entendiéndose que este correo se desprende desde años antes de establecerse la República del Ecuador, al separarse de Colombia, en 1830.—

Al amanecer de 10 de Julio de 1836 la población de Mira ya sabe que las milicias de Tulcán, Otavalo e Ibarra, contienen y derrotan las fuerzas del Coronel Facundo Maldonado, que invadiera por el Carchi, contra el Gobierno de Rocafuerte, inclusive ya se sabe de los paisanos caídos en acción de armas. Muchos días pasarían para que se haga oficial el parte de la derrota.

En una de las mañanas del mes de Junio de 1.845, el triángulo del Correo de brujas expande la noticia de la victoria del Ejército Imbabureño en contra del Coronel Manuel Guerrero y la toma de Quito.—

Igual cosa sucedió en el año de 1863, cuando por estos lados ya se supo, antes que nadie, la derrota de García Moreno en la batalla de Cuaspujón por las fuerzas colombianas al mando del General Mosquera.—

La derrota de Marieta de Veintimilla, cuando nuestros imbabureños, en compañía de soldados ibarreños, luchan ferozmente en las calles de Quito. Ahí estuvieron presenciando las mensajeras misteriosas para traernos tan grato acontecimiento bélico.—

Largo sería seguir ennumerando las notables acciones del correo que nos ocupa. Pero si afirman las tradiciones de que nada se ignoraba por las tierras de Imbabura, Carchi, La Costa y aún Guayaquil cuando las nubes ecuatorianas eran rasgadas por las viajeras nocturnas.—

¿Cómo, o en que consistía este Correo de Brujas?. Quienes llevaban a cabo tamañanas correrías?

En cada una de las poblaciones del triángulo existía una agencia, si podemos decir, de las antiguas brujas.—

Para pertenecer a esta diabólica congregación, existieron maestras en el arte del embrujamiento que tenían por obligación traer adeptas a su seno para peremñizar la institución. Ya citaremos más adelante todas las prácticas en los respectivos concilíbulos.—

Las Maestras, muy hábiles para ejercer el correo, con anticipación se conseguían unos feísimos sapos del tamaño de una gallina, comerciados con los habitantes del valle de Mira, Lita, La Concepción, quienes los transportaban vivos en una especie de canasto, a la Agencia de Urcuquí, Mira y Caranqui. En las noches de luna llena, con preferencia en vísperas de San Juan, la mayor de las brujas, sacaba al patio de la casa en altas horas de la noche al sapo. Con varitas de membrillo conjuradas con la piedra imán, azotaban al animal, pero sin causarle la muerte. Tanto iba la tierna azotaina que el sapo empezaba a verter una especie de aceite por todos los poros. En cajitas predispuestas recogían esta materia betuminosa. Dejaban al animal en paz, siempre en un estanque no profundo para utilizarlo para las otras prácticas; y luego seguían la misma operación, hasta tres animalitos.—

Este aceite era mezclado con manteca de serpiente macho y otros menjergues más. Entonces, a las ocho noches subsiguientes, a la hora de Venus, la Maestra se revestía dentro de un cuarto oscuro de todas las prendas exigidas para el arte diabólico—

En lo más apartado de la casa, sin que nadie presenciara cogía la caja conteniendo la mezcla aceitosa, una escoba y una ca-

misa muy blanca y planchada con bastante almidón. Todo colocaba sobre una especie de altarillo y conjuraba estas cosas con la siguiente oración:

“En esta hora solemne quiero invocaros, con toda mi voluntad y buen deseo a vosotros espíritus excelsos que estais bajo del dominio de Lucifer que es el Espíritu solemne y poderoso y que me acompañais en mis trabajos: **ASTROSCHIO, ASATH, BEDRIBUMAL, FELUT, ANABATOS, SERA, BILEM, SERGEM, GEMEN, DOMOS Y ARBATEL**, para que conjureis estas prendas. El aceite me será como la lágrima de vuestro ser Supremo, para con él emprender mis viajes por los aires. Conjurad, espíritus de los Avernos esta escoba para que me sea el caballo diabólico que me trasportará por entre las nubes y esta camisa será las alas que vosotros teneis con las que volaré sin ser vista ni oída, Sin Dios, Ni Santa María, de villa en villa.—

Terminado el conjuro de los instrumentos, la Maestra, se pone en pose de oración para dirigir la siguiente plegaria con los ojos cerrados y los brazos abiertos con dirección a la montaña más cercana, o a un río que circunde la parroquia: ¡Oh, admirable **ADONAY**, que reinas y moras en todo lo creado, siendo a la vez árbitro soberano de todo el sistema planetario!. Humildemente imploro tu protección en esta hora suprema, para que adornes estos instrumentos de los que me voy a servir, de todas las virtudes necesarias, a fin de lograr el resultado que deseo en mis viajes misteriosos. Accede a mi ruego, ¡Oh, poderoso Adonay. Te ofrezco en cambio de tus servicios, todo cuanto soy y valgo, y hasta la sangre de mis venas, si de ella quieres disponer, poniéndola por sello de nuestro pacto y eterna amistad.—

Ahora, naturalmente, las brujas no quisieron ser vistas por nadie. Para hacerse invisibles en sus operaciones, decían esta última imprecación: “¡ Oh, espíritus invisibles e implacables. Yo, el ser más insignificante de los mortales, os suplico por última vez que cubrais mi cuerpo del fluido misterioso que vosotros poseeis para que ninguna persona pueda verme en el espacio de tiempo que dure mi recorrido por los aires. Tengo que servir a mis semejantes y a vos ¡Oh, supremo Lucifer. Amén.—

De inmediato, la Maestra, untaba sus arcas, las cienes, los brazos, piernas y oídos con los aceites preparados. Jineta en la escoba, y por firiendo: De Villa en Villa, sin Dios ni Santa María, iba elevándose como un globo por los aires, con la dirección que ella quería.—

Esta es la forma como hacían sus viajes nocturnos y ponían de manifiesto todo cuanto pasaba por otros mundos, sin que se diera explicación racional.

Las prácticas brujeriles, para hacer ingresar a la secta a doncellas incautas, son dignas de referirse, como han venido de boca en boca, a través de los tiempos.—

En cierta época del año, se reunían todas las personas

quienes tenían hecho su pacto con el espíritu diabólico, en el lugar que le tocaba por turno: Un año, en Caranqui; o otro, en Mira y el tercero, en Urcuquí. En conciliábulo iban a una gran caverna oscura y profunda dentro de la más funesta quebrada. Si esa caverna no tenía la suficiente profundidad se la daba con mucha anticipación, cavando en las rocas, a fin de dar un aspecto de fúnebre templo. Era condición de secta llevar la mayor en edad de cada lugar, por lo menos dos doncellas, para conjurarlas y entregarlas a la protección de los espíritus que acabamos de citar, y con preferencia al Príncipe de los infiernos, que es Lucifer.—

El templo debía ser preparado con anterioridad, en el que se colocaba un altar en medio del aposento. Este altar debía estar iluminado con cirios negros, cuatro por lo menos, los que eran colocados en huesos extraídos de sepulturas, en forma de candelabros. Por ornamentos se colocaban telas negras. Sobre la mesa para los sacrificios estaba un gran libro como decir, un Misal. Este libro era forrado con piel de niño nonato, o muerto antes de recibir las aguas bautismales. No debía faltar el cáliz hecho del cráneo de un niño de la misma condición o de algún suicida. Este cráneo estaba sujeto a otro hueso más pequeño por una tibia de difunto, capaz de ser una gran copa o copón;

A un lado, es decir, al izquierdo, estaba un sillón adornado con telas rojas; al pie de este asiento, un cojín de seda de igual color.

Estaba todo listo para la gran ceremonia anual o la MISA NEGRA.—

Cada una de las brujas tenían a mucho cuidado ir llevando a esta Misa Negra, todo cuanto les era necesario para sus prácticas brujeriles, durante todo el año: Yerbas aromáticas, aceites, sahumerios, muñecos de cera o de trapo, alfileres, clavos rojos, vino, corazón de palomas, cabezas de sapos, corazón de lobo, plumas de auca o golondrina, dientes de serpientes, etc, etc,—

Por los menos podriase contar de veinte a treinta concurrentes a este conciliábulo; y, entre las doncellas conquistadas, no podían ser menos de seis, al contarse dos por cada una de las estaciones ya enunciadas.—

Llegadas las once de la noche, la concurrencia se entregaba a sus cánticos ceremoniales. Era la preparación para que "El Espí- brazos recogidos al pecho y con los ojos cerrados hacían la siguiente

"En esta hora solemne y sublime, invocamos a vos Adonay, emperador de los universos, para que descendais a nuestro templo. Con toda nuestra voluntad os esperamos para que oficiéis nuestra Misa Negra. Os esperamos con decidida fe en vuestra grandeza. Venid a llenar de todo el fluido a nuestro espíritu que os pertenece por el Pacto que lo tenemos hecho y sellado con la sangre de nuestras venas.—

¡Venid! Venid, espíritu del emperador de las regiones del misterio!. ¡Venid!.....¡Venid. Venid!.—

Luego, por entre el hondo peñascal de la silenciosa quebrada, se escuchaba correr un viento agorero. Levantaba las cortinas de la entrada de la caverna y hacía chisporrotear los cirios negros del altar. Seguidamente, un ruido consabido. El conciliábulo se mantenía en la misma posición. Una voz amorosa les insinuaba levantarse y abrir los ojos. Entonces contemplaban al espíritu invocado que estaba sentado en la silla. Era la forma humana y de un gran caballero. Su fisonomía no era para causar terror, sin antes ver la mitad de su cuerpo representado las extremidades de un macho cabrío. Las doncellas era cuando se acurrucaban a sus mayores, quienes las insinuaban muy quedo a no tener recelo ni temor. De los hombros de este singular personaje pendía una gran capa que cubría todo el sillón; sobre su cabeza, una corona que despendía luz tenue. En la mano izquierda, un cetro en forma de serpiente enroscada. “Aquí vengo, por que me llamais, hijas mías, les dice. Vengo con la confianza de siempre para concederles todos los beneficios que querais. No he venido solo continúa el visitante, invisiblemente están conmigo todos los que forman mi Consejo Supremo. Ellos escucharán vuestros ruegos. Os pido empezad las ceremonias, que ya voy al acto del altar.—

Una a una iban llegando y depositando un beso en el hombro izquierdo del macho cabrío. Luego prorrumpían en cánticos de alabanzas a su espíritu preferido. Colocaban sobre el altar todas las cosas traídas para que recibieran el fluido misterioso de todos los acompañantes, las mismas que producirán maravillosos efectos.—

El Rey de las Tinieblas, bajaba de su asiento y se dirigía al altar. La mayor de todas las concurrentes, por ser la más experimentada, hará las veces de sacristán. Coloca el libro apergaminado en su lugar, un cirio negro junto a él; una barriguda dama juana conteniendo el mayor vino estaba también junto al copón.—

El ceremonioso ser, mitad hombre y mitad chivo daba comienzo a la misa negra, leyendo no sé que de frases cabalísticas en ese gran libro. En lenguaje familiar se dirigía a todas las asistentes, insinuándolas mantener firme su pacto diabólico para librarse de las influencias del espíritu del mal, del terrible Cristo, de su enemigo mortal que no busca sino el daño de sus criaturas, en fin, cuantas cosas diría.—

En ese gran copón, trasegaba una porción de vino, diciendo: Me sirvo la sangre de vuestras venas en este vino. Luego, se servía hasta no más.—

Las bruias, por orden de jerarquía se colocaban frente al altar. Era el momento de la íntima comunión con los espíritus infernales. El gran Sacerdote, iba acercando el copón a los labios de ellas y haciéndolas beber el vino.—

Conjuraba los presentes traídos, así mismo con palabras ininteligibles. Por fin venía el Pactum Solemne de las doncellas.—

Colocadas en fila frente al Espiritu que ellas decían, les preguntaba si era de la voluntad de ellas hacer el Pactum con los espíritus y sellar con su sangre. A una sola voz manifestaban su acen-timiento. La Sacristana, si así podía llamarse a la ayudante, cogía el dedo del medio de la mano izquierda de cada una y las hacía una ligera iniciación. Por esa herida salía sangre. Era recibida en una especie de pluma de escribir y se las obligaba a firmar en un pergamino que, como cosa primera había colocado el singular espí-ritu sobre el altar. Con este hecho ya formaban parte del conciliábulo de brujas, las nuevas víctimas Este pacto era celebrado con abun-dantes libaciones de vino de ese recipiente que podía embriagara una escuadra de bebedores. Inter tanto el Oficiador tomaba asiento en su sillón. Cuando la bohemia no se hacía esperar, seguía la danza macabra: Se desnudaban completamente, viejas y jóvenes y empe-zaban a danzar con locura, haciendo mil requiebros sexuales delante de su amo y Señor. Este diabólico baile terminaba cuando este per-sonaje misterioso, dando demostraciones de embriaguez, cogía en brazos a la más bonita de las recién pactadas, y, con furia del averno desfloraba su virginidad. Este acto fenomenal era secundado por los demás espíritus, que no demostraban su presencia sino cuando echaban al suelo a sus víctimas doncellitas.—

Con gran estruendo desaparecían los visitantes infernales. La caverna tornaba a su oscuridad. Los cirios se apagaban. Los cuerpos borrachos quedaban tendidos por doquier, dentro del llamado tem-plo.—

Con las primeras horas emprendían los vuelos en sus escobas las peregrinas de algún ángulo del triángulo, tantas veces reseñado.—

Acude una pregunta: ¿ es verdad que se les podía coger a estas voladoras con no sé que manías?—

Pues que sí. Un ochentón caraqueño refería que una noche de mediana luz de luna, cuando él estaba regando sus plantas en los llanos de las Monjas, oyó pasar por el aire y no, a mucha altu-ra una blanca figura que hacía sonar como enaguas planchadas con bastante almidón. Oír esto y echarse al suelo en forma de cruz, fue presencia una mujer teniendo una escoba y con sus consabidas ena-guas. Le conoce. Quiere cogerla para presentarla en público; pero ella le dice amenazante: Si no guardas este secreto; cualquier mo-mento serás llevado a los infiernos. Entonces el muy atemorizado contaba el milagro, menos el santo.—



FELICIANO

El Brujo Visionario

CUENTO

Es el día de San Juan. Día de fiesta para todos los comarcanos. La Comarca más hermosa y poética, formada por el valle encerrado por las altas Sierras de Pesillo y Angochagua. Geométrico ángulo cuyo vértice se halla en las cumbres blancas del nevado Cayambe. Su lado oriental, la Cordillera de Pesillo que va de Sur a Norte con los nombres de Angochagua, para irse con el nombre geográfico de Yuracruz., De este vértice se desprende el otro lado Sur—Occidental formado por la Cadena de los cerritos Cubilche, Bochaloma, Cusín, Cunrru y remata en el majestuoso y viejo legendario Imbabura. Valle encantador y risueño que en toda su extensión es una verde esmeralda por los pastizales, cementeras y lomas de leña. Aquí, en las faldas occidentales se asientan las tribus de los "Zuletas", Los mercedarios, compuestos por las familias de los Chilcos, los Atuc—Huasis, los de la "Quinta", los Cusin—Pambas" y sobre los terrenos más altos, al Occidente, y de una planicie fecunda, los Cochás.—

Toda la gente de estos lomeríos, en este día, se dan cita para copar la plaza de la Iglesia parroquial. Ya las viejas campanas, cubiertas por un bello tungténico, echan al aire sus clamores llamando a las misas rituales del Santo Bautista. Hoy no es la Raza Venida. Es la gente bullanguera y alegre que, luciendo sus polícromas vestiduras de fiesta tradicional bajan, a trote de perro, por todas las laderas al son de los "churos", de las flautas, guitarras, rondines, tamboriles para aglomerarse a las desvenajadas puertas del templo parroquial, en espera del "Santo Padre" para que derrame sobre ellos las bendiciones celestiales que curan los males de cuerpo y alma, pero solamente en este día. El encorvado Sacerdote, de negra sotana y bonete curial, de pie en los umbrales recibe, a manos llenas, ayudado por el ambicioso mónago, los presentes de la región, como un anticipo para la Misa concelebrada en honor del Santo de sus mayores.—

Los truenos, los voladores y camaretas aturden el ambiente y en ondas etéreas, se expanden por todas las "huasis", colinas y vallecitos recoletos, en donde el silencio es imponente, interrumpido, de vez en vez, por el tropel de los desbocados baguales en cuyos alados lomos van los crepitantes vientos a embolsarse en las cuevas de las hondas "pacchas" de las quiebras andinas. Las "huasis" están abandonadas, los bueyes trincados a sus estacas y, solamente al cuidado de los fieros y temibles perros, rejurgitan el pasto de ayer, los rebaños de ovejas aprisionados en las "chagllas", están condenados a un largo ayuno. Esa canción de silencio sin los runas, sin las

guarmes, ni los longos ni aún los viejos abuelos de cabelleras blancas se hace escuchar por los ámbitos perennales, puesto que nadie queda en las chozas solariegas: Es obligación ineludible para todo "runa" bajar en conjunto todos los comarcanos para bailar en la plaza después de la Misa y luego emborracharse por los soleados callejones.—

El viejo brujo Feliciano es el único hombre que está en casa, situada en las faldas del Cochaloma. Jamás acostumbró mezclarse con las turbas sanjuaneras de su región. Feliciano Churuchumbe es amo y señor, emperador y rey de la Comarca. Hoy luce su uniforme de Mayoral: zamarros, casaca de vaquero, sombrero encintado que cubre una cabellera blanca y desgredada; un gran fute a la mano; en la otra, la flauta de pie, en el patio de la casa, con la cara al oriente, espera a los primeros rayos del sol para cumplir él también, con el rito de San Juan. Erguido junto a la roca que hace contrafuerte a su gran casona, incrustada en el pajonal del "Pacarina", modela el barro rojizo de su cuerpo en medio de la niebla que desciende de las negras crestas del "Paca-Urcu" y de los bicéfalos picos del Cochaloma, Tensos los músculos de sus piernas, enclavadas como hondas raíces en la piedra milenaria; se afirma la figura del brujo, en loco desafío de las aceradas inclemencias del viento. Abruptas las facciones formadas a rudos tajos de machete bronco o tosca hacha, se quiebran en el tieso dibujo de la boca de resolución indómita e inflexible. Ojos peñados de luz de la altura, de inmensidad, entrecerrados.—

Sus pupilas se contraen como navajas puntadas y filudas para el desgarro y penetración en las tubornadas de las neblinas que afloran de todas partes para cubrir los hoscas pajonales.—

Al primer salto de luz del sol sanjuanero, allí está de pié, con su flauta y sus zamarros. Es su solemne rito saludar al sol de Junio sorbiéndose el "pilche" de la espumante jora, como en Ofertorio Jesucristino y danzar al son monótono y triste de su flauta.—

Día llenos de luz. El cielo es una inmensa bóveda azul. El viento silba llevándose mechones de paja de su "Alpa-Huasi". Las mitomanías de brujerías de Feliciano, por hoy, están prohibidas, porque es día de su dios INTI. Pero sí, sobre una tosca mesa colocada en el corredor oriental, están los líos de las hierbas mágicas, las alucinantes coca y guayusa, picos disecados de pájaros selváticos, el casco de la gran bestia, dientes de lobo y serpientes; en bolsitas de seda miembro viril del cushumbe, para que todos estos menjuges brujeriles reciban la virtud curativa de los rayos del sol de San Juan. Hace un alto en su danza cuando sus pupilas penetran en la inmensidad del horizonte y distinguen por las laderas, a don Tomás, que viene cabalgando un manso alazán, en dirección a su casa.—

Erase don Tomás hombre de la ciudad.—

Sobre sus espaldas pesaba la carga de los sesenta años de una vida quijotesca, huraña, huidiza, profundamente sumida en sueños de aventuras y erranzas de caballeros andantes.—

Por las mañanas tempranamente dejaba su lecho, en aquella señorial mansión, sita a las márgenes del parlero río de la urbe, "lejos del mundanal ruido". Luego de dar la salutación mañanera a los antiguos óleos, pendientes de los cuatro muros de la sala: de su bisabuelo, luciendo uniforme enchapado a lo general de las fuerzas de Felipe VII, venido a las tierras de Juana Atabalipa a establecer su "Estancia", como el prelude para la fundación de la Villa de San Miguel de Ibarra; el no menos arcaico cuadro de su abuelo, la primera raíz del árbol genealógico; de su padre, el rico latifundista que murió en miseria; de su madre, hermanas y hermanos, todos muertos tiempos ha, solía acodarse en su viejo escritorio de estilo Luis XV para entregarse a sus lecturas predilectas, ya de don Quijote de la Mancha, de las Conquistas de Alejandro el Grande, de la Mitología de la Antigua Grecia, Historias antiguas del Viejo Continente, Las Cartas de Marco Polo, Los Viajes Misteriosos de los Vikingos, Teorías de Platón sobre la Atlántida, etc, o de otros libros de hojas amarilladas por el tiempo que mucho le decían de las aventuras de sus mayores por las tierras conquistadas en el Reino de Quito. Las horas venían y pasaban sin que el viejo mitomaniático saliera del embebecimiento de las lecturas de legajos y pergaminos. DON TOMAS viajaba con su mente soñadora por las regiones de las doncellas indias domeñadas a la voz del mandón abuelo, cuando de realizar las "yanapas" en las haciendas de "Cuñey—Qui", se trataba; o zezgueaba una sonrisa cuando esos amarillos pergaminos, títulos de propiedad, le hablaban de las astucias viles y satánicas del abuelo para adueñarse de los fecundos pegujales de los criollos, o de los valles choteños, o de las inconmensurables laderas cordilleranas, hasta amasar fortunas que el viento y el diablo se las llevó.—

Los rayos del sol antemeridiano compenetraban por los cristales de un cuadrilongo ventanal, de visillos aladeados para posarse oblicuamente sobre el escritorio y purificar así esa montaña de manuscritos, de libros empastados a la Española Medieval; abiertos unos; semiabiertos otros; las plumas de pavos o de avestruz que le sirvieron para poner notas, los panzudos tinteros que dieron queja por la ausencia de tinta; el tarrito de arenilla ya sin ella.—

Todo va a tomar un poco de calor hasta producir el fenómeno de Tyndall con la cosmogonía de microscópicos corpúsculos que revoloteaban en la luz solar.—

DON TOMAS deja por un momento el asiento e invitado por la claridad meridiana, va y viene por la ancha y larga sala alfombrada de descolorido costal. A los pasos de su alto cuerpo de carnes enjutas, simbrean las apollilladas tablas del piso y hacen cabecear los libros que flojamente ocupan los polvorientos anaqueles de la biblioteca.—

Ligeros y respetuosos toques a una de las hojas de la puerta, dados por los nudillos de la mano del único ser de familia, la vieja mulata Manuela, servicia por más de medio siglo, vienen a sacarle de su meditación para insinuarle pasar al comedor. Ya irá.....La

mulata, con inclinación reverente de su cabeza de motas plateadas por los setenta y dos agostos, da media vuelta y, con sus brazos de flácidos músculos entrecruzados por la ancha espalda, a paso lento y cansado, va por el largo corredor, ya sombreado por los pinos, cipreses y magnolias del legendario huerto y se adentra a su aseada cocina a esperar hasta que su flemático amo tome su almuerzo, si es que lo desea.—

A semejanza de don Quijote, don Tomás gusta de las andanzas cordilleranas; porque ansía beber luz de cerros, inflar sus delgados pulmones con aire de los páramos; sentir la fatiga de la cuesta; contemplar amplios horizontes; elevarse sobre la cabeza de los demás mortales y querer tocar con sus plantas los umbrales de las puertas celestiales: soñar y más soñar con la erranza de los andinistas.—

Feliz coincidencia. También don Tomás ha escogido este claro y luminoso día de San Juan para emprender otra de las mensuales correrías por los senderos de cabras y de ovejas, de longuitos pastores, por laderas y lomeríos donde las diseminadas chozas indígenas custodian los anteriormente llamados "huasipungos" y hoy, los ridículos minifundios trazados en el tablero de los desolados páramos andinos de los "Angos" y los Chaguas.—

La víspera de su salida ordenó a su caballerango poner doble ración de alfalfa en la pesebrera de su manso y fuerte alazán.—

A la hora de la sublime orquestación de los clarines emitidos por el rey de los corrales, del gorjeo argentino de los gorriones, somnolientos aún en los tupinos retamales; de los trinos de los canarios, de los tintinantes campanarios, don Tomás rompe el silencio de las calles solariegas con los herrajes de su caballo.—

Recorrida gran distancia con el sol de la mañana sobre el faldón sombrero sevillano, vencida la encañada, y zigzageando el chaquiñán que conduce a la huasi de Feliciano Churuchumbe, por entre polvorientos rastrojales, don Tomás ya llega al patio rodeado de parvas de cebada, de habas y de chochos que enmarcan la casa cordillerana del viejo brujo.—

La jauría de perros guardianes de la Alpa—Huasi y fieles, compañeros del orgulloso Mayoral, cuando por "Rodeo" de la Hacienda, va a enlazar los toros cerriles que se han desmanchado por el gris desierto de los pajonales; esta jauría, decimos, da descortéz recibimiento a don Tomás y su caballo: ladridos a porfía unos acometen por la espalda columpiándose de la cola del cuadrúpedo; otros de frente; los demás, por los costados amenazan echar sobre los surcos de tostados rastros al atrevido que viene a perturbar los momentos rituales del amo y señor de toda la Comarca Mercedaria.—

—! Ven en socorro, Feliciano. No dejes que tus fieros perros destruyan la nobleza de mis carnes. —

—! Saqui!. ! saqui, carajo!, dice el dueño de esa casa sin salir de su pista de baile. Los perros más obedientes que los esclava-

vos, se han callado y cabisbajos van a tomar sombra bajo de los lecheros.—

— Gracias, mi buen amigo. Me has librado de estas fieras, dice don Tomás, poniendo pie a tierra —

— Espera, blanco. Espera. Vienes a mi casa. Tomarás reposo. Beberás conmigo de esta chicha que estoy ofreciendo a mi dios INTI. Me verás danzar con mi cara al sol, hoy que rindo mi adoración al dios de mis mayores, en este día que es de San Juan.

— Descansaré unos momentos, Feliciano. Quiero llegar a la cima de este cerro. No puedo detenerme. Es tan corto mi tiempo.—

— Si es tan corto tu tiempo, hombre de la ciudad, entonces ¿para qué vienes?—

— Para contemplar desde la altura la inmensidad de esta comarca; para aprisionar con mis pupilas toda su hermosura distendida por todos los rincones y saturarme de ella; para beber este aire de libertad y reconcentrar mi espíritu, por minutos siquiera, en la yerma soledad de estos lugares; para olvidar un poco el hastío de esta vida.

— Olvidar Contemplar
Siéntate tranquilo sobre estos tamos de mis trigos.—

Ven, hombre de la ciudad, Quiero que te sientas indio como yo sin odios y sin rencores... ..

Fue obediente don Tomás. Cuan largo era, desplomó su cansada materia sobre el montón de tamo arrinconado en la esquina del corredor.—

Sin más palabras que los hechos, Feliciano que ya era elocuente orador y alegre bailarín por efecto de los tres pilches anticipados, empezó a bailar dando fuertes zapatetas sobre el cangaguoso terreno con sus hercicas oshotas y al son de su flauta resoplada por sus agrietados belfos

— ¡Mamá Pancha, sirve un pilche al blanco, ordena Feliciano a su no menos vieja "huarme", quien indiferente agita entre sus dedos el "zigze" que arranca blancos copos del vellón, liado al "tulur" y mientras sentada sobre sus pies entrecruzados por atrás, unta sus dedos en el polvo del "pushig", complemento del tulur, para dar mayor velocidad a las revoluciones del "piruro", engastado en el zigze.—

Don Tomás se incorpora y bebe del pilche servido por la india Pancha. Ella, atenta a los sorbos del huesped, recibe el vaso ya escanciado y vuelve a su tarea, algo desconfiada en su peculiar mutismo —

Feliciano Churuchumbe, luego de mirar atentamente a su hombre blanco, quien ya se ha puesto de pie para escrutar las lejanías con sus pupilas verdinegras, le dice:

— Me dices que tú quieres olvidar..... contemplar.....

Pobre hombre que te doblegas por un instante de amargura y pretendes, sin embargo ver contemplar..... encumbrarte cuando no puedes ver.—

Desprecia tu tiempo inútil por un momento y el viento que ya llega por la encañada del Norte nos servirá de vehículo para emprender, los dos, un viaje rápido por las alturas misteriosas. Entonces subirás conmigo. Quieres alturas, quieres contemplar Espera

El astuto brujo va a operar un milagro en el espíritu del noble

Con paso firme va a la tosca mesa que contiene los menjuges brujeriles, ya soleados. Toma el pitche y en él vierte el alucinante cocimiento de la coca y de la guayusa e insinúa beber a su huésped. También él se sirve otro y espera para emprender el viaje misterioso.—

La guayusa y la coca ro tardan en producir los efectos alucinantes en el cerebro de los dos.—

— Espere y verás

— Empiezo a sentir que mi espíritu vuela; que me encumbro sobre el éter en un luminoso carro de nubes. Voy contigo.....

— Sí. El carro alado de los vientos nos conduce Yo abriré tus ojos cerrados hasta ahora al milagro de la verdadera contemplación. Te regalaré un tesoro indistinguido por tu percepción. Comprenderás entonces el orgullo adormecido de los míos de sentir en sus venas la sangre de sus mayores, aun cuando pese sobre sus espaldas la carga de los siglos con la herencia de la esclavitud dejada por los hombres que hicieron historia en nuestros dominios. Comprenderás como fuimos reyes para tornarnos en cadena de esclavitud.—

Calló el indio.....

La guayusa y la coca cantan su canción de misterio, de viajes etéreos, de cerros, colinas, crestas nevadas, región de planetas.—

—Intrépido viaje, Feliciano. Nos remontamos sobre las altas cumbres.—

—Sí. Mira. Ya se descubre el cortinaje. Pero eleva tu espíritu para la contemplación. Sube. Sube conmigo. Pero despacio, cuidadosamente, porque es tierra sagrada la que pisarán tus plantas. Borra de tu espíritu el odio para mi raza. Estamos cerca, muy cerca de los viejos altares. Con los pies desnudos subieron mis antepasados por esta misma cuesta para fundirse con la inmensidad y, purificados con los sacrificios rituales, poder admirar y adorar la soberbia corona que tú ni nadie ha logrado admirar; la sagrada y rutilante corona, forjada por la testa de mis reyes, corona que se acerca al sol. al dios de mi raza. Sigamos y verás por vez primera la corona de mis santos mártires.—

Los dos alucinados tienen el bajo mundo a sus pies.—

—Ahora baja tus miradas a nuestra comarca imbabureña.—

Don Tomás obedece y sufre convulsiones nerviosas a tanta altura.—

— Mira al Fuya—Fuya, el de la mucha niebla dominando el Mojanda y junto al sol naciente, el milenario Cayambe; luego el Cubilche, el Cochaloma, el Cunru, pequeños entre los grandes, arrodillados todos ante las moles del Imbabura, el de las grietas sangrientas que lava sus heridas en el “Chicapan”. Mira tú, ese círculo de azules lagos que fueron hechos por los abundantes caudales de las lágrimas que vertieron mis divinas vírgenes, quienes quisieron lavar la criminal desfloración inferida por tus antepasados conquistadores

No. No te detengas Cruza la ancha puerta del Norte. Deja a nn lado el valle de Caranqui donde anidó la pureza de los caras. Sigue el declive de la tierra de los muchos humos. Alcanza el “Urcu Ciqui” basta donde se da la mano cordialmente con el “Tumba—Virú”, y sobre estas tierras contempla la monumental tristeza del “Yana—Urcu”.—

Retorna. Vuelve sobre tus pasos y mira al soberbio Cotacachi, al jatuntaita de nuestros dioses tutelares, en cuyas cumbres imperan las nieves eternas que se retratan en el azul espejo de la “Tzui—Cocha”.—

—Mira. Mira; Feliciano, esa bandada de grandes pájaros que vuelan desde las negras rocas occidentales del Cotacachi.—

—Hombre ciego. Hombre ignorante como todos los de tu estirpe.....

Llamas pájaros a los gigantescos cóndores, que son habitantes de las cumbres. Ignoras que los cóndores son la reencarnación de las almas de los heroicos generales del Imperio Inca que sucumbieron en las batallas contra los blancos invasores. El Cutey-Cachi es una de las mansiones de estas almas.—

La voz de Feliciano tiembla con estertores de angustia. Se doblega su cuerpo crispado por los dolores extraños. Aprieta su quijada sobre el pecho agitado por los sollozos del alma y en los surcos profundos de sus tiasas mejillas se tuesta el cristal de sus lágrimas. Reaccionan los músculos encogidos del viejo. Sacude su pelo hirzuto y vuelvo a ser hombre. Con los brazos en alto, con las manos abiertas como en liturgia extraña, se enciende en las evocaciones y vuelve a hacer oír sus palabras como si viniera del fondo de los años.....

—Mira, blanco. Mira la rutilante corona de mi raza. Prósérnate ante ella, porque está fundida con luz de las cumbres: El gigantescos Chimborazo, el rabioso Tungurahua en íntima conjunción con el Sangay, el fulminante Cotopaxi, Los Antisana, el Cayambe.

el Imbabura, el Cotacachi, el Rucu Pichincha, el Cariguayrazo, todos formando el circular de corona de nuestros dominios

Pon mucha atención a lo que te voy a decir y a mostrar;

Por atrás del Cotacachi, por allá asomaron nuestros hombres.

Los trajo el mar por rutas ignoradas. Desde las ignotas regiones del más allá misterioso, se adentraron en el silencio de las selvas y esguazaron los ríos. Por Lita, por Piñán, por las cuchillas del Intag descendieron a los valles floridos. Se dispersaron por las zonas fragantes. Fueron los "Chimbayacus Fueron los bravos Caras.—

Pasó el tiempo Pasó el tiempo. Sembradas como el sabroso maíz ya se levantaron multiplicadas las huasis. Las familias han crecido Pero es una sola familia, con sus sanas costumbres, con su estirpe sin mancha.—

Los Shiris se suceden. Los pueblos se vinculan bajo el gobierno de los sabios Duchicelas. Quito es la reina de los Caras en consorcio íntimo con los nobles Puruháes. Pero la guerra viene. La esmeralda de esta Corona está en peligro.—

El brujo hace el milagro de la evocación. La guayusa con la coca le abren las puertas del tiempo ido: Rompe las tinieblas y hace contemplar a su compañero las señeras figuras que surgen del fondo de la Historia:

— Mira, blanco. Esta es la grandeza de mi raza. Abre bien tus ojos y sublima tu espíritu para que veas como en una cinta cinematográfica como sucedieron los hechos en el corredor de los siglos. Ante tus ojos voy a hacer desfilar los emperadores Incas, a la cabeza de sus invencibles ejércitos.—

Pero, ante todo voy a detener nuestro carro de nubes.

Feliciano abre sus brazos, eleva sus ojos al sol, en pose de invocación divina y dice:

— ¡Alaú u u u! ¡Alaúuu, Jatun Jaya Pachacamac!.....

Haz que pose este carro de nubes sobre la cumbre más elevada de los Andes, sobre una montaña de nieve, tan brillante como tú mismo. Luego, esa turbosidad de nubes desciende y se posa sobre una imaginaria cumbre de una montaña que sobrepasa en altura a tres Imbaburas super puestos: Inmensa atalaya para dominar desde el Cuzco hasta Yahuarcocha.

Don Tomás y Feliciano, a igual que Dante y su Maestro Virgilio, atalayados sobre la más elevada roca de los infiernos contemplan las regiones abismales, así nuestros viajeros, sobre aquella cima misteriosa ponen pies y contemplan.....

— Mira, blanco. Desde el azul Titicaca vienen los ejércitos del invasor Tupac-Yupanqui, el Adán de mi raza.—

Domeñando a los Tiquizambis, Zarzas y Paltas, llega a Tomebamba. Míralos. allí están. Luego regresa a morir en tierra Cuzqueña.

Aquel que avanza como rayo de guerra. ¿lo ves?. Es el indómito Hualcopo, quien sale a la pelea a defender el territorio de los Shiris. Pero no resiste a los embates de aquel bravo sucesor de Tupac-Yupanqui, el mozo Huina-Capac, soberano de los incas, que ya avanza desde las tierras del Sur. ¡Contempla esa rudas batallas! y más batallas; traiciones y más traiciones. Ya cae muerto el monarca Hualcopo, Míralo con su cuerpo destrozado en el campo de batalla. Hereda el trono Cara el temerario Cacha, su hijo de él.—

No le es propicio el Sur. Ya corre con sus ejércitos a sus fortalezas del Norte. Se parapeta en el Fuerte de Cochascuquí. Míralos allí, en los campos de Tabacundo. Admira como se forjan huestes de fornidos guerreros.—

Los feroces orejenes ruedan las pendientes con la muerte en los labios. La victoria se perfila para los Caras. Los incas ya retroceden.

— ¡Carajo. !.

— ¿Que pasa?.....

— ¡Otra vez la traición. ! Otavalo !. !Otavalo está sitiada!. El feroz Inca, con sus generales Rumiñahui, Calicuchima Quinga-lumba, Zota-Urcu, Zopozopangui y los demás han tomado Otavalo por asalto. Tiemblan nuevamente las fortalezas al embate. Solo queda Pesillo con sus bravos Chamba y Pintac.

Ya se repliega Cacha en su fortaleza de Atuntaqui. Se repiten los avances feroces. El Inca rodeando por Caranqui ya ataca al temerario Cacha y el general Mihi los coge por las espaldas.—

— Míralo, míralos, como Cacha se hace llevar en andas al puesto de más peligro en la batalla.—

— ¡Carajo. !.—

¿Que pasa por fin, Feliciano?.

— ¡Qué desgracia para los Shiris. !. Cacha está herido. Sucumbe y muere!!.- Huaina-Capac va hacia el Norte en persecución de los últimos runas Caras. ! Esa Cocha. !. ¡Ya es un lago de Sangre. Huina-Capac ya es Emperador del Tahuantinsuyo. Pero aun queda en pie la bellísima Princesa Paccha como heredera del Imperio Cara. El general Cuzqueño que no sucumbió en las mil y mil batallas, cae rendido ante la hermosura de la Princesa Paccha. Locamente enamorado, le hace su esposa. Se funden los dos imperios en uno solo.

Pero. ya se cumplen las profecías de Villac-Uma. Los blancos como tú, invadiendo por las costas del mar, avanzan a conquistar los imperios del Cuzco y el de Quito.

¡Atahualpa.....!... ¡Atahualpa.....!, nuestro padre cae prisionero. Pizarro le traiciona y le da vil y deshonrosa muerte.....!

¡Atahualpa.....! Mira hacia Caranqui, su cuna, su famoso y rico templo. Sus vírgenes dando alaridos como perros que perdieron a su amo, huyen despavoridas por las selvas.....!

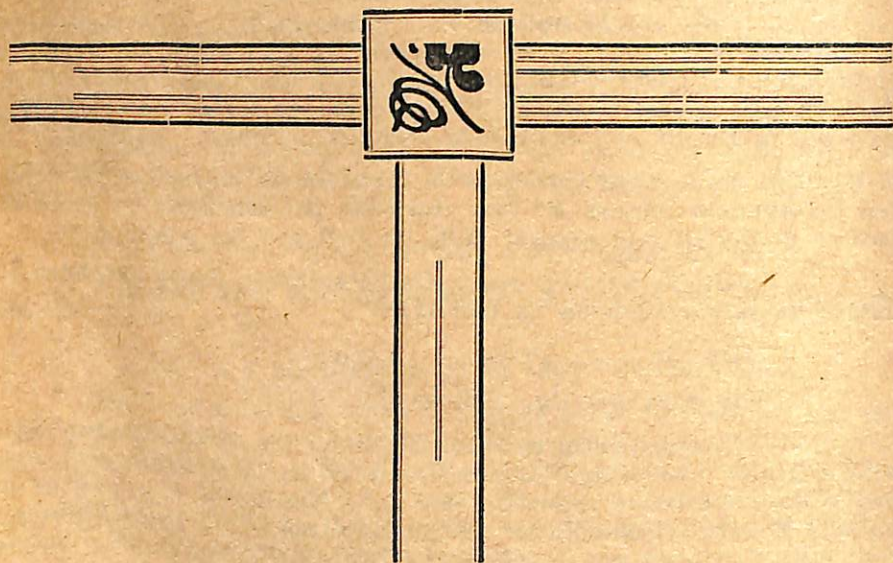
¡Oh, cómo me parte el alma esta horrible tragedia.....!

¡Esta es nuestra grandeza!

¡Esta es la corona de nuestro Martirio.....!

Enmudece Feliciano.....

Don Tomás muere loco, pocos meses después, impresionado por esta visión que le diera el Brujo.....



TRADICIONES IBARREÑAS

SEGUNDA PARTE

COMPRENDE
LOS RADIO-DRAMAS

Radiodifundidos por la Emisora Municipal
de Ibarra "LA VOZ DE IMBABURA"

Por el Profesor

L. Alfonso Martínez de la Vega y V.

IBARRA

— IMBABURA —

ECUADOR

1.977

LA HISTORIA DEL HOSPITAL CIVIL

SAN VICENTE DE PAUL

DE LA CIUDAD DE IBARRA.

Es muy sabido que, en el segundo reparto de lotes, que hizo el Lcdo. Juan Fernández de Recalde, presidente de la Real Audiencia de Quito, en su visita a Ibarra, en el año de 1911, permaneciendo aquí algunos días, se señaló un lote de terreno para la construcción de un hospital, donde fueran curadas las enfermedades de las fiebres tercianas (los "fríos", como llamaban en aquellos tiempos); pero no se sabe donde fueron y que suerte corrieron estos lotes.—

Los primeros personajes, en cuyos anhelos humanitarios se vislumbró la construcción de un hospital fueron: El Lcdo. Cristobal Tamayo primer cura y luego Vicario de la ciudad y don Antonio Carvajal.—

Antonio Carvajal, que después fué Corregidor de la Villa en una de las conversaciones al respecto acerca de este proyecto con el cura Tamayo, le ofreció donar el lote que le había tocado, en el reparto antedicho, para que en él se fabricara el hospital proyectado.—

Como Cabildante, que era Carvajal, en la sesión del Cabildo del 22 de Abril de 1609, volvió a hacer el mismo ofrecimiento, en público, de este lote con el mismo fin, aludiendo que lo hacía en la persona del cura Tamayo,—

El Cabildo Ibarreño agradece a Carvajal y pide que el Lcdo. Tamayo tome posesión del lote por Escritura Pública, para que, a su vez, haga el traspaso legal al Cabildo.—

Es así como el Municipio de entonces, entró en posesión del lote, que estaba situado en el lugar donde fue el Convento de San Felipe, al Sur de la ciudad.—

Por muchos años permaneció el lote sin ninguna construcción.—

Pasados los años vino a residir aquí el español don Francisco López Andreo. Se dedicó al oficio de labrar ceras para las funciones religiosas de las iglesias, por lo que le valió el apodo de "El Cerero".—

Este humanitario vecino tuvo la feliz iniciativa de llevar a cabo la construcción de un edificio que sirviera para un hospital, gastando de su peculio, adjudicando todos sus bienes para el mantenimiento del mismo, como consta en su testamento celebrado en el año de 1.680.—

Acudió en ayuda para la construcción de esta obra, el indio Felipe Anrrango, con una loma de tierras que tuvo en Cacho, de cuatro caballerías de extensión, con la única condición de que se le

recogiera en sus últimos días, en dicho hospital, se le curara de cualquier enfermedad que fuere acometido, y se le diera sepultura, caso de llegar a morir.—

El cerero, contando con esta contribución, construyó, el hospital, inclusive su capilla.—

Este hospital ocupaba los solares donde era la casa del Canónigo Santelí. La capilla ocupaba el mismo sitio por donde hoy pasa la reciente apertura de la continuación de la Carrera Salinas, donde existió una casa que fue destruída por el Concejo Municipal, con este fin.

En beneficio de este incipiente hospital se presentaron algunos benefactores y son:

El Pbro Diego de Almeida con una capellanía de misas y la adjudicación de un censo de 1.500 pesos patacones; Antonio Aguirre y Recalde y Juan Báez, con una capellanía de misas.—

El funcionamiento resultó negatorio. Los fondos fueron desapareciendo, haciéndose más difícil la existencia de esta casa de salud. Así fue como el Obispo Sancho de Andrade, destinó sus casi perdidos fondos, para la atención de por lo menos dos enfermos, lo que no llegó a tener efecto.—

La casa, por la acción del tiempo, empezó a destruirse, sin que alguien tomara a su cuenta la reconstrucción.—

En el año de 1863, el Padre Filipense Trejo, reconstruyó esta casa y capilla, pero para que sirviera de Convento de los Padres Filipenses que los vino trayendo de Colombia.—

Para probar el abandono en el que se hallaba este hospital, el Padre Juan de Velasco, en 1.787 escribe acerca de esta casa: "El hospital con una pequeña capilla es una mala casa, abandonada y sin ejercicio, por sus perdidos fondos".—

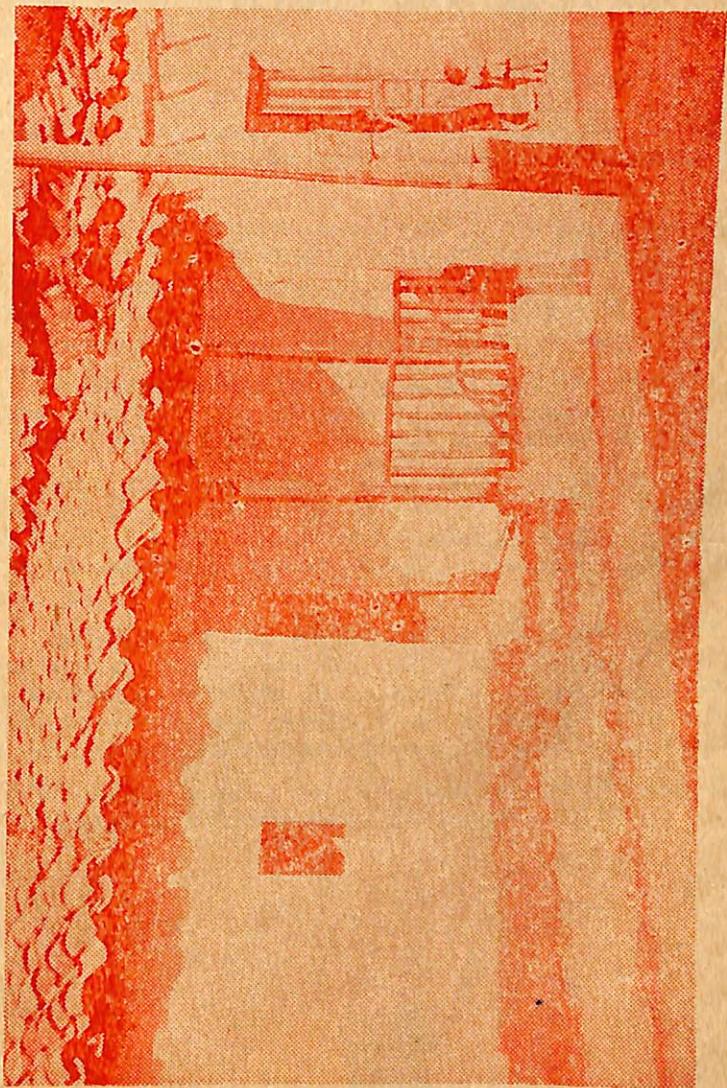
En el año de 1832, el Deán Dr. Joaquín Nicolás Arteta demuestra que este hospital ya no llena con su objetivo, en su alegato en contra de una capellanía perdida por el cura Hilario Carrillo.—

También el Oidor de la Real Audiencia de Quito, en un informe emitido en el año de 1.764 dice que la fundación de este hospital es imaginaria y que es del caso se lleve a efecto la fundación de un buen y eficiente hospital que cumpla con las necesidades de los ibarreños enfermos.

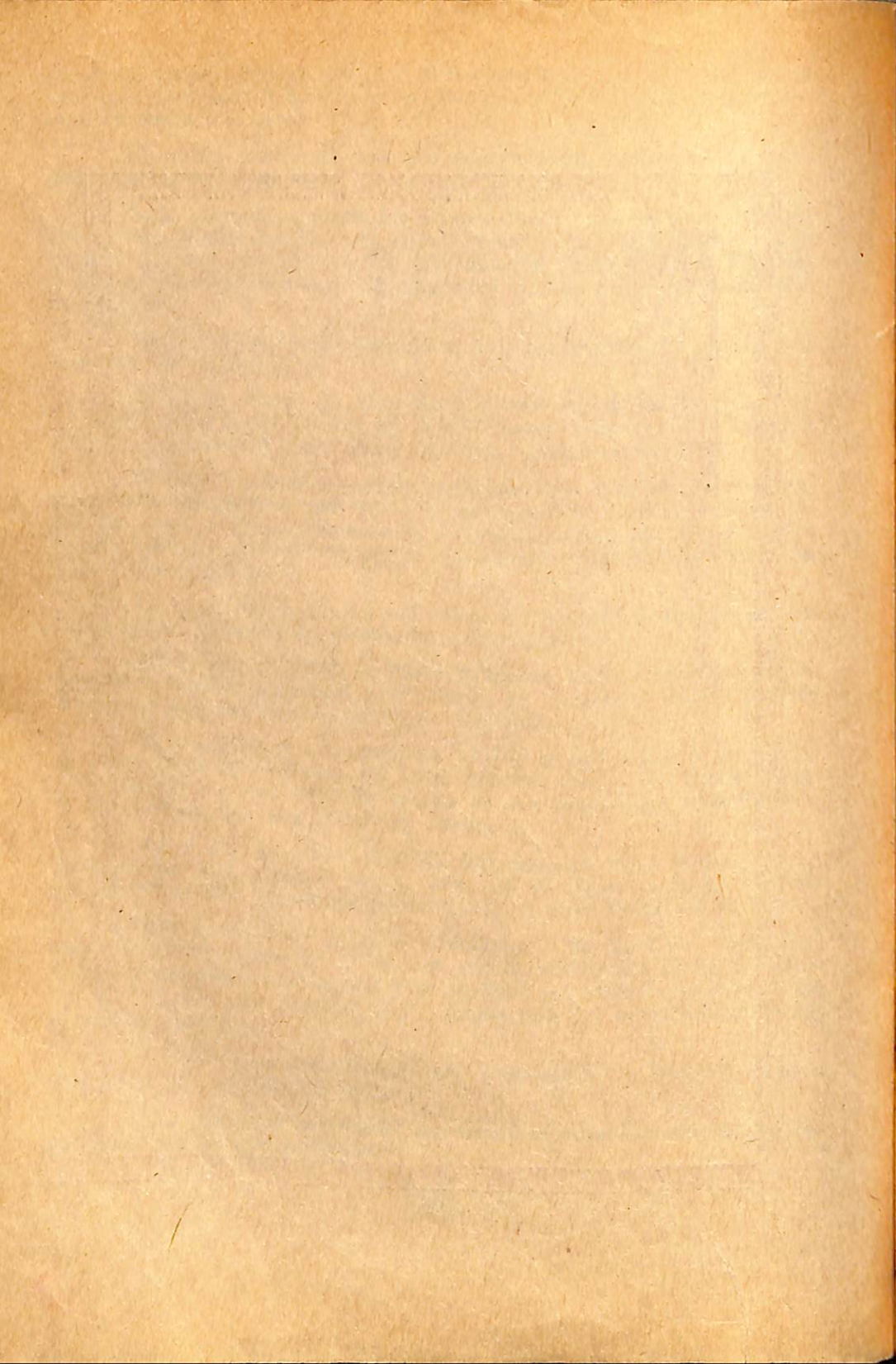
En esta casa abandonada del hospital en referencia, llegó a funcionar una escuela de niños.—

¿Seguramente la escuela que fundó el cura Hernández de Caranqui? ... Nos preguntamos.—





 Casita Colonial, aún en pie en el Barrio San Juan Calle



SE CONSTRUYE EL ACTUAL HOSPITAL

En este estado de cosas, el Cabildo Ibarreño emprende en serio la obra de un nuevo Hospital.—

En el mes de Junio de 1.872 expropia los terrenos, casa y ladera del comandante José María Rodríguez, los mismos que los obtuvo por compra en un remate al conventillo de San Francisco, por la suma de 1.410 pesos.—

El Gobierno Central encargó la ejecución de la obra y manejo de los fondos al Dr. José Benigno Cevallos, a la vez que ordenaba al Comisario Juan Villavicencio, facilite los brazos necesarios. El comisario estaba recién hecho cargo de sus funciones, el 6 de Agosto de 1.872.—

Para llevar a efecto real y positivo, el Presidente García Moreno trajo desde Francia al Rdo. Hermano Benito Aulín, de la Escuela de los Hermanos Cristianos, con el único fin de que levantara el PLANO del Hospital de San Vicente de Paúl. Pues que este Hermano tenía fama de Arquitecto y especializado en esta clase de planos.—

El Hermano Benito Aulín llegó al Ecuador en 1.870. En el mismo año visitó Ibarra para hacer los estudios de los terrenos y el levantamiento del Plano, tal cual lo tenemos hoy día.—

Como un dato de lujo para este nuevo Hospital, diremos que el Hermano Benito Aulín fue profesor del célebre pedagogo Gabriel María Bruño (G. M. Bruño) quien escribió muchas obras de matemáticas, Castellano y más asignaturas para uso de las escuelas de los HH. CC.—

Obtenido el Plano elaborado por este Sabio, los trabajos empezaron el 3 de Septiembre de 1.872, sujetándose estrictamente al Plano de Aulín, constante de las salas que convergen al centro donde debía levantarse una capilla, al estilo panóptico, para que oyeran la misa que allí se celebrara todos los domingos, los pobrecitos enfermos.—

El primer hombre que llevó a cabo esta obra fue el Dr. José Benigno Cevallos, abogado ibarreño, nacido en 1.830.



EL APARECIDO DE SAN JUAN CALLE

Radio - Drama

PERSONAJES:

NARRADOR
SOLEDAD MORENO
ROBERTO MANOSALVAS
MARIANO CADENA

NARRADOR. Son los años de 1870 a 1880. San Juan Calle.

Nuestro tan querido barrio, lleno de tradiciones, relicario de recuerdos de nuestros antepasados, situado al Sur—Este de la ciudad de Ibarra.—

Volvemos a decir, lugar de gratos recuerdos para toda la ciudadanía ibarreña, por donde han transitado, en busca del esperado solaz dominguero que lo tenían en los amplios patios de las casonas del Alpargate, sirviéndose la espumante chicha de jora, tras el picante de chorizo, las sabrosas tortillas, papas y que sé yo más, coloreadas con ese ají llamador de su amiguita, la jorita chumadora.—

Este es el escenario donde se desarrolló la historieta que vamos a escenificar.—

Como hemos dicho, por esta larga y estrecha calle de San Juan, se iba al barrio de nuestras memoranzas: El Alpargate.—

Al extremo sur de esta calle, se levantaba una cruz de piedra, sobre un pedestal muy bien trabajado.—

A este tiempo no existía la Calle Nueva, que hoy es la Avenida "Esmeraldas".—

En los años de nuestra referencia vivía en el citado barrio de El Alpargate una donosa chola ibarreña, llamada Soledad Moreno, que hacía perder el juicio y los estribos de don Roberto Manosalvas —

Don Roberto era el famoso enlazador de toros vivos y bravos para llevarlos al matadero o Camal, donde los faenaban para vender la carne al público. Por lo que don Roberto era un excelente jinete de sus briosos caballos.—

ESCENA II

ROBERTO.— Son las nueve de la noche. Bueno y entretenido fue al partido de baraja donde el puerquito Arévalo. Si. Ya es la hora de marcharme donde mi donosa Soledad. ¡Ah, esta linda mujer que me tiene loco. No podría permitir que alguien intentara quitármela. El corazón de mi amada Soledad es sólo mío. Sería capaz de matar a cualquier atrevido que lo deseara.—

Ya Ensillaré a mi brioso alazán.—

(efectos sonoros: suenan estribos y manejo de montura y frenos)

Ven, buen compañero Alazán. Tu eres el único testigo de mis amores con mi negra Soledad. Si. Vamos. Son las nueve y media de la noche. Todos los faroles del alumbrado público ya no están afuera. Nadie me verá a estas horas. Montaré (cascos del caballo que se da vueltas) ¡Quieto !....! Quieto, Alazán !. No te vayas a poner pícaro.— Montaré (ruidos de esta naturaleza). (Tropel del caballo que sale de la casa. Don Roberto entona una de esas canciones de su tiempo).

LOCUTOR O NARRADOR.— Don Roberto, jinete en su hermoso caballo, sigue por la estrecha calle, entonando su silbido. La oscuridad es tan grande que impide ver más allá de la cabeza del caballo, el que, como sabiendo a donde va, apresura el paso. Don Roberto, seguro de no ser visto por nadie, llega al amplio patio de la casa donde vive la dueña de su corazón, a la misma hora de costumbre, de todas las noches. Tan pronto pone pie a tierra grita:

ESCENA III

ROBERTO.— ¡Soledad.....!. ¡Amor de mi vida!. Abreme la puerta.

SOLEDAD.— (para si). Ya está aquí Roberto.....!Ya voy.

ROBERTO.— Abreme pronto, negra mía, que me muero del frío.

SOLEDAD.— Ya boy, Roberto. (sonidos de abrir puertas).
¿Vienes de apuro...?. Pobre Roberto. Yo te compadezco.

ROBERTO.— Ven a mis brazos, Soledad. Son tantas horas que no te veo. Una hora que pasa es un siglo para mí.

SOLEDAD.— Véanle al loquito. Entra, Entra Roberto mío. Te daré el abrazo que reclamas (sonidos de abrazos)

ROBERTO.— Tienes razón de llamarme loquito. En verdad tu amor me tiene loco. Tu imagen está presente ante mí a toda hora. Por tí sería de hacer cualquier locura, porque para mí no hay otra mujer más bella, más linda que mi Soledad.—

SOLEDAD.— No seas tan alabancioso. Ya te viera si otra mujer quisiera enamorarte y quitarme tu cariño, si fueras tan fiel como me dices.

ROBERTO.— Eso, jamás lo pienses. ¿Qué pruebas me pides?: ¿Cómo quieres que te demuestre que mi corazón no es de otra mujer, que no seas tú?.

SOLEDAD.— Hay Roberto. En estos tiempos ya no se halla fidelidad en los hombres. Yo si puedo decirte que mien-

tras viva mi corazón no podrá ser de otro hombre. Quisiera demostrarte cuanto te amo y como te sería fiel, loquito—

ROBERTO.— Así me gustas, Soledad. Por eso te amo tanto y espero que me seas fiel, siempre.—

SOLEDAD.— Bueno, bueno. Déjate de cosas, amor de mi vida. Vení tomá la tacita de chocolate que la tengo calentita en el fogón, esperándote que llegues.—

ROBERTO.— Gracias, mi buena Soledad. Me serviré el chocolate.

NARRADOR.— Don Roberto, tan enamorado de su hermosa mujer, toma asiento junto a la mesita donde le espera la vaporosa tacita de chocolate, sobre un limpio mantel, bordado con flores de madreselvas, por las manos de Soledad. A lentos sorbos va escanciando la taza mientras sostiene su diálogo de amor. De pronto se oye un ruido por las ceranías, como de un salto de tapia .

SOLEDAD.— ¡Ay.....! ¡Que será ese ruido?. El caballo se ha espantado. ¿No será algún ladrón?.

ROBERTO.— (levantándose del asiento). Veré que pasa. (pasos de salida). (gritos) ¡Quién va! ¡Quién es ...! (silencio). Nada pasa, Soledad. Tus nervios te hacen oír ruidos Nada temas, mi amor. Ya sabes que ando armado. Mi revolver tiene las balas. Antes bien, te dejaré esta arma para que sepas defenderte de cualquier pícaro. Ya sabes. Toma el revolver y guárdalo debajo de la almohada de tu cama.—

SOLEDAD.— ¡Jesús María....! Yo no podré manejar este revolver. Con todo, bueno será que lo guarde. Por lo menos sabré mostrar a cualquier pícaro que intentara venir.—

ROBERTO.— Nada temas. Mi Soledad. Nada pasará.— ¡Caramba!, Cómo pasa el tiempo Son las tres de la mañana. Me voy a la hacienda de Cacho a traer unos dos toros para el matadero— El tiempo es muy pícaro conmigo. Parece que vuela cuando estoy a tu lado Con todo no tengo más que montar pronto. Me coge el día.—

SOLEDAD.— Sí, Roberto, ya te haces tarde para la pesa. Andate, no mas, antes que se despierte mi madre que duerme en la otra casita del frente.—

ROBERTO.— Si, mi amor. Espérame a la misma hora de hoy. Hasta luego, Soledad. Acuéstate a dormir. (ruido del caballo que sale)

SOLEDAD.— Hasta luego, Roberto, que vuelvas pronto. (monólogo). Cuánto me ama, mi pobre Roberto.

Yo también le quiero con toda mi alma, tan bueno que es conmigo. Bueno... Ya mismo amanece. Me acostaré a dormir para levantarme pronto a ordeñar a mi vaquita, recién parida.—

NARRADOR.— Mientras Roberto sigue el camino a la hacienda de Cacho, Soledad se desviste para acostarse. Tras un momento de silencio se desarrolla la siguiente escena.

ESCENA IV

MARIANO.— (Toque a la puerta) (se repiten los golpecitos.)

SOLEDAD.— ¡Santo Dios.....! Tengo miedo. ¿si se habría regresado Roberto? ... No creo ... ¿Quién podrá ser a estas horas?. (nuevamente se oye los golpecitos).

MARIANO.— (queriendo imitar la voz de Roberto). Soledad, amor mío. Abreme la puerta Soy Roberto.

SOLEDAD.— (monólogo) Roberto ..no puede ser. (respondiendo) ¿Quién es?.

MARIANO.— Soy Roberto.

SOLEDAD.— (para si). ¿Qué le habría pasado a mi Roberto?. Ya voy.....(abre la puerta)

MARIANO.— Soledad de mi alma. Ya sabes cuanto te quiero. Por eso vengo a estas horas. Perdóname si molesto, bonita mía.

SOLEDAD.— (gritos de susto) ! Jesús María. Si será un ladrón. (corre por el revolver) ¿Quién es usted ?. Creí que era Roberto Por eso le abro la puerta..... ¡Lárguese Ud. por donde ha venido.—

MARIANO.— No seas malita, no me desprecies. Fingí ser Roberto, para que me abras la puerta. Roberto es mi buen amigo. No tomará a mal —

SOLEDAD.— ¡Qué buen amigo!. Usted es un sinvergüenza. ¡Lárguese Ya le conozco, don Mariano. No me moleste. Si no me hace caso y me respeta, ya sabe que me haré respetar.

MARIANO.— (intentando entrar). Por vida tuya, Soledad. No me hagas sufrir tanto. Ya sabes que yo te quiero más que Roberto. Te prometo que te haré más feliz que ese chalán de caballos. Te entrego todo mi corazón —

SOLEDAD.— No se entre Ud. atrevido. Ya le digo que mi único amor es Roberto. Jamás puedo traicionarle. El me quiere tanto como yo a él... ¡ Lárguese o le mataré!.

MARIANO.— Matarme Ud.....!ja..... ja (se ríe a carcajadas) No hace falta que me mates. Ya me tienes muerto de pena por tu amor. ¿ Cómo me vas a matar más?. No

seas malita. Dame tu amor. Ya mucho tiempo que te vengo rogando que aceptes este pobre corazón que se hace pedazos por tu amor.

SOLEDAD.— Le repito que se vaya. Si llega a saber Roberto que Ud. me molesta, no sé lo que pasará con Ud. Bien le conoce lo bravo que es Roberto. No se esponga, pobre hombre.

MARIANO.— No me iré de aquí sin que me dé por menos un abrazo. ¡Ven a mis brazos, Soledad!

SOLEDAD.— ¡Déjeme Ud. !. ¡Suélteme !... No me coja.

No me haga daño.....! Suélteme, o le mataré.

NARRADOR.— Mariano, hombre que anda por conseguir el amor de Soledad, le ha tomado en brazos. Intenta besarla. Pero la fornida y corpulenta muchacha, se deshace de los brazos de Mariano y saca a lucir el revolver (ruidos de pasos de Soledad)

SOLEDAD.— (amenazándole). ¡Lárguese, sinvergüenza, o le meto un tiro.....

MARIANO.— ¡No!. No No me matarás. Soledad. No

NARRADOR.— Mariano, convencido de la resolución de Soledad, sale en precipitada carrera, no sin antes decir:

MARIANO.— Me voy, ingrata, Pero ya sabes que no te dejaré, Aún cuando reviente Roberto, Tú serás mía (ruidos de pasos en carrera).

SOLEDAD.— (monólogo), Por fin se fue, Dios Santo, que susto me hizo pasar este atrevido, Tengo que contarle a Roberto que este hombre me molesta. Ya veremos la paliza que le ha de dar.

NARRADOR.— Ya libre de su impertinente Mariano, Soledad cierra la puerta, con trancas por adentro y se acuesta por ver si puede dormir, lo que es imposible por el buen susto que tuvo. En tanto Mariano, sin querer darse por vencido en su pasión de amor por Soledad, va pensando como hacer, de que medios valerse para hacer retirar a Roberto del amor por la linda cholita ibarrejaña.

MARIANO.— Imposible parece que yo consiga hacerme amar de Soledad, Ese Roberto la tiene dominada. Pero..... lucharé hasta conseguir su amor. Veremos hoy denoche que es lo que hago. Le pondré en fuga. ¡Ja! ..ja ! ..ja ! (rie a carcajadas)

ESCENA V

NARRADOR.— Ha llegado la noche. Roberto, pensando siempre en su amada Soledad, se dispone a ensillar su caballo para ir por el camino de siempre, es decir, por San Juan Calle, hacia el Alpargate.-

ROBERTO.— Son más de las nueve de la noche. Ya es hora de irme donde mi negra que me enloquece. Ensillaré mi caballo y me iré. Toda la ciudad duerme. Nadie me verá por mis andanzas.

NARRADOR.— Roberto monta en su conocido y brioso caballo y sigue San Juan Calle, arriba.. (trote del caballo), Parece caminar con la tranquilidad acostumbrada; ya que cosa alguna jamás impidió su camino, Mas..... de pronto..... cuando se va acercándose a la Cruz de piedra, ve algo a la distancia, por entre la tenue luz que de vez en cuando arroja un relámpago.

ROBERTO.— ¡Eh...?..¿ Qué sera eso que veo?. Parece un bulto parado al pie de la Cruz..... ¡Santo Dios.....!, Veremos que es aquello..... ¡Caramba, mi caballo también tiene paradas las orejas mirando hacia ese punto.... ¿Si será algún aparecido de la otra vida?. O alguna alma en penas salió de este cementerio a pararse en la Cruz. Empiezo a tener miedo ¡Animo!!!..... Avanzaré y veré.—

NARRADOR.— Roberto se acerca lo bastante a la Cruz de Piedra. Nuevamente un lampo de luz. Entonces ve, con indecible espanto una figura vestida enteramente de blanco y que por rostro mostraba una pavorosa calavera, que parecía mirarle con sus cuencas vacías y sonreírle con su destentada boca.—

En presencia de tan tremenda visión, don Roberto, más muerto que vivo, y con los pelos de punta, dió media vuelta y a carrera tendida, regresó a su casa.

ROBERTO.— ...¡Hui i í Mejor será regresar a mi casa. Saltaré la carrera (ruidos de carrera del caballo).

MARIANO.— (ríe a carcajadas) ¡Ja, ja, ja,....
Que bueno está este plan. Ya veo como corrió el valiente Roberto (más risas)
Ahora, tranquilamente iré donde Soledad
Este pesador de ganado ya no vuelve más.....

NARRADOR.— Mientras el porfiado de don Mariano, va a casa de Soledad, la que le despedirá en la misma forma que lo hizo ayer. Roberto, una vez llegadas las nueve de la noche del otro día, piensa y vuelve a pensar como hacer para no dejar de visitar a la dueña de su corazón. Se resuelve a montar a caballo otra vez. Como el amor a su Soledad era más poderoso que aparecidos y tentaciones nocturnas, ya le vemos seguir el camino acostumbrado.

Pensaba que ojalá ese fantasma no vuelva a aparecérselo otra vez y se haya ido con sus huesos a otra parte. Pero no fue así. Durante tres o cuatro noches subsiguientes vió Roberto al mismo bulto blanco en la Cruz de piedra y fugó en la misma forma, cada intentona.—

Entonces quiso salir de dudas: saber si era cosa de la otra

vida, o de que se trataba. En una de aquellas noches fué armado de coraje. Colocó en la copa de su montura un buen lazo de cabestro, de esos que enlazaba a los toros y..... fue al punto del misterioso fantasma. Con la resolución de un desesperado llegó hasta muy cerca del aparecido de San Juan Calle que, esta vez, a lo menos intentaba abrazarle con los brazos alargados hacia adelante. Roberto sin más esperar blandió su veta y la lanzó al bulto. Con gran sorpresa sintió que su lazo cayó en cuerpo cierto. Entonces, dando grupas atrás salió en carrera tendida, arrastrando consigo al porfiado fantasma que iba dando lastimeros alaridos.—

MARIANO.— ¡Roberto!. No me mates..... Por Dios, suéltame. Soy tu amigo, el Mariano.....Suéltame Suéltame, que me Ahorcas ..

NARRADOR.— Con gran sorpresa Roberto escuchaba estas voces del que ya conoció ser el Mariano. Y al ver que ya nada decía en el arrastre, dijo:

ROBERTO.— Se calló este bandido. Me desmontaré y veré quien mismo es.—

MARIANO.— (quejidos de dolor).

ROBERTO.— Muéstrame la cara, pícaro fantasma ..

¡Ah, carajo Has sido tú, Mariano ..

Buenos sustos me has hecho pasar estas noches.

Ahora, buena lección te queda, para que no te metas en calaveras.—

Ahora, quédate aquí, hasta el amanecer. Mañana te verán como has quedado del arrastre.—

Te dejo por muerto.—

Conmigo, ¡Adiós!. Voy a casa de mi Soledad y le contaré lo gracioso de este aparecido.—

(trote del caballo) (efectos musicales)



EL RETORNO

De los ibarreños sobrevivientes del terremoto, del año de 1868, desde los Llanos de la Esperanza, a su antiguo solar, el 22 de Abril de 1872.

RADIO - DRAMA

Original del mismo actor.

EN TRES CUADROS

PERSONAJES:

I CUADRO

- 1.— Narrador.
- 2.— García Moreno.
- 3.— Amador Espinosa.
- 4.— Comandante Salazar.
- 5.— Dr. Camilo Paz, Presidente del Cabildo.
- 6.— Dr. Rafael Peñaherrera.

II CUADRO

Los mismos, más, los siguientes:

- 7.— Dr. José Ponce
- 8.— Santiago Villalba. Secretario del Concejo.
- 9.— Sr. Nicolás Vacas.
- 10.— Dr. Mariano Acosta.
- 11.— Secretario Miguel Cervantes.
- 12.— Vicepresidente.
- 13.— Sr. Rivadeneira.
- 14.— Sr. Vinuesa.

III CUADRO

Los mismos, más los siguientes:

- 15.— Gobernador.
- 16.— Ing Arturo Rogerts.
- 17.— Señor Obispo.
- 18.— Jefe Político, don Vicente Peñaherrera.

ESCENA I

NARRADOR.— Son las siete de la noche del 24 de Agosto. Una noche como todas las que se sucedieron a la catástrofe del terremoto de 1868, oscura, fría, y aún con tintes de fantasmagóricos preludios.—

En esta noche y a esta hora llega a la parroquia de Caranqui, el Dr. Gabriel García Moreno, nombrado Jefe Civil y Militar de la provincia de Imbabura. La población ha caído en el profundo sueño reparador.—

Una cabalgadura llega a las puertas de la casa del señor Espinosa, la única casa que deja escapar un tenue rayo de luz mortecina, por entre los vidrios de una ventana. Seguramente espera.—

García Moreno se desmonta y dice: a quien está en la puerta a recibirle.—

GARCIA Mno.— Don Amador, acabo de llegar de la capital. Soy el Jefe Civil y Militar de la provincia de Imbabura. Vengo a prestar auxilios posibles a los sobrevivientes del terremoto.

Ud. me dará posada en su casa que me va a servir de cuartel de operaciones.—

ESPINOSA.— Muy honrado, Exmo Sr. que os dignéis ocupar esta humilde casa. Aquí dispondreis de mi persona y de todo cuanto os sea menester.

Pero... : son las siete de la noche. Vuestra Señoría debe estar cansado. Os ruego tomeis descanso en el lecho que os tengo preparado.

GARCIA Mno. Si es verdad he hecho una jornada larga, desde Quito, porque tan pronto, el día de ayer, 23 de Agosto, recibí el Nombramiento del Supremo Gobierno, de inmediato me puse en camino; y hoy he llegado a esta hora; ni un momento daré el descanso a mi cuerpo. Hasta ver cumplidos todos los actos de protección a estos pobres que bien necesitados se hallan de auxilio en su tremenda desgracia. Por esto ordeno a Ud. don Amador, llamar a cuantas autoridades pueda encontrarlos hoy.—

ESPINOSA.— Si. Exmo. Señor... Pero..... como es entrada la noche, no podré encontrar a nadie. Ruego.....

GARCIA Mno. El problema no es para dormirse. Si no obedece mis órdenes, será castigado con 50 látigos. No por hospedarle en su casa, permitiré que se me desobedezca. Enseguida pone en mi presencia al Presidente del Cabildo, al Coronel Manuel Salazar y otros más.—

ESPINOSA.— Si, Exmo, señor. Enseguida salgo.....
(sonidos de pasos y puertas que se abren)

NARRADOR.— El señor Espinosa, uno de los principales de Caranqui, y cabildante por añadidura, no tuvo otra cosa que obedecer las terminantes órdenes de García Moreno, so pena de ser fustigado a latigazos. Sale precipitadamente en busca de alguna autoridad que se haya hospedado en este lugar. Camina a tientas por entre la oscuridad de la noche García Moreno, inquieto como nadie, coloca un rollo de papeles en la mesa de aquella salita y, profundamente preocupado, pasea del uno al otro lado, luego examina el Plan de Acción que tiene en esos papeles.
(Efectos sonoros y fondo musical)

ESCENA II

NARRADOR.— (Sonidos de pasos de alguien que llega)
Buen trabajo me ha costado encontrar al Dr. Camilo Paz, presidente del Concejo Municipal, a los señores Peñaherrera, que no demoran en llegar a su presencia Exmo. Señor.—

GARCIA Mno. Bueno, que sea pronto. Tenemos mucho que hablar. Hoy mismo quedará planificada la acción de cada uno.

ESPINOSA.— Si, señor. Hasta tanto, bueno será que se sirva una tacita de café.—

GARCIA Mno. Que sea pronto.—

ESPINOSA.— En seguida (sale, sonidos de pasos, luego, el sonar de la taza en el plato y el café que cae en la taza).

NARRADOR.— Espinosa, muy diligente sirve pronto el café ofrecido al Jefe Civil y Militar de la Provincia. (efectos musicales)
No tardan en llegar los notificados quienes se han dado prisa en llegar, conociendo la rectitud del mandatario.—

ESCENA III

SALAZAR.— Buenas noches, Exmo. señor, Grata es la sorpresa tener a vuestra Excelencia en esta hora que requiere de su eficiente acción. Estoy a sus órdenes.

GARCIA Mno. Puede informarme que es lo que han hecho ustedes

para atender a los sobrevivientes.—

NARRADOR.—El Comandante Salazar no tiene tiempo de contestar, porque en este momento entra el Dr. Camilo Paz, acompañado de Rafael Peñaherrera, quienes se hallan hospedados en Caranqui.—

ESCENA IV

Efectos de pasos y voces desde afuera)

CAMILO PAZ. Exmo. señor. Os hemos esperado con verdadera ansia. Sabemos de su valor en estos casos.—

GARCIA Mno. Gracias don Camilo. Tome asiento.

PEÑAHERRERA.— Disculpad, Exmo. Señor, si hemos demorado. Estoy sumamente preocupado por vuestro cansancio—

GARCIA Mno. Esta no es la hora de condolencias.

Tiempo y acción nos impera

Os he mandado llamar para la planificación de una acción efectiva. Con este motivo he preguntado al Comandante Salazar, que es lo que ustedes han hecho hasta mi llegada.—

SALAZAR.— Hemos ocupado a los pocos sobrevivientes en desenterrar los muchísimos cadáveres. Darles sepultura. Combatir a los ladrones que nos han acosado en nuestra desgracia.

CAMILO PAZ. Hemos arreglado aunque con pajas de páramo, en este lugar, un incipiente hospital para atender a los enfermos y heridos. Pero no contamos con médicos. La desgracia es total.—

PEÑAHERRERA.— Exmo. Señor. La situación es alarmante para todos nosotros los sobrevivientes, los que nos hallamos repartidos por Lulunquí, en esta parroquia de Caranqui, en los Llanos de Monjas y otras partes más. Huidos y temerosos no intentan salir.

CAMILO PAZ. Me parece urgente, Exmo señor, proceder de inmediato al arreglo de los caminos, de las acequias cegadas por el terremoto, no tenemos agua. Aun quedan muertos insepultos. No hay víveres ni vestuarios. Conviene la acción inmediata.—

GARCIA Mno. Usted no me dará pensando lo que debo hacer. Para eso he venido. Pongan todos atención. Inmediatamente, comandante Salazar, con todo el piquete de soldados que ponga, hace una batida contra todo bandido y ladrón que encuentre. Sin compasión tire a matar. Requite a todo cuanto indio encuentre para los trabajos de caminos, de acequias y construcciones de cho-

zas. Mañana mismo me llega una cuadrilla de trabajadores de Cayambe y Cangahua, de Pimampiro y Ambuquí. Don Rafael Castro de Tabacundo me remitirá mañana todos los víveres que haya podido recoger para la atención general. Traigo suficientes médicos para los enfermos.—

Entonces Ud. señor Presidente del Cabildo, juntamente con el señor Gobernador, hacen una recogida de los ibarreños diseminados y los reúne en los llanos de Santa María de la Esperanza. Allí haremos la ciudad provisional. El señor Gobernador que se encargue de la pronta reparación de los caminos y las acequias, de la sepultura de los muertos.—

Mañana, a trabajar. Pronto parto a Atuntaqui, Otavalo y Cotacachi a poner en acción la obra de socorro. Por hoy esto es todo.

SALAZAR.— Sus órdenes serán cumplidas con la prontitud requerida.—

CAMILO PAZ. Mañana, por la noche, tendremos en este mismo lugar, la primera sesión del Cabildo.

PEÑAHERRERA.— Entrevistaré a los demás cabildantes para una acción conjunta.

GARCIA Mno. Si ya saben todo. Hasta mañana.

NARRADOR.— Entre la media noche de aquel 24 de Agosto, abandonan la sala los visitantes y se dirigen a descansar.

TODOS (al salir). Las buenas noches tenga vuestra señoría.

(Voces y pasos, efectos musicales)



CUADRO SEGUNDO

ESCENA I

SESION DEL CONCEJO MUNICIPAL EN CARANQUI

NARRADOR.—Pocos días después del trágico terremoto, en éxodo, dolores y cruel, hubo de trasladarse el Cabildo Ibarreño, por de pronto a la vecina parroquia de Caranqui. El 10 de Setiembre del propio año de 1868, celebró una sesión extraordinaria, con la asistencia del Dr. CAMILO PAZ, como Presidente, y como concejales principales, Dr. José Ponce y Amador Espinosa; como suplentes los señores, Miguel Andrade, Manuel Alejandro Pasquel, Miguel Espinosa. Oigámosles.

CAMILO PAZ. (dando con un martillo de palo un golpecito en la mesa). Declaro instalada la sesión. Señor Secretario, don Santiago Villalba, dígnese dar lectura al orden del día.

VILLALBA.— 1º Tratar del desentierro de los libros y documentos del archivo Municipal; 2º, Tratar de la construcción de chozones; 3º, Reorganización de los despachos; 4º, Nombramiento del Alcalde Segundo Municipal.—

JOSE PONCE. Señor Presidente, siendo esta nuestra primera sesión, después del terremoto, debemos poner toda atención a la rápida ejecución de los asuntos que aquí se trate, en primer lugar debemos darnos prisa al desentierro de los libros de la biblioteca y documentos que se han sepultado.—

ESPINOSA.— Estoy muy de acuerdo con que lo primero que se haga será el desentierro de libros, legajos, y más documentos del Archivo Municipal. Pues que un Archivo es la Historia de la vida institucional de la Villa de Ibarra

JOSE PONCE. En referencia al segundo punto del orden del día, digo señor Presidente, que antes de proceder a la reorganización de los Despachos, debemos proceder con la prontitud del caso, a la construcción de los chozones en los llanos de Santa María de la Esperanza, para proporcionar techo y abrigo a los sobrevivientes que ya están reunidos allí, luego vendrán los chozones para los hospitales. Tenemos conocido que ya nos vendrá encima el riguroso invierno, y es necesario prestar protección contra las lluvias.—

CAMILO PAZ. Empezaremos estos trabajos de inmediato, contando con el apoyo decidido del señor Jefe Civil y Militar, quien tiene los peones necesarios.

VILLALBA.— Aprobadas todas las mociones, señor Presidente. Que se trate del tercer punto.—

ESPINOSA.— Yo también mociono que antes de proceder a la reorganización de los despachos debemos dar preferencia a los chozones. Allí tendremos inclusive nuestras oficinas

PASQUEL.— Estoy de acuerdo con el Dr. José Ponce. Mañana mismo que se nombren los cabecillas de los indios para que vayan a los cerros a traer la paja y la madera necesaria.

CAMILO PAZ. En mi calidad de Presidente de este Ilustre Cabildo pido que para el nombramiento de Alcalde Segundo Municipal, se tome en cuenta el nombre del Señor Flavio Tinajero, por sus buenos dotes para este cargo.—

VILLALBA.— Aprobada su sugerencia señor Presidente

CAMILO PAZ. Para concluir con esta sesión, sugiero que por intermedio del Dr. García Moreno, dirija el Concejo una nota suplicatoria al señor Presidente de la República pidiéndole auxilio económico, para hacer frente a las múltiples necesidades que tendremos que afrontar, como también solicitaremos en la misma nota que, el uno por mil de la renta, sea dedicado a los fondos municipales, pues que los fondos del Concejo han quedado sepultados. Por último en esta misma nota dejaremos constancia de nuestro agradecimiento al Supremo Gobierno por los favores recibidos hasta hoy, especialmente por habernos mandado al Dr. García Moreno, como Jefe Civil y Militar.

VILLALBA.— Aprobadas todas las mociones, señor Presidente:

CAMILO PAZ. (Dando el mismo golpecito del martillo). Declaro levantada la sesión.

NARRADOR.— Así es como terminó la primera sesión del Ilustre Cabildo Ibarreño, del 10 de Setiembre de 1.868, en la vecina parroquia de Caranqui. Todos abandonan y salen (efectos sonoros. Pasos, voces al salir. Fondo Musical).—

ESCENA II

NARRADOR.— El 14 de Noviembre de 1868, el Cabildo Ibarreño reunido en los lianos de Santa María de la Esperanza. Tuvo otra Sesión para conocer los puntos de la Nota por el señor Jefe Civil y Militar.—

CAMILO PAZ. Honorables miembros de este Cabildo, os he mandado citar para esta sesión extraordinaria para conocer muy de cerca lo puntualizado por el Exmo. Señor Jefe Civil y Militar, de esta plaza, quien no demora en penetrar en esta sala.—

VACAS.— En estos momentos se acerca el Dr. Gabriel García Moreno, saldré a recibirlo.

NARRADOR.— El señor Nicolás Vacas se encamina a recibirlo y penetra juntos a la sala.—
(efectos de sonido, pasos)

PRESIDENTE. Bienvenido, su Excelencia a nuestro seno. Dígnese tomar asiento y tendremos a mucho honor escuchar sus ponencias. Para esto estamos reunidos en sesión —

GARCIA Mno. Felicito la prontitud que está imprimiendo al Cabildo para resolver los asuntos de mayor importancia, en relación con la edificación de la nueva ciudad de Ibarra. Si el Ilustre Cabildo me dispensa el honor de escucharme, haré mi exposición.

CAMILO PAZ. Tiene la palabra, Exmo. señor.—

PEÑAHERRERA. Tenemos conocido el valor de sus luces en lo referente a nuestro proyecto de regresar a nuestro antiguo solar.—

VACAS.— De antemano, exmo señor, manifestaremos a su muy digna autoridad que estamos todos resueltos a regresar a nuestro suelo querido, por razones que son obvias de decir.—

M. ACOSTA.— Prudente sería escuchar la valiosa exposición del señor Jefe Civil y Militar si bien es cierto que nosotros estamos con el propósito de hacer el retorno al lugar donde fue nuestra ciudad. Pero existen opiniones diversas a este respecto. Esto ya escucharemos en el curso de estas sesiones. Para finiquitar este problema, vendría en apoyo la exposición del Dr. Gabriel García Moreno.

GARCIA Mno. Gracias por la atención. Primeramente antes de entregar mi nota en Secretaría, haré mis sugerencias en los siguientes términos: Comprendo la muy justa aspiración de los señores cabildantes de regresar a reconstruir la primitiva ciudad, en su propio terreno.—

Creo que ya es llegado el momento de emplear todos los esfuerzos para la reconstrucción de Ibarra; por haber desaparecido toda la putrefacción de los cadáveres que fueron extraídos de entre los escombros, pues que yo mismo he hecho dar sepultura a todos cuantos muertos se los han encontrado en las ruinas; y por lo mismo, lo que se debe hacer de inmediato es la limpieza de las calles y dejarlas expeditas.—

Para estos trabajos y para la debida adecuación de calles, tajamares, puentes y caminos, está contratado el acreditado Ingeniero, Arturo Rogerts. Para la ejecución de estas obras, como hay escasez

de brazos, voy a traer una cuadrilla compuesta por cien colombianos que los he contratado por intermedio del señor José Manuel Villota; igualmente juzgo que, una vez reconstruidas y limpias las calles, es de mi concepto que para la reconstrucción de la ciudad, se debe hacer de acuerdo al Plan que someto a consideración de vuestro ilustrado criterio; y, de merecer la aprobación, se lo pondrá en inmediata ejecución .. Este es el Plan que deposito en Secretaría.—

CAMILO PAZ. Señor Secretario, dígnese dar lectura de lo contenido en el Plan del Dr. García Moreno.—

SECRETARIO, MIGUEL CERVANTES; (hará de tal el mismo Santiago Villalba).

Si, señor Presidente. La nota del Señor Jefe Civil de esta plaza está constante en los siguientes términos:

1.— Antes de proceder a la reconstrucción de la ciudad deben ser demolidos los tajamares del río Ajaví, para evitar que la humedad de este cauce penetre al interior de la ciudad.

2.— Se debe prohibir la conducción de aguas de regadío por las acequias de las calles, porque esta es la causa para la inmundicia y la excesiva humedad del suelo.—

3.— Las aguas, potable y de regadío, deben ser conducidas por cauces metálicos o cañerías de cal y canto.—

4.— Que las calles tendrán de anchura 13 metros, de los cuales, 8 tendrán la forma de carretera, y el resto servirá para las veredas. También, y esto es de suma importancia para la higiene de la futura ciudad, plantarán árboles, en el largor de las calles, a la distancia de 10 metros, de uno a otro.

5.— Como se van hacer más anchas las calles, se pagará la respectiva indemnización, de lo que ocupen las veredas que serán de dos metros y medio. Para este ensanche se tendrá en cuenta que las calles longitudinales, se las ensancharán solamente al lado oriental; y las transversales, solamente al lado Norte.—

6.— Para los gastos de estos trabajos, la Ilustre Municipalidad, deberá tomar de los fondos que están llegando como auxilio para los sobrevivientes.—

Esto es todo, señor Presidente.—

CAMILO PAZ. Pregunto a los señores cabildantes si se aprueban las ponencias del Dr. García Moreno.

TODOS.— Se aprueban, señor Presidente (voces de aprobación)

CAMILO PAZ. Entonces, en lo más pronto expediré la respectiva ordenanza. Por hoy, se levanta la sesión.— (Voces y efectos de sonido de pasos. Música)

ESCENA III

NARRADOR.— El Cabildo Ibarreño vuelve a reunirse en sesión del 29 de Noviembre de 1868, en su salón de Actos, o mejor dicho en el chozón, en los llanos de Santa María de la Esperanza, con el fin de deliberar acerca del sitio que deberá elegirse para la nueva construcción de la ciudad. A esta sesión concurren todos los ciudadanos y padres de familia. Están sentados en las butacas los concejales. Se instala la sesión.—

(efectos de sonido y voces del pueblo).

CAMILO PAZ. (golpes del martillo de madera sobre la mesa).

Un momento de silencio, señores. El Ilustre Municipio Ibarreño ha hecho esta invitación para la presente sesión, en magna asamblea, para que, en este día que es el llamado a resolver definitivamente, y para que manifiesten su voluntad, con razones fundamentales, su deseo de elegir el sitio para la edificación de nuestra ciudad o su parecer en contra. Esto es, si volvemos a nuestro antiguo solar, o si se hará la ciudad en estos mismos llanos.

(Voces de murmullos del pueblo).

VOZ 1a.— Señor Presidente, hemos concurrido todos para oír del señor Presidente del Cabildo, el sitio donde se va a construir nuestra ciudad. Estoy seguro que todos queremos quedarnos en estos llanos de la Esperanza, por ser lugar de mejor clima, de mayor seguridad para los movimientos de tierra, por ser un terreno firme, ya también porque ya tenemos aquí nuestras casitas aún cuando sean pájizas.

Todos queremos que sea aquí mismo nuestra ciudad.
(voces de aprobación, murmullos)

VOZ 2a.— No, señor, No queremos quedarnos en estos llanos. Iremos a nuestro antiguo solar (voces de aprobación).

VOCES.— Aquí nos quedaremos (aplausos)

VOCES.— No señor. Bajaremos a nuestro terruño (aplausos).

VOCES.— No señor. Aquí es mejor clima.

VOCES.— Bajaremos a nuestro solar antiguo.

VOZ 1a.— El Ilustre municipio deberá resolver para que se haga nuestra ciudad de Ibarra aquí mismo, en estos llanos. No queremos volver a ese sitio peligroso donde han muerto nuestros seres queridos.

VOZ 2a.— No nos quedaremos en estos llanos a formar nuestra ciudad. Aquí hace falta todo. Agua el elemento primordial para la vida, no la tenemos ¡Bajaremos!.....
(muchas voces en pro y en contra)

CAMILO PAZ. Hoy no podemos llegar a ningún acuerdo, porque

hay muchos pareceres en pro y en contra. (voces, aquí, aquí nuestra ciudad. (Abajo, regresaremos a nuestro solar).

C. PAZ— (Golpes en la mesa) ¡Silencio, señores, silencio en la sala! Como no se puede resolver nada, se levanta la sesión —

NARRADOR.- Como esta asamblea resultó muy bullada y sin poder resolver nada en concreto acerca del lugar de la nueva ciudad, levanta la sesión el Presidente del Cabildo, dejando para otro día este asunto. (Efectos de sonidos de salida de las gentes y los murmullos, efecto musical)

ESCENA IV

NARRADOR.- El Cabildo Ibarreño se instala nuevamente en sesión definitiva, el memorable día del 17 de Mayo de 1869. En esta sesión toman la palabra tanto los que están por la tesis del retorno, como los que prefieren quedarse en los llanos. Los ánimos se caldean hasta la saciedad. Oigamos sus discusiones —

PRESIDENTE Se instala la sesión. Pido a los señores cabildantes tratar con seriedad y acierto acerca del punto mismo donde será la ciudad. Hasta hoy nada se saca en limpio. Pido que en este día y sin más discusiones se resuelva.—

VICEPRESIDENTE: Señor Presidente, en la sesión del 2 de Diciembre del año pasado, se acordó nombrar una comisión, la misma que debía llevar un Oficio para el señor Presidente del Gobierno Central pidiendo que nos ayude a resolver este importante asunto, que el Gobierno sea quien diga la última palabra. En esa misma Nota se pidió que se apruebe la construcción de la ciudad de Ibarra en la parte de terreno que comprende desde San Francisco hacia el Sur o sea, en estos mismos llanos de la Esperanza. Creo que se debe esperar la contestación del Gobierno.—

PRESIDENTE- Debo hacer memoria a los señores cabildantes que, en la sesión del 14 de Mayo de 1869, se dirigió en verdad esta nota a la Convención Nacional, pidiéndole que resuelva este asunto.—

PEÑAHERRERA. También hago recuerdo que en esa misma nota, dirigida al Supremo Gobierno, se pidió el apoyo total con los suficientes dineros para la reconstrucción de la ciudad. Yo estoy seguro que esa resolución será a favor de nosotros los que queremos quedarnos en este lugar.—

RIVADENEIRA. Estoy de acuerdo con el señor Peñaherrera. Enton-

ces que se pida la contestación al Supremo Gobierno. Pues que ya debemos empezar los trabajos en estos mismos llanos de la Esperanza.—

PEÑAHERRERA. Señor Presidente. Es una cosa utópica, querer regresar al antiguo solar, donde el clima es muy desfavorable para la vida de los ciudadanos. Lo contrario, aquí tenemos una buena planta para una ciudad. Pido que se apruebe en este sentido.—

VICEPRESIDENTE. Pido a los señores de la Cámara que tomen en cuenta lo que se resolvió y aprobó en la Catedral, de este lugar, cuando todos los ciudadanos resolvieron que se reinstale la nueva ciudad, aquí mismo. Así fue la exposición del señor Vicario.

N. VACAS.— No es posible señores, para los hijos de Ibarra, como yo, que amamos tanto a nuestro solar, dejarlo abandonado. Un terreno ameno, fértil, lleno de bosques, en medio de dos ríos que ha sido la delicia para todos cuantos la han conocido. En nuestro solar tenemos la ventaja de utilizar los materiales de los edificios destruidos, cosa que no tenemos aquí. Allí tenemos todo a la mano, un lugar de abundante agua, lo que aquí no hay, ni siquiera para lo más necesario. Mi opinión es que haya la reconstrucción en ese mismo lugar de delicias; y no, en estos llanos donde todo hace falta.—

PEÑAHERRERA. Como ibarreños que somos, todos amamos a nuestro suelo. Pero, no estoy de acuerdo con el señor Vacas. Mi opinión es que se haga aquí mismo. Para esto los señores Juan Villavicencio y Rafael Villamar, ya han presentado al señor Gobernador la solicitud pidiendo que se dote de la suficiente cantidad de agua a este lugar.—

SR. VINUEZA Estamos como niños: acá o allá. No creo que seamos tan ingratos con el suelo donde nacimos, es decir nuestro antiguo solar. Pido que regresemos a nuestro solar. Miremos que no tenemos el agua suficiente. Es locura creer que todo se hará en un momento. En Ibarra tenemos buen temple, buenas acequias de agua. Díganme ustedes si ya está pagado el costo de estos terrenos, es decir la suma de más de un mil de pesos. Nada está hecho aún, lo más importante es que en nuestro solar no tenemos que comprar terreno alguno, pues que tenemos demasiado no sólo para una ciudad, más también para dos. Podemos decir que allí todo tenemos a la mano para los fines que estamos proponiendo. No seamos niños. Comprendamos la importancia presente y futura de nuestro retorno. Aquí todo está por hacerse.

SR. VACAS.— Esta es la razón fundamental. Estoy de acuerdo en todas las partes con lo expuesto por el señor Vinueza, que se haga la ciudad en su propio terreno. Cuanto me dolería el alma tener que abandonar para siempre, nuestro solar querido, el relicario de nuestros más queridos recuerdos. Ya no más dudas, señor

Presidente.- Pido que ponga orden a estas discusiones. Proceda de inmediato a tomar votaciones.—

VICEPRESIDENTE. Yo sostengo lo contrario.

VINUEZA.— Será la ciudad de Ibarra en el mismo lugar que fue.

PEÑAHERRERA. Yo también sostengo que sea en estos llanos de la Esperanza.—

PRESIDENTE Al fin, señores. Dejemos al Dr. Mariano Acosta que sea quien dé la última palabra, y a eso nos atenderemos. Dr. Acosta, tiene Ud. la palabra.—

DR. ACOSTA Soy como el que más, amante de mi suelo nativo, tan apacible, lleno de encantos, su horizonte tan despejado. Yo lo miro con profunda unción de mi alma. Por lo mismo, serenándose nuestros ánimos, convengamos todos en que sea nuestro Retorno, una demostración de patriotismo, de sincera confraternidad Si después de la gran tragedia que hemos sufrido por el terremoto, y siendo nosotros los únicos sobrevivientes, por la Misericordia Divina, no vamos a estar en discusiones diferentes. Mirémosnos como hermanos, y todos digamos una soía palabra. Retornemos para que las generaciones nos bendigan, pues que el porvenir de Ibarra es llamado a ser grande. Trabajemos unidos por ello. Retornemos en paz y agradecidos de Dios.—

PRESIDENTE Son valiosas las ponencias del Dr. Acosta. Pero quizás el mismo Dr. estaría de acuerdo que este asunto se lo resuelva en otra sesión, ya que se callan los partidarios de que se haga la ciudad en estos mismos llanos. Hoy declaro cerrada la sesión.
(voces de murmuraciones).—

CUADRO TERCERO

NARRADOR.- Después de algunas deliberaciones, en sesiones anteriores, el Cabildo resuelve invitar al señor Gobernador para tomar la resolución definitiva. Toda discusión no ha traído sino la incertidumbre.—

DR. ACOSTA Bien pedía que dejemos el asunto de nuestro retorno para otra oportunidad. Esta, ya la tenemos. pido que se dé lectura al Decreto del Dr. García Moreno, expedido el 13 de Julio de 1.869

PRESIDENTE. Señor secretario, dé lectura al Decreto del Dr. García Moreno, en su calidad de Jefe Civil y Militar de esta Provincia.

SECRETARIO (dando la lectura). Esta Jefatura Civil y Militar, considerando:

Que en el sitio de la antigua ciudad hay gran amon-

tonamiento de materiales y que es el caso utilizarlos; que por graves razones de moralidad y de costumbres,

DECRETA :

- 1.— Que la reedificación de la ciudad de Ibarra será en su antiguo solar.
- 2.— Que para la reconstrucción de calles plazas, como de los edificios públicos, nombro como Ingeniero al señor Arturo Rogerst, quien hará de inmediato los estudios respectivos —
Dado en la Sala de su Despacho, a trece días del mes de Julio, de 1869 (firma) García Moreno, Jefe Civil y Militar de Imbabura.—

VOCES.— ¡Viva!..... Viva nuestra ciudad ¡ al fin retornamos...

SR. VACAS.— No hay más que discutir. Hasta el Supremo Gobierno ordena el Retorno por el presente Decreto que acabamos de oír. Ahora pido que la Presidencia formule la Ordenanza para la nueva reinstalación.

PRESIDENTE La Ordenanza ya esta hecha, considerando todas las circunstancias de la reconstrucción.
En esta Ordenanza está constante que las calles tendrán las 13 varas de ancho y lo demás, nos dirá el señor Ingeniero Rogerst.—

GOBERNADOR. (Entrando). Perdone, señor Presidente, mi demora en venir a esta importante sesión.—

Hoy vengo a manifestaros que, de acuerdo a la resolución del mes de Marzo de 1870 y de acuerdo al pedido de la mayor parte de la ciudadanía, ya tenemos listos los pliegos de decretos para nuestra reinstalación.—

DR. ACOSTA. Debemos dejar constancia de admiración por las gestiones realizadas por don Juan Manuel España, Gobernador de Imbabura. Pido que conste de actas un **VOTO DE APLAUSO Y GRATITUD**, ya que el señor Gobernador nos trae el texto del Decreto. Ahora pido al señor Ingeniero, aquí presente, nos haga su exposición.—

INGENIERO. Muchas gracias por concederme la palabra.—

Como me ordenó el Dr. García Moreno hacer los estudios para la nueva ciudad, todo se ha hecho en el tiempo de dos años, ya que hoy estamos en el mes de Abril de 1872 He hecho cuanto me ha sido posible. Espero que sea de la satisfacción de todos, mis trabajos que hoy presento. Con el mismo Dr. García Moreno hemos hecho los trazos de las calles, las mismas que tendrán un ancho de

13 varas; las veredas tendrán dos varas y media de ancho. Todos los tajamares están adecuados. Los cauces de las aguas están bien hechos, de cal y canto. En el centro de la Plaza principal, va una hermosa pila grande por la que sorteará el agua. Las calles longitudinales se las ha ampliado hacia el lado Oriental; y, las calles transversales, hacia el lado Norte. Vamos empezando por la reconstrucción de las casas de Gobierno, también de la Iglesia Catedral, para después continuar con las otras obras.—

GOBERNADOR (Don Juan Manuel España). Pido a mi señor Secretario, don Luis Felipe Lara, que dé lectura al Decreto que hemos traído para consideración de esta Sala.—

LUIS LARA.— Muy bien, señor Gobernador.—

(dando lectura)

JUAN MANUEL ESPAÑA,
GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE IMBABURA.

CONSIDERANDO :

Que para atender con eficacia e inmediata reparación de los edificios de la ciudad de Ibarra, capital de esta provincia, y dar así cumplimiento a la resolución popular acordada en la sesión pública del 18 de Marzo de 1870 y estar de acuerdo con la voluntad y disposición de la Legislatura última y la del Supremo Gobierno, es indispensable trasladar cuanto antes los Despachos de la antigua ciudad,

DECRETA :

Art. 1.— Desde el 22 del presente mes de Abril, se establecerán en la ciudad de Ibarra, todas las oficinas de Despacho Público y Municipal así como los Juzgados y la Guarnición Militar.

Y desde aquella fecha, se dirigirán a esta ciudad todas las comunicaciones oficiales y asuntos del servicio público.

Art. 2.— Para la conservación del orden y administración, quedarán en la población de la Esperanza, durante el tiempo de permanencia, el Teniente Político y Jueces parroquiales, según la Ley del Régimen Interior.—

Publíquese por bando el presente Decreto y circúlese para la común inteligencia.—

Dado en la sala del Despacho de la Gobernación de Imbabura, en la Esperanza, a los diez días del mes de Abril de 1872.—
(firma) Juan Manuel España.

Luis Felipe Lara, (Secretario que certifica).

VOCES.— ¡Viva Ibarra! .. ¡Viva el Retorno! .. Volvemos a nuestros lares. ¡Que felicidad!
(efectos musicales. Muchas voces de contento)
(Vivas al Gobernador, al señor Ingeniero, al Jefe Civil y Militar)

NARRADOR.— El contento de los ciudadanos ha llegado al máximo grado al escuchar la lectura del Decreto del señor Gobernador. Siguen tomando la palabra los Cabildantes:

Dr. PEÑAHERRERA. Debemos cantar un himno de gloria a la Divina Providencia, por el favor que nos hace de retornar a nuestro solar querido. Quiero que este Cabildo deje constancia de gratitud para el señor Gobernador y para el señor Ingeniero que se ha apresurado en los estudios para el levantamiento de nuestra nueva ciudad.

SEÑOR VACAS. En mi calidad de Maestro, me glorío con todos los ciudadanos de ver cumplidos nuestros anhelados sueños de retorno.—

Sr. VINUEZA. Conste mi voto que se suma a la felicidad de todos. Gracias a nuestras excepciones volvemos a nuestro suelo. Mil gracias al Gobierno Central, al señor Gobernador, al Dr. Gabriel García Moreno.

GOBERNADOR. Nada he hecho, sino cumplir con un Deber de Ibarreño. Volveremos a nuestra querida tierra como vuelven las palomas a su palomar.—

INGENIERO. Puedo decir lo mismo. Todos los trabajos los he ejecutado con el mejor agrado. Quiero que mi nombre se inmortalise en la Historia de Ibarra, a la que quiero servirla con toda la técnica de la que soy capaz. Así continuaremos en adelante.

(Voces de Vivas y efectos musicales).

NARRADOR.— Es indispensable el gozo de los concurrentes. Las manifestaciones de gratitud se expresan en vivas y aplausos frenéticos. Hay mujeres que derraman abundantes lágrimas de alegría.—

GOBERNADOR. Señores cabildantes, también traigo la circular para los señores jefes políticos de los cantones, transcribiéndoles este Decreto. El señor Secretario Lara, se servirá dar lectura.—

SR. LARA.— En esta fecha la Gobernación ha dictado el Decreto que, en copia legalizada, determinando la fecha, en la que deben trasladarse las oficinas de Despacho Político, cual es 22 del presente mes de Abril, de 1872, civiles, judiciales y militares, a la ciudad de

Ibarra, capital de esta provincia.

Ud. se servirá dar circulación en las parroquias de su jurisdicción, para cabal conocimiento de todos.

Ibarra, a 10 de Abril de 1872

(firma) Juan Manuel España, Gobernador.

(Voces de vivas y aplausos).—

PRESIDENTE. Señores, por tan feliz acontecimiento, debemos llenar de gozo nuestro corazón; ya que tenemos la suerte de volver a nuestro antiguo solar.—

Solamente pidó que, en estos doce días que faltan para nuestro retorno, todos se vayan preparando para hacer una sola peregrinación hacia nuestra ciudad.

Hoy declaro levantada la sesión.

NARRADOR. Todos los rostros manifiestan alegría. Los comentarios se oyen a medida que van abandonando la sala, los cabildantes y público en general.—

De inmediato damos paso al Cuadro final.

CUADRO DEL RETORNO EN SU ESENCIA

NARRADOR.— Ha llegado el día efectivo para realizar el Retorno de nuestros antepasados a su antiguo solar, como ha sido resolución del Ilustre Cabildo, en varias de sus discutidas sesiones.—

Hoy día, 22 de Abril de 1.872, fecha decretada por el señor Gobernador, Don Juan Manuel España para que se trasladaran los despachos, Civil, Judicial, Eclesiástico y militar, de estos llanos de la Esperanza.—

Frente al chozón que ha servido por espacio de tres años siete meses, como Salón Municipal, y en torno a la plaza se van reuniendo todos los habitantes.—

Las maletas están listas. Van llegando las autoridades de la ciudad para encabezar el histórico cortejo que ya mismo desfilará camino a la ciudad antigua, Las guarniciones militares con su uniforme de parada están formadas en un pequeño batallón, con sus bayonetas caladas, y al mando del Coronel Manuel Salazar. Atrás está el Clero del lugar, presidido por el Exmo señor Antonio Tomás Iturralde, dignísimo Obispo de Ibarra, siguen las autoridades civiles, encabezadas por el señor Gobernador de la provincia, don Juan Manuel España; los señores que componen el Cabildo Municipal, luego, el pueblo en general.

Ya están formando su respectivo rango, para desfilar después de escuchar al señor Gobernador y las autoridades lo siguiente:

SALAZAR.— ¡Batallón Imbabura,....! ¡Atención ...! ¡Fir..... Efectos de sonido de ponerse en firmes los soldados.- ¡Armas.....! Presenten.....! Fir.....!

¡Corneta N^o 1. Tocad en vuestra corneta dianas de partida.....! Ar.....! (efectos sonoros de las ar-

mas. Toques de cornetas. Después de las dianas se oirán voces del pueblo en vivas y gritos de alegría)

GOBERNADOR. Ilustrísimo señor Obispo de la Diócesis. Señor Presidente del muy Ilustre Cabildo Ibarreño Señor Comandante de Armas, Coronel Manuel Salazar, señor Jefe Político del Cantón, Venerables señores sacerdotes, señores Jueces, pueblo Ibarreño:

Me ha cabido el honor de que en mi Gobierno se efectuara el Retorno de nosotros a nuestro antiguo solar, a esa bella mansión que nos esperaba, día, tras día, que volvamos a renacerla, después de la gran catástrofe que sufrió nuestra provincia, y en especial nuestra queridísima ciudad de Ibarra, que francamente no quedó piedra sobre piedra con el doloroso saldo de la muerte de nuestros seres queridos. Esas mismas almas nos han impuesto esta Ley del retorno, para que algún día, también nosotros durmiéramos el sueño eterno junto a las sagradas cenizas de nuestros mayores. Como es de conocimiento de todos, mi Gobernación dictó, el 10 del presente mes el Decreto señalando esta fecha 22 de Abril, para hacer nuestra peregrinación de retorno. En consecuencia voy a pedir al Señor Luis Felipe Lara, Secretario, que dé lectura a la nota enviada por el Gobierno Central, aprobando nuestra decisión de retornar a nuestro antiguo solar. Señor Secretario, sírvase dar lectura:

SEÑOR LARA. (leyendo)

Ministerio del Estado. En el Despacho del Interior Señor Gobernador de la Provincia de Imbabura:

El Supremo Gobierno aprueba la orden que ha expedido V.S. (f) Francisco Javier León.

NARRADOR. Toda la gente con su alma llena de gozo, ha escuchado la nota dirigida por el Supremo Gobierno confirmando lo decretado por el señor Gobernador. Todos prorrumpen en gritos de alborozo. Hay mucha bulla en la plaza. Allí vemos grupos de personas con sus maletas listas, Caballos y asnos cargados con los menesteres de cama y cocina, los fardos de comestibles listos a ser puestos en las acémilas. Es un momento de mucha bulla y movimiento de personas y animales domésticos. Luego, momentos de partir, van tomando la palabra varias de las autoridades para amonestar orden, para despedirse de los llanos que los acogieron, en los más aciagos días de su existencia pavorosa. Escuchemosles

SEÑOR OBISPO.—Señor Gobernador de la Provincia de Imbabura, señor Presidente del Ilustre Cabildo, Señor Coronel Manuel Salazar, Señor Jefe Político, señores Cabildantes, Amados hijos en nuestro Señor Jesucristo; Permitidme que en mi calidad de Obispo de esta Diócesis, os dirija la palabra en este memorable e histórico momento, en el que estamos escribiendo una importante página para la Historia de nuestra ciudad de Ibarra, en este momento de grandes emociones.—

En primer lugar quiero unir mi voto de agradecimiento al

señor Gobernador, porque, por sus atinadas gestiones, volvemos a nuestra planta de la ciudad abandonada por el tiempo de tres años y medio; quiero, así mismo, felicitar al Ilustre Cabildo; porque, tras una tenaz lucha por su amor a nuestro suelo natal, se ha conseguido conformar una sola conciencia y resolución definida de nuestro Retorno, al señor Dr. Mariano Acosta, al Dr. Peñaherrera, al señor Profesor, don Nicolás Vacas, al señor Vinuesa; y, en fin, a todas las personas que de una u otra manera contribuyeron para que se haga realidad el volver a nuestro solar tan añorado. Vayan también mis reconocimientos para el Dr. Gabriel García Moreno, por su atinado Decreto que vino a poner punto final a las discusiones del Cabildo, y a Ud. señor Ingeniero Arturo Rogerst, por su atinado Plan de Trabajo, por sus bien ejecutadas direcciones, en la nueva delineación de las calles y parques, como en las casas de Gobierno, que ya están de pie esperando nuestra llegada.

Amados hijos míos. Dios Nuestro Señor ha escuchado nuestras plegarias y así podemos regresar al calor de nuestro hogar. Nos vamos ya de aquí. Pero os pido os pongais de rodillas para recibir la Bendición de vuestro Pastor, para que todo este paso signifique la felicidad de vuestros hijos, en lo futuro..

(Efectos sonoros, voces de rezos).

IN NOMINE PATRI, ET FILIIS, ET SPIRITUS SANTUS.
AMEN.

Ahora os pido, señores sacristanes que echeis al vuelo las campanas de la Catedral, que estas campanas lancen a los cuatro vientos nuestra voz de alegría; que sea su último tañir en estos llanos; ya que sus voces serán oídas desde las torres de la Catedral de nuestra ciudad

EFFECTOS SONOROS. El toque de las campanas.

NARRADOR.- En estos momentos se escucha el tañir de las campanas del chozón que servía como iglesia Catedral, en los llanos de la Esperanza. Una vez que callan las campanas, uno a uno van tomando ligeramente la palabra para despedirse del lugar donde estuvieron alojados nuestros antepasados. Oigámosles:

DR. ACOSTA. Todos nosotros formamos un conjunto familiar de honda significación. Demos gracias a Dios que nos ha prestado la vida para volver a nuestro tan amado suelo ibarreño. Mi gozo es el de todos vosotros.—

Hermanos, permitidme que os traiga a la memoria el pasaje de Moisés, cuando, desde la cima de una montaña, extendió su brazo para señalar la tierra de Promisión y decir a su pueblo: "Mirad, allá está la tierra prometida, donde formaremos el nuevo pueblo de Israel. ¡Allá vamos, al solar que Dios nos señala.—"

Igualmente como Moisés, os digo, hermanos: Desde este alto

terreno, dirigid vuestras miradas allá, abajo, en ese Valle Esmeraldino está nuestra tierra de Promición que Dios nos ha señalado. Allá está nuestra querida ciudad que pronto se levantará, como el Ave Fénix desde las ruinas, más gallarda y más pujante. Allá vamos hoy día formando un solo cuerpo un solo corazón.—

¡Felices nuestros ojos! Felices nuestros brazos que van a dar el fraternal abrazo a nuestra queridísima ciudad, en este día de gran recordación, 22 de Abril de 1872 ! Vamos, hermanos con el grito de Victoria y el beso de amor para nuestro solar.—

(Voces de vivas)

DN. VACAS.- Unicamente quiero, como ciudadano, como Nicolás Vacas, dirigir mis últimas palabras a este suelo, en nombre de todos mis coterráneos, para dejar impreso mi ósculo de gratitud en este terreno, testigo de nuestras lágrimas, de nuestros dolorosos avatares, como de nuestra Victoria.—

De corazones bien nacidos es consagrar nuestra memoria a esta tierra que nos ha acogido generosa, cuando deambulábamos con nuestros ojos desorbitados por el espanto del terremoto del 68, que todo lo redujo a la nada. En estas tierras plantamos nuestras tiendas cuando sitabundos llegamos en éxodo doloroso.—

Cuantas noches de luna llena pasamos aquí delirando en este momento de regresar a nuestra ciudad.—

Aquí queda un fragmento de mi corazón.

(Efectos de sonido y música. Voces de aplausos)

JEFE POLITICO, DN. VICENTE PEÑAHERRERA.— Ha llegado el momento de partir, señores (voces de aplausos y vivas). Permitidme que os indique el orden que seguiremos, en esta jubilosa Peregrina de Retorno, y el orden que ocuparán las dignidades, por su Jerarquía.

Primeramente, vos, señor Gobernador encabezonareis el desfile con todas vuestras autoridades civiles luego irá el Ilmo, Señor Obispo, con su Clero Secular y Regular. En tercer lugar marchará el Ilustre Cabildo; en cuarto, la Guarnición Militar, Portando el Pabellón Nacional, al son de la Banda de Guerra; y, por último irá el pueblo en general.—

Espero, señor Comandante, ordeneis tocar vuestras cornetas de partida, mientras todos vayan tomando sus posiciones.—

COMANDANTE...... ¡Batallón.....! ¡Atención! ¡Fir! ¡Cornetas dad la señal de partida. Calad bayonetas!... Fir

(Efectos de sonido La marcha, las cornetas, Voces)

CONTINUA EL JEFE POLITICO.— Ahora ya que estamos listos para partir, os indico el camino que seguiremos.

Vamos por este estrecho callejón hasta salir al pueblo de Ca-

ranqui, donde nos esperan las autoridades de esa parroquia juntamente con otros ibarreños que se hospedaron allí. Luego bajaremos por el Carretero que hizo construir García Moreno, derecho a Ibarra. En el Puente de Chaupiestancia haremos un alto. Luego seguiremos por este mismo carretero.

!Desfilad!

(Se escucha la Banda de Guerra, la marcha de los soldados, los pasos de los demás, ruidos de ollas que se chocan en las cargas. Gritos de Júbilo)

NOTA.— Termina este cuadro con el Himno a Ibarra, cantado por los actores de esta pieza radial.

Ibarra, 5 de Marzo de 1972.

Se estrenó esta pieza en la Radio Municipal, con motivo de la celebración del Centenario de la vuelta o Retorno de nuestros mayores a su lugar natal.

BIBLIOTECA MUNICIPAL

"PEDRO MONCAYO"

IBARRA



LA BATALLA DE IBARRA

RADIO - DRAMA.-

Original del Profesor

Luis Alfonso Martínez de la Vega y V.

17 de Julio de 1976

REPARTO:

Narrador.

General Simón Bolívar.

General Bobes.

General Sucre.

General Agustín Agualongo.

General Estanislao Mercancharo.

Tel. Tomás de Heres.

General Salóm.

Escolta 1º.

Escolta 2º.

Ayudante del Libertador, Vicente González.

Dirección y Producción: Prof. Luis Alfonso
Martínez de la Vega y V.

LA BATALLA DE IBARRA

17 de Julio de 1823

NARRADOR.- Así como la españolísima y señorial ciudad de San Francisco de Quito, con propiedad llamada Luz de América y cuna de la Libertad, en el Continente de Colón las rubricó gallardamente el 10 de Agosto de 1.809 y el 24 de Mayo de 1822 la no menos española y por ello, Noble e Hidalga Villa de San Miguel de Ibarra rubricó también las suyas, como que fue una de las primeras en adherirse al movimiento emancipador lanzado por los patriotas quiteños y en guardar inquebrantablemente su lealtad a Bolívar, a quién, ilustres y valientes ibarreños tuvieron el honor de acompañarle en sus cruentas y dolorosas campañas, especialmente el 17 de Julio de 1823, librada en esta ciudad contra los facciosos que la invadieron, comandados por el Coronel Agustín Agualongo y por Estanislao Mercánchano, que luego fueron derrotados gracias al Genio del Libertador Simón Bolívar.

SUCESOS EN PASTO

(Efectos musicales, marchas y dianas)

NARRADOR.- Desde el 8 de Julio de 1822, fecha en la que Bolívar estuvo en esta ciudad, Pasto ya había permanecido intranquila, manifestando su enemistad contra el Libertador y por querer volver a reconquistar esos países para la Corona de España.—

Pasados cuatro meses volvió a insurreccionarse, al mando del Coronel Benito Bobes. Oigámosle su arenga a las tropas facciosas, formadas en la Plaza de Pasto.—

BOBES.— (Toques de Atención, en las cornetas)

¡Atención, valientes soldados del ejército de Pasto!

Ha llegado la hora de la Reivindicación de nuestros derechos. Sabido lo tenemos que hemos caído bajo el despotismo de ese aventurero Bolívar, que se atrevió a combatir los poderes de nuestra madre España y a las coronas de nuestros Reyes,—

Vista la tenemos la conducta de estos ejércitos que se autotitulan "Libertadores" del despotismo español ! Miserables...!... !Traidores !.

Mediante el engaño y la fuerza han sometido a pelear a muchos inocentes contra España. Pues, nosotros vamos a castigar esa alevosía y Pasto se cubrirá de Gloria, cuando recuperemos el Poder de nuestros Reyes, en estas tierras.—

¡ La Gloria os espera. Pronto partiremos al campo del Ho-

nor. Nuestras armas sabrán conquistar la gloria de Colombia.—

¿Me jurais lealtad y morir en el campo de batalla, si es posible, por derrotar al intruso Libertador?.

(Voces de los soldados)

SOLDADOS.— ¡ Lo juramos ! . ¡ Viva Pasto !! Viva Colombia !.
¡ Viva España !.

NARRADOR.— Son los primeros días del mes de Enero de 1823.—
Bolívar que se halla en la Capital del Departamento Del Sur, hace venir a su Presencia al General Antonio José de Sucre, a quien le dice:

¡ General Sucre, venga Ud. Lo necesito.

SUCRE.— Ordene Ud. mi General Libertador

BOLIVAR.— Tengo conocimiento que los insurrectos pastusos han vuelto a la contienda, por derrotar nuestras fuerzas que se cubren de Gloria, con la Batalla de Pichincha, gracias a su ciencia Militar y al brillo de la espada Sé que la tropa pastusa está dispuesta a combatirnos; ya está lista en la Plaza de Pasto, al mando del Coronel Colombiano, Benito Bobes.

En tal virtud Ud. volverá a cubrirse de gloria, combatiendo a estos cachorros del león ibero.

¡ Marche, pues, cuanto antes a esa Plaza. Formará un batallón con los veteranos.—

SUCRE.— Serán cumplidas sus órdenes mi General.
Marcharé contra Bobes con las tropas de Quito Ibarra y Tulcán.

NARRADOR. Sucre, con los valientes de las ya citadas tropas, derrotó completamente a los pastusos después de una sangrienta lucha, tomando como prisionero al mismo Bobes y cogido mucho pertrecho de guerra. Pero los pastusos rebeldes a los dictados del Libertador, tornaron a la insurrección apenas transcurridos seis meses desde la derrota que les infiriera el vencedor de Pichincha.—

A la sazón estaba de Jefe Militar de Pasto, el General Juan José Flores. A dicho general le tocó enfrentarse con el batallón norpañado de Estanislao Mercancharo.—

Desafortunadamente el General Flores no tuvo suerte para esta batalla.—

Agualongo y los suyos, después de avanzar por Yacuanquer y Juanambú, con 800 pastusos acamparon en Catambuco. Luego marcharon al encuentro de las tropas de Flores que apenas contaba con 600 hombres de armas.—

Tras una cuenta resistencia de parte de Flores, éste salió

vencido con gran pérdida de soldados y armamentos de guerra.—

Envalentonado con esta victoria Agustín Agualongo, entró triunfante a la Plaza de Pasto.—

En esta acción de armas, es un hecho muy importante la fuga del patriota Mayor Panchano, quien dió noticias de esta batalla a las autoridades de Quito y de consecuencia la derrota de Flores.—

ENTRA AGUALONGO A PASTO

AGUALONGO — ¡Tocad las dianas de la victoria!
(toques de cornetas)

¡Viva el triunfo! ¡Abajo el intruso gobierno de Colombia...
¡Viva nuestro Rey Alfonso VII.—

¡La Victoria, es nuestra.—

VOCES.— (repiten los vivas).

AGUALONGO Atienda muy bien mi compañero de armas, el general Mercanchano:

Ya que hemos inferido la más vergonzosa derrota al General Flores, en Catambuco, ¿no le parece acertado que mandemos una comunicación a los componentes del Concejo de Otavalo, del Distrito Sur de Colombia, dando razón del destrozo de las tropas de ellos, para preparar nuestra marcha sobre la provincia de Imbabura?.

MERCANCHANO Muy acertada es esta idea, mi general Agualongo. Pues, les diremos que el 12 de los corrientes se sacudió esta fidelísima ciudad de Pasto, del formidable yugo opresor del Gobierno de Colombia, el que sucumbió al frente de dos mil valerosos combatientes leales a la Corona de España.—

AGUALONGO No es del caso hacer una relación inútil de los sucesos. Pues, lo más importante es decir a los otavaleños que nos presenten el camino para llegar sin estorbos hasta la ciudad de Ibarra. Nos conviene que las tropas patriotas se alejen de nuestro paso.—

MERCANCHANO Será de mucho valer decir a los otavaleños que nuestras tropas marchan en busca del enemigo para exterminarlo, en donde quiera que se hallare. Así tendrán temor y nos prestarán todo apoyo por nuestras tropas.—

AGUALONGO. Un punto importante que pondrá Ud. en este oficio para el Concejo de Otavalo, es que nosotros les ofrecemos toda la garantía de paz. Que les trataremos como amigos, si es que nos reciben bien.—

Además se les dirá que nos proporcionen los víveres necesarios para nuestras tropas, a precio de dinero.—

Nuestra marcha sobre Imbabura debe tener todo el éxito deseado.—

Si allí no encontramos al enemigo, marcharemos hasta donde se lo encuentre.—

MERCANCHANO De inmediato dictaré al Secretario de Guerra, este Oficio fechado en Pasto, el 20 de Junio de 1823 —

NARRADOR.— Habiendo Agualongo dominado totalmente la plaza de Pasto, organizó un cuerpo de 1500 hombres y ordenó con arrojo admirable la marcha sobre Imbabura, convencido de que las tropas de Bolívar se hallarían por el Perú, que Bolívar y Sucre estarían ausentes. Y más envalentonados estuvieron Agualongo y Mercanchano, al saber que el General Salóm, que marchaba a su encuentro, llegó tan sólo al Puntal; y de allí, por orden de Bolívar, se replegó a Otavalo, dejando libre la Plaza de Ibarra —

Esta estratagemá la dictó Bolívar, con el sabio plan de hacer creer al enemigo que les teníamos miedo; y así, atraerlos por estos lados y entonces, batirlos de una vez.—

El Libertador se encontraba, en ese entonces, en la hacienda "El Garzal", cerca de Babahoyo. Tomó la resolución de dirigir en persona la Batalla; y, el 20 de Junio empieza a impartir órdenes a sus generales y tenientes.—

Bolívar, viniendo desde Babahoyo, llega a Quito en los primeros días del mes de Julio de 1823 —

Allí dirigió a los quiteños la siguiente proclama:

BOLIVAR.— ¡Quiteños, la infame Pasto ha vuelto a levantar su odiosa cabeza de sedición, pero esta cabeza quedará cortada para siempre.—

El Ejército de Colombia no ha desaparecido de vuestro hermoso país.—

Ignoran los pérfidos pastusos que aún quedan en el Departamento del Sur, dos batallones y dos escuadrones de la Invencible Guardia?

Estos bravos dirigen en estos momentos sus pasos sobre los terrenos del Guáitara y Juanambú, que tantas veces han sido salvadas por nuestros valientes.—

¡Quiteños! Recibid a nombre de la Patria la gratitud que se os debe por vuestros inflamados celos por la conservación de la Sacrosanta Ley que ha fundado Colombia. Vosotros habeis olvidado vuestro rango, vuestro reposo, vuestra dicha y aún vuestra vida, por volver a las armas.—

Vuestros próceres han dado un ejemplo inimitable.—

Vuestros antiguos nobles fueron los primeros en engrosar las filas.

!Quiteños. . . . ! Un Puñado de bárbaros son nuestros enemigos; y, para vencerlos, basta tender las Banderas de Colombia a su turbada vista.—

!Quiteños. . . . ! Reposad tranquilos. Héroe de Colombia están entre vosotros; y, a su valor, ningún poder visible podrá resistir. Yo os ofrezco, por mis compañeros de armas, esta próxima victoria!.

VOCES.— ¡Viva Bolívar! ¡Viva Quito! ¡Viva el futuro triunfo!.

El indio Agualongo caerá al filo de la espada de Nuestro Libertador!.—

BOLIVAR.— ¡Gracias, compatriotas!.—

(Llamando) ¡Coronel Tomás Heres!.

TOMAS HERES.— A sus órdenes; mi General.

BOLIVAR.— A Ud. como Jefe superior de Quito, dejo encargado todo el mando de esta Plaza. Y su obligación irrestricta será de enviarme refuerzos a la Plaza de Ibarra, todo el pertrecho que le sea dable; así como suficientes subsistencias para el Ejército de mi mando.—

TOMAS HERES.— Sus órdenes serán cumplidas, mi General. Enviaré enseguida, si es posible, a continuación de su marcha a Imbabura. Tengo los suficientes armamentos. Y, según me ordene, seguiré yo después.—

BOLIVAR.— Muy bien, mi Coronel Heres. Del valor de ustedes depende la victoria.—

Yo parto, a lo más tardar el 6 del presente a Otavalo,—

NARRADOR.— Bolívar sale de Quito el 6 de Julio de 1823

(Efectos de sonido: trote de caballos, ruido de armas. etc.)

Bolívar llega a Otavalo el 8 de Julio. Permanece allí hasta el 11. El 12 imparte órdenes al General Solóm que se halla en Otavalo, oigámosle:

BOLIVAR.— ¡Otavaleños! Vuestro valor nunca fue desmentido por las campañas libertarias, en las que habeis tomado parte.—

Hoy, el triunfo se avecina! Nuestro enemigo se halla en Ibarra, cometiendo toda clase de crímenes, con los indefensos ciudadanos. Espero vuestra colaboración.

Cuando sepais que ya me hallo sobre Ibarra, simulareis batallones que marcha sobre esta ciudad, yendo por Camino Real, por Ilumán y San Roque.—

Quiero engañar a nuestro enemigo.—

VOCES.— ¡Somos otavaleños!. Fieles a la Libertad!.

Ya veremos como engañamos al indio Agualongo.—

BOLIVAR.— Gracias, mis buenos otavaleños.—

(Llamando).

¡General Salóm!. Ponga mucha atención a lo que le voy a decir y ordenar.—

GENERAL SALOM - Ordene, mi General.—

BOLIVAR.— Estamos a 12 de Julio, por lo tanto ordeno a Ud. replegarse con todas sus fuerzas a la ciudad de Ibarra. Conserve siempre la distancia de 10 leguas entre Ud. y las tropas enemigas. Procure engañar al enemigo haciéndolo creer que tememos. Hará sus avanzadas y retiradas. Procure que algunos otavaleños de buena voluntad, marchen a Ibarra a informar a Agualongo que Ud. y Yo, nos retiramos.—

Yo marchó de inmediato a Guailabamba.—

SALOM.— Su órdenes será fielmente ejecutadas. Marcharemos con el valor y cautela necesarios. El aleboso enemigo caerá bajo nuestras plantas.—

***NARRADOR.**— Bolívar sale de Otavalo el 12 y se repliega en Guailabamba.—

Allí se une con las fuerzas venidas desde Guayaquil.—

En Guailabamba se le une el Coronel Pallares que estaba con alguna fuerza en Tabacundo.—

El mismo 12 de Julio de 1823 Agualongo ocupaba sin resistencia alguna, la ciudad de Ibarra.—

Efectos de sonido. Pasos y gritos. Carrera de los ibarreños asustados. Efectos de trotes de caballos.

AGUALONGO. ¡Ibarreños! ¡No corraís!, Venimos en trato de paz. Somos vuestros libertadores. No nos tengáis miedo. Las tropas colombianas vencerán a las tropas de Bolívar.—

¿No comprendéis vosotros que este intruso Bolívar juntamente con sus tropas os ha abandonado?

Huyen de nuestro valor. Los venceremos como hicimos con vuestro General Flores.—

¡Soldados Colombianos!, He aquí que hemos entrado en Ibarra sin ninguna resistencia. La plaza es nuestra, como luego será la ponderada Quito.—

Hasta que Bolívar y Sucre vengan a nuestro encuentro ya será tarde.—

VOCES DE LOS COLOMBIANOS.- ¡Viva Colombia!

¡Ibarra es nuestra! ¡Viva! ¡Viva!

AGUALONGO. En todas las batallas hemos dado muestras de nuestro valor y heroísmo,—

Bolívar nos tiene miedo. Bolívar nos huye. El Distrito del Sur caerá al peso de nuestras armas,—

¡Soldados colombianos!, como premio a vuestro valor voy a licenciar a todo el ejército para que pasee por las calles tranquilas de esta ciudad.—

¡Cuidado con cometer desórdenes. Debemos dar muestras de honor y cultura —

Que la caballería se le deje en los potreros de Yacucalle. Nuestros soldados a descansar, hasta que tengamos que empuñar las armas contra estos facciosos enemigos de nuestro Rey Fernando VII.

Entre tanto estaré muy alerta con mi vista desde la torre de alguna iglesia, mirando y cuidando el Camino Real, a ver si llegan los cobardes.—

NARRADOR. Suetos los pastusos en la ciudad de Ibarra empiezan por cometer todos los desafueros y crímenes, saqueando las propiedades ajenas.—

La angustia y desesperación de los ibarreños no tiene límite.

Cierran todas las puertas. Los almacenes y puestos de ventas son saqueados. Todos roban y se apoderan como en casa propia.—

Estos sucesos ya llegaron a los oídos de Bolívar que se halla en Guallabamba. De inmediato procede a organizar sus ejércitos para entrar al combate.—

Oigámosle la distribución de las tropas;

BOLIVAR.— Desde aquí, desde Guallabamba, quiero que nuestras fuerzas marchen en perfecto orden y distribución que es la siguiente dividido al Ejército Libertador en tres secciones;

La Primera, compuesta por los Guías de la Guardia, y del Batallón Yahuachi, irá al mando el General Salom.

La Segunda compuesta por los Granaderos a caballo y de unas compañías del batallón Vargas irán al mando del General Barreto.—

La Tercera compuesta por la Artillería y por el Batallón Quito, irán al mando del que le dicen: "El Terrible Coronel Maza".

NARRADOR. Luego emprende el Libertador la marcha en busca del enemigo.—

El día 15 de Julio de 1823 llega a Tabacundo.

El 16 llega a San Pablo. Pernocta allí, en la Hacienda de Cusín, de propiedad de un español, pero muy amigo de la causa.—

El 17 de Julio, fecha memorable, llega a las breñas del Abra, a las seis de la mañana, donde, teniendo a Ibarra a la vista, prorrumpan todos en gritos de entusiasmo.—

BOLIVAR.— ¡Ejército Libertador! ¡Atención!

Mirad, allá en Ibarra está nuestro enemigo.—

Armas de todo valor, porque pronto seremos los vencedores de estos bandidos pastusos,—

Conviene bajar por estas breñas con sumo cuidado.—

Todos me seguirán atrás, porque yo marcharé al frente de la Retaguardia.—

NARRADOR.— Bolívar, con la mirada hacia la ciudad, marcha adelante seguido del grueso del ejército, que va a una prudencial distancia del Jefe de Operaciones, que es Bolívar en persona.—

Por fin con la cautela exigida por Bolívar y su Estado Mayor, llegan a las dos de la tarde a los potreros de Yacucalle, donde encuentran una pequeña escolta de pastusos cuidando los caballos de su ejército.—

Sin más tardar los soldados de Bolívar, se lanzan sobre esta escolta y les pasan a lanza. Solamente escapan ya heridos dos pastusos, que fueron como pudieron a dar aviso a su Jefe Agualongo. Oigamos esta escena:

Escolta Primero; ¡General! General Agualongo....!

¡Estamos en peligro! ¡Las tropas de Bolívar nos atacan!

Escolta Segundo; ¡Sí, mi General! Vienen por Caranqui., Nosotros que estábamos cuidando la caballería, en Yacucalle, fuimos pasados por las armas enemigas. Solamente nosotros escapamos de ser muertos. Pero estamos heridos malamente. Hemos venido a dar este aviso.—

AGUALONGO.— ¡Que somos atacados!.....¿Cómo puede ser esto?.

Prontamente subiré a la torre de esta iglesia de los Jesuitas y mirará con mi anteojo hacia el camino de San Antonio.

Nunca puede ser esto!... ¿Cómo que nos atacan los patriotas?..... ¿No nos habían huído éstos, desde el Puntal hasta Guailabamba?. ¿Y Bolívar mismo, no nos había evitado, haciendo sus contramarchas hacia este mismo lugar?. Pronto subiré a esta torre y miraré.—

Hasta tanto ustedes den el aviso a cuantos soldados de los nuestros que encuentren por las calles.—

NARRADOR.— Empieza el combate con todo su furor.

EL COMBATE EN LA CIUDAD DE IBARRA

BOLIVAR.— ¡Atención mi Ejército !...!Listos todos para entrar en combate.—

La Primera División entrará por el Occidente de la ciudad. El General Maza irá por el centro.—

La artillería y el Batallón Quito, irá por el lado Oriental de la ciudad.—

Yo marchó a la Vanguardia.

¡Soldados!. ¡Valori. ¡Adentro, al Combate!.....

¡Sin Compasión, a matar!. ¡La Infantería espera un momento!. Si es preciso, entrará en acción.—

¡Compañeros, lanza en ristre!.

¡Adentro !.....! Paso de Vencedores.....!

(Efectos sonoros. Tiros de fusil. Corneta de ataque.

Tropel de los caballos. Gritos de los Patriotas.

VOCES.— ¡Me mataron.....! ¡Por favor!.

¡La Lanza me parte el corazón!. ¡Aayayay!...

¡Avisen a los nuestros que nos matan!.....

(Las voces y ayes de los heridos, los tiros, la corneta de ataque no cesará de tocar)

NARRADOR.— Desplegados los Tenientes de Bolívar, Solom Barreto y Maza, los demás, ansiosos de cubrirse de gloria, atacan con feroz bravura.—

La Caballería va al centro. Suena incesante el clarín de ataque.....Ya están al centro de la ciudad de Ibarra pasando a lanza a cuantos pastusos encuentran entregados a sus fechorías.—

Gritos y más gritos de ataque.....

AGUALONGO.— ¡Soldados Colombianos!. El empuje de los enemigos es irresistible, dentro de la ciudad.

¡Corramos a unificarnos en las breñas del Tahuando!

¡Resistid como valientes!.

¡Al Tahuando, todos !.....

(Efectos de sonido, tropeles de pie. Trote de caballos.
Tiros, etc.)

BOLIVAR.— ¡Carguen los granaderos y los Guías!
¡Ya huyen los pastusos hacia el Tahuando!
¡Láncese la Caballería a desalojarlos!
¡Adentro, muchachos! ¡A matar.....!
(Efectos de sonido. Galope de caballería.
Gritos de Victoria...!)

NARRADOR.— Los facciosos de Agualongo se baten con fiereza.
Tres veces son derrotados por las fuerzas libertado-
ras.—

Ya son derrotados definitivamente. Huyen despavoridos ha-
cia el Norte. Unos corren por el Olivo; otros, por el Alto de Reyes
otros, por los llanos de la hacienda la Victoria y por las cimas de
las colinas vecinas,—

Los pastusos han coronado Aloburo. Bolívar, en persona los
persigue. Las Fuerzas Libertarias les castigan hasta más allá del
río Chota.

Vivas a Bolívar: a la Patria. Vivas a Ibarra.
Gritos de Victoria

NARRADOR.— Ya entran nuevamente las tropas de Bolívar a la
ciudad de Ibarra, cantando Victoria.
Bolívar, a la cabeza victorea a sus tropas.
Efectos sonoros: Dianas de las cornetas.
Vivas de los ibarreños a los soldados, a Bolívar y a sus
Generales.—

BOLIVAR.— ¡La victoria es nuestra, ibarreños!
El enemigo ha huído desbaratado hacia el Carchi.—

¡Ya somos libres!

¡Atención mi Ejército Libertador!

Nos formaremos en esta plaza principal de esta ciudad tan
querida para hacer el recuento de mis Generales, Tenientes y más
elementos de mi tropa para ver si todos estamos.

Mi ayudante, Vicente González, proceda inmediatamente a
correr lista de todo mi Personal.—

VICENTE GONZALEZ.— Todos irán respondiendo con el grito de:

¡Presente, mi General!

Yo diré que no puede ponderarse la audacia y determinación
de nuestros Jefes y Oficiales.

Cuando 800 pastusos son los muertos por las calles y fuera de la ciudad. Nosotros tenemos que lamentar la muerte de solo 13 soldados y 8 heridos. Entre ellos, el Comandante Martínez.

¡Atención a la lista!

Generales: General Salom.. Presente, mi General.

General Barreto " " "

Coronel Ibarra .. presente, mi General.

Teniente Coronel Medina " "

Capitanes: Sandoval y Pio Díaz.....

Los Coroneles de Caballería:

Chiriboga.. Presente mi General.

Coronel Maza " " "

Comandantes Farfán y Pallares.....

Edecanes: Alvarez

O'Leary

Ganaderos de a caballo:

Paredes,

Herrán.—

La Infantería no entró al combate, mi General, por no haber sido necesaria la acción de esta tropa.

BOLIVAR.— ¡Ejército Libertador de Ibarra!

Con este centésimo combate, librado en esta ciudad de Ibarra y sus Breñas, en favor de la Independencia Americana, os habeis cubierto con una gloria más.

¡Ibarreños!. ¡Imbabureños todos!

En este combate, en el que hemos derrotado ruidosamente a los facciosos pastusos, que quisieron levantar otra vez su cabeza de cachorro de león ibero, he comprobado, una vez más el valor y heroísmo de los imbabureños. Merecida es vuestra gloria.

No tengo palabras más expresivas de admiración para el soldado Ibarreño..

Gracias a cuyo valor, Ibarra se cubre de gloria en este 17 de Julio de 1823.—

El Libertador Simón Bolívar os felicita; y, más aún cuando Ibarra supo distinguirse, por su honor, por su valor y por su lealtad a Bolívar, por conquistar en los campos de batalla, la Libertad e Independencia de Sud)—America.

!Justa es vuestra alegría!. !Justo el regocijo!.

!Descansad tranquilos, mientras la Bandera de Colombia flamee en vuestro cielo.—

VOCES:! Viva el Libertador!. !Viva el Ejército!.

!Viva Ibarra!

NARRADOR.- Así es como el Libertador Simón Bolívar blandió su espada en la ciudad de Ibarra, dirigiendo personalmente el combate.—

Así es como se cubrió de gloria y orgullo, por ser ésta la única batalla en la que Bolívar dirigió personalmente las operaciones.

Esta Pieza Radio—Dramática fue estrenada, el 17 de Julio de 1976, por los canales de la Emisora "La Voz de Imbabura", Municipal, dirigida por su mismo autor, "Luis Alfonso Martínez V." Fue muy aplaudida por toda la ciudadanía ibarreña.—





INDICE

PRIMERA PARTE

De Ibarra:

Pilanquí maduró un crimen.....	3
• Tradición de la "Cruz Verde" / x	6
La Vergonzante del Pretel.....	9
La Caja Ronca de San Felipe x	11
Así fue mi barrio de San Felipe.....	15
¿Para la Horca?..... Ni con grillos de plata	
• Tradición de un personaje Ibarreño x	18
El Obispo no tiene que comer.....	22
El Fantasma del Cementerio / x	25
El Zambo Miguel.....	29
El Becerro de Oro, de la Calle Larga x	31
• La Esquina del Coco.....	35
El Torreón y su Reloj.....	39
• Tradición de Yuracruz / x	43
• El Alto de Reyes.....	44
El Padre sin cabeza y el tesoro que no quiso salir.....	45
• El Ciego Manuel x	50

De Pimampiro:

La Cruz de Paragachi 57

De Cotacachi:

La Laguna de Cuicocha 62

De Quiroga:

Taita Nico 65

De San Pablo:

La Mula Cabriosa (69)

De Atuntaqui:

La Negra Cabezona 74

El muerto que no quiso bóveda en el
Campo Santo (79)

El Duende Enamorado (85)

De Caranqui - Urcuquí - Mira:

Correo de Brujas, o el Triángulo Diabólico (89)

Cuento:

Feliciano, El Brujo Visionario 95

SEGUNDA PARTE

Historia del Hospital Civil, San Vicente de Paúl 107

El Aparecido de San Juan Calle,
Radio - Drama 110

El Retorno, Radio - Drama 117

El 17 de Julio, Batalla de Ibarra,
Radio - Drama 137

FE DE ERRATAS

DICE	PAGINA	LINEA	DEBE DECIRSE
AS	5	14	las
según	6	27	seguía
y Aristisabal	6		' Aristizabal
muchos	9	3	muchas
uno tras otra	9	3	una tras otra
eraa	9	5	eran
colma	11	19	calma
agarrado	14	21	agarrada
muerte	14	25	muerto
visita	23	34	vista
calzonsillos	32	32	calzoncillos
de	33	7	da
a	33	19	ha
llesito	33	23	llenecito
repumarajeante	37	26	espumarajeante
esta	14	12	testa
espezamos	47	20	empezamos
boy	49	15	voy



COLOFON

SE DIO TERMINO A LA IMPRESION DE ESTE
LIBRO, EL DIA 9 DE MARZO DE 1978, EN LOS
TALLERES GRAFICOS "PROAÑO E HIJOS",
EN LA CALLE ATAHUALPA 1-20 Y BORRERO
TELEFONO: 952-910 - IBARRA - ECUADOR





800.0307

BIBLIOTECA MUNICIPAL
"PEDRO MONCAYO"

IBARRA

